

Controversia

PARA EL EXAMEN DE LA REALIDAD ARGENTINA



Polémica sobre populismo y socialismo

*Emilio de Ipola,
Juan Carlos Portantiero,
Ernesto López,
Nicolás Casullo
y Rubén S. Caletti*

América Latina como una unidad problemática

José Aricó

Algún marxismo, ciertas morales, otras muertes

Oscar Terán

La política intemporal

Sergio Bufano

Antes que sea demasiado tarde

Ricardo Nudelman

¿Cómo escribir hoy en Argentina si es imposible?

Antonio Marimón

Tres sobrevivientes responden

*Liliana Callizo,
Teresa Celia Meschiati
y Piero Di Monte*

Corto y largo plazo

Aldo Ferrer

Controversia

PARA EL EXAMEN DE LA REALIDAD ARGENTINA

Certificados de licitud de contenido en trámite ante la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Registro en trámite ante la Dirección General del Derecho de Autor.

Director: Jorge Tula.

Editor responsable: Hugo Vargas C.

Consejo de redacción: Carlos Abalo, José Aricó, Sergio Bufano, Rubén Sergio Caletti, Nicolás Casullo, Ricardo Nudelman, Juan Carlos Portantiero, Héctor Schmucler, Oscar Terán

Diagramación: María Oscos

Las ilustraciones de Fontanarrosa fueron tomadas de *¿Quién es Fontanarrosa?*, Buenos Aires, Ediciones La Flor, 1975, y de *Fontanarrosa Fontanarrosa*, Buenos Aires, Ediciones La Flor, 1979.

Índice

COYUNTURA

Los 120 días de Viola y el desastre 2

POLEMICA (I)

Peronismo, nación y democracia, por Ernesto López 5

El socialismo que cayó del cielo, por Nicolás Casullo y Rubén S. Caletti 7

Lo nacional popular y los populismos realmente existentes, por Emilio de Ipola y Juan Carlos Portantiero 11

Enrico Stefani; premio nacional de investigación científica de México 13

POLEMICA (II)

La política intemporal, por Sergio Bufano 15

Algún marxismo, ciertas morales, otras muertes, por Oscar Terán 17

DISCUSION CRITICA

América Latina como unidad problemática, por José Aricó 19

POLEMICA (III)

Antes que sea demasiado tarde, por Ricardo Nudelman 21

¿El apocalipsis (expansionista) now!, por Carlos Abalo 23

LIBROS

¿Cómo escribir hoy en Argentina si es imposible?, por Antonio Marimón 26

DESDE ALLA

Opiniones desde el aula 27

CARTAS DE LOS LECTORES

Tres sobrevivientes responden, por Liliana Callizo, Teresa Celia Meschiati y Piero Di Monte 29

COYUNTURA

La multipartidaria 32

Corto y largo plazo, por Aldo Ferrer 32

COYUNTURA

Los 120 días de Viola y el desastre

Los tiempos críticos

La constitución de la multipartidaria donde por primera vez en cinco años las fuerzas civiles enfrentan la coyuntura política desde una retomada iniciativa, el paro general de actividades por 24 horas decretado por la CGT con apoyo de diversos sectores empresariales y la libertad de la ex presidente Isabel Perón abriendo una nueva etapa en la situación interna del peronismo, constituyeron los hechos más sobresalientes en el contexto crítico que vive el país bajo mandato del general Viola.

El paro laboral, a nivel nacional, se yergue como un nuevo punto de organización de la profunda crítica popular al proceso, muestra en ese plano evidentes signos de que dicha resistencia supera anteriores fragmentaciones y sirve de real sustento al avance de las fuerzas políticas en la fijación de un camino democratizador.

La multipartidaria se inscribe en este clima de aguda disconformidad y protesta y obliga al general Viola a reconocer "la importancia" de dicha convocatoria frente a la rezagada propuesta política de las fuerzas armadas.

Asimismo, la libertad de Isabel Perón, ocupante del máximo cargo de conducción en el Justicialismo, descomponen la relación entre civiles y militares y agita, como nunca desde marzo de 1976, las aguas del Movimiento Peronista en momentos en que el país se retuerce en la peor crisis de su historia contemporánea.

Un transcurso crítico que si bien se da determinadamente a nivel económico y social (devaluaciones, recesión productiva, desocupación, quiebre industrial, gigantismo de la deuda externa y síntomas de cese de pagos) también emergió, al desnudo, en términos políticos y de profunda descohesión gubernamental.

Crisis de la gestión de estado, donde el nuevo elenco mandatario evidenció incoherencias y sorprendentes fragilidades. Crisis visible dentro de las FF.AA., sector que hoy muestra disparidades y acelerada pérdida de la "comunidad de miras" ocultas en el tiempo Videla, y ahora estalladas bajo el eufemismo periodístico de "estado deliberativo": forma de expresar que existen perspectivas irreconciliables en el seno militar.

Finalmente, crisis del tan mentado "proceso de reconstrucción", donde se puso de manifiesto que el generador de "tantas expectativas", el presidente Roberto Viola, no fue nunca cabal producto de un acuerdo entre los poderes castrenses sino una figura dificultosamente impuesta. Ese "pequeño detalle" de diferencia provocó que, a los 30 días de la gestión Viola, el nuevo ejecutivo viviese desestabilizaciones, estallidos de rumores golpistas y acusaciones de descrédito desde distintos sectores de poder (incluido el militar), hasta convertirlo en uno de esos gobiernos que

en la tipología argentina suelen ser llamados de frágil existencia.

Perfiles del momento actual

Frente a la precipitación y la complejidad de la crisis que se desata en los últimos meses argentinos, y para no caer en lecturas estrategistas sino retener los signos de la coyuntura concreta y el actual juego de la política, resulta importante inferir, del proceso, algunas condicionantes que marcan sus perfiles.

Si bien la etapa Viola se anunció extensamente como aceptada continuidad de los cinco años de dictadura, fueron básicamente sectores y voces del propio poder económico-militar (consustanciados en lo esencial con el curso anti-constitucional) los factores que más quisieron jaquear los primeros pasos del gobierno Viola.

Si bien la política económica no varió sustancialmente con respecto a la orientación Martínez de Hoz, y el propio Viola debió "endurecerse" para sincronizar mejor con los sectores militares antiaperturistas, fue desde el campo de la oposición política civil donde el propio Viola encontró una suerte de equilibrio imprescindible frente a la escalada desestabilizadora: ciertos silencios oportunos, cierta relativización de algunas circunstancias en momentos picos de la crisis, y hasta algunas denuncias de dirigentes de partidos en cuanto a que el golpismo provenía de tendencias antidemocráticas y de integrantes de la vieja administración. La propia concepción de la multipartidaria, sin perder sus signos opositores, se inserta en esta tendencia.

Si bien la etapa Viola inauguró mayores posibilidades para un tiempo de demanda por parte de los sectores sociales vastamente castigados, no fue el descontrol y el despliegue de estas demandas —como política organizada— lo primordial de la desestabilización. No fue, en esta coyuntura, la presión de la protesta de masas el signo determinante que fragilizó tan rápidamente al gobierno militar sino que la embestida anti Viola, en cuanto a políticas puntuales puestas en práctica, tuvo el reconocible olor a una desestabilización emergente de contradicciones en lo más graneado del poder en la Argentina.

Fue el periodismo más tradicionalmente engarzado al poder del sistema, el de la voz apocalíptica. Fueron expresiones militares (Galtieri, Nicolaidis, Toranzo Montero) las que más pusieron en cuestión la presencia del nuevo gobierno. Fueron vaticinios de golpes "de derecha" los que rondaron la Casa Rosada, reflejando que la elección del presidente no había sido en todo caso la más oportuna.

Es decir, a la crisis económico-social de larga data se unió esta vez el poder (desde algunos de sus sectores) autohabilitándose para

la palabra y sin censuras ni lenguajes de vacío oficialismo como se hizo desde 1976. Fueron básicamente sectores antipopulares los que ahora le agregaron a una extensa crisis y penuria del pueblo "el mensaje político de masas", un nuevo tipo de discurso crítico frente a los batallones, los espacios de la comunicación pública.

Esto último no significa disminuir la incidencia del descontento generalizado, de las persistentes protestas fabriles, de la voz crítica de la CGT, de la opinión de los políticos ni de la presión popular creciente con reivindicaciones, paros parciales y mayor espacio de actuación logrado desde las respuestas de los sectores sociales. Sin duda este es el plano mucho más decisivo de nuestra crónica nacional y remite a la no salida del proyecto militar: al derrumbe de una estrategia impunemente impuesta y que obtiene una contestación popular progresiva e histórica por parte de las afectadas mayorías argentinas: por parte de aquel 85% de 1973.

Pero desde el punto de vista que estamos analizando, la encrucijada abril-julio de 1981 y la particular promoción de una desarticulación del gobierno Viola (desarticulación voceada como "caos sin salida", como "temor a los retornos", desarticulación "final" que desde sus principales difusores no llama a ningún diálogo con las fuerzas civiles representativas ni propone ningún regreso real a la democracia política), en esta desarticulación acelerada fue indudable que, además de la crisis social, primaron dos tácticas de un poder de estado en descomposición.

Como de alguna manera explica la revista *Línea*, por una parte "los temores que evidenciaron sectores de las FF.AA. ante la posibilidad de que el actual gobierno adquiriera sesgos populistas" (léase: que quiera negociar desde sus intereses —MON— a partir de una mayor habilitación de los políticos) y, por otro lado, lo que estaríamos viviendo hoy, la "posdesestabilización"; como también dice *Línea*: "la necesidad de crear un dilema que movilice a la opinión pública y donde el rol de bueno quedó reservado a Viola. Algo así como: mírenme a mí, porque el que viene allá es peor."

De aquel a este Viola

La eclosión del fracaso económico se sumó al ya viejo y primordial fracaso político de la FF.AA. La crisis estructural estallada definitivamente, pero además y sobre todo reconocida, impide entonces el sueño alucinante, hasta marzo de 1981, de crear "el consenso" que el autoritarismo de Videla y el proyecto de Martínez de Hoz no precisaron. Como expresaba sobre el proceder de Sigaut *La Nación*, uno de los más lúcidos medios de las FF.AA., es en el plano de la solución económica donde se empezaba a jugar, en abril y contra reloj, la última tabla de salvación del "proceso" y la cohesión de las tres armas.

Por lo tanto, desastre económico, protesta social y vacío político desde el poder son los signos que acaparan lo ocurrido entre abril y julio. Es decir: la paulatina desvertebración de un estado militarizado (nunca muy jaqueado ni virulentamente agredido por la sociedad) que muestra en estos meses su fragmentación interna.

LLAME ANTES DE ENTRAR
EL ADMINISTRADOR

CUIDADO CON EL PERRO
EL GATO



De esta manera, el enunciado "tiempo político" hacia afuera se convierte en el inevitable enganchamiento político hacia adentro, como el primer paso de un poder que pensó salir a fijar las reglas de continuidad y debe ahora salir, pronuncie lo que pronuncie, a negociar la mejor de sus retiradas sin ni siquiera coincidir internamente en el retiro a nivel de comandancia, y por lo tanto distinto al tiempo Lanusse.

Esta mutación es, hasta hoy, lo que más explica el tránsito del potenciado Viola al Viola que debe decir en conferencia de prensa y sobre el abayonetado sillón de Rivadavia que "es demasiado corto el tiempo que llevo en la presidencia para demostrar ineficiencia en el gobierno." El presidente no le hablaba al pueblo sino a sus pares. Era un radiograma interno, eran palabras bastante insólitas luego de un quinquenio de poder despótico, arrasador de toda oposición y crítica.

Golpes en la puerta

La noche del viernes 8 de mayo, a cuarenta días de la immaculada asunción de Viola, un noticiero de TV porteño informaba de "graves desinteligencias entre la junta militar y el presidente, a quien se le habría pedido la renuncia."

Varios golpes militares, desde diversas usinas de rumores, atravesaban los oídos de 27 millones de argentinos camino a la miseria y la zozobra. "No hay cambio de filosofía, de ser así la Junta ya le habría solicitado la renuncia al presidente." Esto no se lo decía un sargento a su mujer sino el comandante Galtieri a los periodistas, luego de que el general Nicolaide, pertrechado en su comando y frente a 500 escuchas, expresase significativamente que "la junta militar tiene el poder total."

Fue el ejército el que mostró inocultables grietas frente al supuesto y demorado modelo aperturista de Viola. Hacer referencia al poder de la Junta, sin embargo, era hacer referencia al conjunto de las FF.AA. Era rebajar el poder y la capacidad de actuación de Viola, sus asesores y su gabinete. Era señalar que, por arriba, existían concretos recelos y demasiadas divergencias en cuanto a la índole de la gestión Viola.

La realidad o la fábula generaron distintas hipótesis de golpes, que

populismo degradantes." Lo mismo que cuando el ministro de Trabajo, comodoro Porcile, demagógicamente expresó frente a sindicalistas que "el Justicialismo tiene las mismas banderas que yo", obtuvo la respuesta en la voz del general Toranzo Montero, que en nombre de la oficialidad retirada manifestó que "el gran riesgo que se cierne es retornar a épocas que creímos superada", exigiendo por el contrario que "se proscriba definitivamente al peronismo". El tiempo político retorna junto con la disgregación del monolitismo militar, y los eternos fantasmas renacen como siempre con su carga de virulencia ideológica y política. Este autogolpe Viola, se infriró, contaría con el apoyo de la marina y el grueso de la aeronáutica, que percibían que los desgarramientos eran básicamente, y por ahora, dramas del ejército.

La multipartidaria

En el mismo tono furibundo con que *La Prensa* se transformó en el portavoz de las mayores andanadas contra el gobierno de Viola (y no se arredró frente a las amenazas dictatoriales), así también el órgano de Galtieri se abalanzó contra la finalmente estructurada multipartidaria. "Cabe preguntarse si es Viola o si es el sistema el que agoniza", se interrogaba recatadamente el matutino para irritación del general Ortiz. "Sólo un terrible vacío de poder se observa en el país", insistía el columnista Iglesias Rouco en una clara política algarayista contra el atribulado Sigaut. "Se comprueba un descontento cada vez más creciente en definidas zonas militares." Y además, que "la remoción presidencial entró a consideración de la Junta." Debía perplejo al lector el lenguaje descarnado del medio para referirse a un mismo poder militar que siempre se basó en su incuestionabilidad.

Pero también el matutino advertía que "según un sondeo realizado por organismos militares, hoy el triunfo electoral peronista no sería del 50% sino del 60%", un inteligente alarmismo que empezaba a explicar la perspectiva "antidictatorial" de un importante sector militar-económico y político vehiculado a través de dicho periódico. Poco tiempo después el diario se preguntaba: "¿Cree el doctor Balbín que puede convocar a la ciudadanía un movimiento como el peronista?", es decir con "herederos de un hampón jubilado" (refiriéndose a Bittel), con "la inmoralidad política" (representada por Frondizi) "para regodearse en sus orgías de demagogia y mentiras, en un gran aquelarre de oportunismo."

Esto que el citado periódico descalificaba con tanta contundencia pasaba a ser el hecho más importante, desde el plano de los partidos políticos, que surgía como respuesta activa y desde la conciencia generalizada de que el tiempo de crisis podría tener resoluciones antipopulares imprevisibles, de no existir un polo de referencia para el descontento general.

Importante no significa, en este caso, que la multipartidaria, por su simple constitución, puede hoy equilibrar a su favor los distintos signos críticos y articularlos hacia una salida propia desde sus propios recursos. Importante no significa que la multipartidaria se alce con intenciones de antagonizar con el

arma no aceptará "regresar a

gobierno militar crispando las polarizaciones. Al menos no se deduce esto de las primeras reuniones de los cinco partidos.

La iniciativa del radicalismo, llamando al peronismo, al MID, al Partido Intransigente y a la línea popular cristiana para que como quinteto político *convuquen* al conjunto de las fuerzas políticas y nacionales, representa sobre todo la recuperación de la iniciativa política por parte de los partidos más fuertes y populares. Iniciativa política en el marco de una crisis profunda, que si bien debilitó claramente al poder militar también puede llegar a debilitar la posibilidad de una salida democrática institucional. Es decir, la multipartidaria, en su sentido más inteligente frente a la coyuntura, significa *recuperar una salida antes de un probable resquebrajamiento de un modelo de estado democrático de partidos a reinstaurar*. Modelo que depende del derrumbe de la estrategia militar, pero modelo que depende también de la *intención y la capacidad para efectivizar esa intención* democratizante, tanto del poder como de la oposición. Negociación que, en las actuales circunstancias, parte hoy del reconocimiento de las carencias de cada una de las partes, en cuanto a sus formas diferentes de constituirse como poder en la coyuntura.

Aclaró la UCR, en su invitación, que no quiere aparecer como único convocante ni formar un polo civil anti Viola. La presencia del peronismo le otorga al núcleo de dirigentes representativos una fortaleza convocante similar a la Hora del Pueblo en su oportunidad. La, al parecer, reconciliación UCR-MID, le agrega un elemento de mayor cohesión.

Para *Clarín*, que alimenta diáfananamente a la multipartidaria, "la convocatoria de los políticos no resulta grata a ninguna de las tendencias que alimentan el Proceso de Reorganización Nacional." Según este diario, "le arrebató la iniciativa política" y el gobierno "teme que al final engendre el fantasma del polo civil." Opinión similar al del socialista oficialista Américo Ghioldi, para quien se trata de un modelo "inaugurado por Perón en 1972 y según el cual ningún partido es enemigo, sino que el enemigo es el partido militar."

A esta altura resulta claro que la estrategia de Viola es convertirse en "general-presidente constitucional" para 1984, mediante la conformación del Movimiento de Opinión Nacional (MON) estructurado básicamente con partes importantes del peronismo "potable" (antiverticalista) y parte de la derecha radical (acaudillada por García Punte, disgustado con la multipartidaria).

Como argumentaba el siempre bien interiorizado diario *La Nación*, las hipotéticas elecciones en 1983 tendrían lugar "si la relación de fuerzas existentes en la Argentina desde 1976 se hubieran modificado en términos que hoy no se prevenen." Luego agregaba: "No habrá estatuto político hasta que el MON no tenga vizes de convertirse en realidad."

Lo cierto, entonces, es que la convocatoria de los cinco partidos alienta y expresa al mismo tiempo una nueva dimensión del proceso: 1] genera una instancia política dirigente de *agregación* en el horizonte de las masas; 2] lleva las estrategias al explícito e irreversible plano político; 3] fortalece decididamente la posición de las fuerzas

políticas populares para el futuro tramo de discusión democratizante; 4] secundariza el control político militar sobre la apertura, bajo diseño MON; 5] se despliega en su sentido máximo y más lógico en relación a la coyuntura: convocatoria nacional, no frente de partidos; 6] se proyecta como particular forma articuladora del camino hacia la democracia, esto es: la revitalización de las representatividades políticas históricas, frente a la propuesta manipuladora, "renovadora" y cercenadora de la democracia del proyecto militar, y 7] le otorga al proceso de crisis una racionalidad política de corte superador, generada desde las opciones del pueblo, frente a los diversos especuladores del "caos y los retornos" que pretenden una nueva racionalidad "salvacionista", autoritaria, proscriptora y antipopular.

Peronismo, sindicatos, Isabel

El indulto a Isabel Perón luego de más de cinco años de privación de la libertad y la jornada de protesta decidida por la CGT que concluyó en el paro nacional del 22 de julio, fueron dos procesos que incidieron específicamente en la vida de peronismo.

En el campo sindical resultó el gremio de mecánicos (SMATA) el que concretó la primera medida de lucha a nivel nacional con un acto reivindicativo a pocas cuadras de la casa de gobierno, que terminó con una operación antisubversiva de la policía y más de dos mil obreros presos que se sumaron al encarcelamiento del secretario general del sindicato, José Rodríguez, y de varios dirigentes más.

El despido en masa, las suspensiones temporales, los salarios congelados y una trágica situación laboral y social de largo arrastre con cierres y quiebras industriales, plantean hoy un dramático y extendido cuadro de miseria para los trabajadores argentinos. A partir de esta realidad la CGT, a través de Ubaldino, su secretario general, planteó y programó un período de protesta. Lo avalaron *Los 25*, el núcleo más combativo del sindicalismo peronista, cuyo sector mayoritario integra el verticalista Movimiento Sindical Peronista (MSP). No obstante, existieron diferencias de criterios y largas deliberaciones con otros sectores peronistas de la propia CGT que consideraban que no era el momento oportuno para romper lanzas con un paro general, posición dubitativa que finalmente no prosperó.

La CGT reúne al 75% de las regionales gremiales del interior del país. Cuenta con el total apoyo de Lorenzo Miguel, a quien respalda el 40% del gremio metalúrgico, siendo el 60% restante las bases de Marcos, figura de la CNT. Miguel ha expresado claramente su reconocimiento a la conducción peronista ejercida por el vicepresidente del Partido Justicialista, escribano Bittel, en cuanto a la posición del dirigente chaqueño sobre la etapa Viola y su aliento a la multipartidaria, según registran los comentarios de los diversos diarios porteños. La gravitación de Lorenzo Miguel en las actuales líneas duras de gremialismo acompañan con coherencia el nuevo fenómeno de la convocatoria multipartidaria, según palabras del propio dirigente metalúrgico.

Distinta y conflictiva es la posición de la Intersectorial for-

mada por la CNT y *los 20* (este último sector antiverticalista y disminuido en integrantes) que llevan adelante una marcada tendencia colaboracionista y de "tregua social" y donde se destaca la presencia del dirigente peronista Triacca. La Intersectorial no aprobó ni participó en la etapa del proceso de protesta ni en el paro, y propone en cambio la pronta constitución de un Consejo Económico y Social (modelo Lanusse 72) entre el empresariado, el gobierno y la fuerza laboral, con el fin de solucionar la crisis. No obstante, es el empresariado, por el momento el más renuente frente a tal consejo, hasta tanto "la parte sindical no asegure que representa realmente al conjunto", hecho difícil de lograrse frente a la cada vez más creciente demanda obrera por trabajo y aumento de salarios.

En el plano estrictamente político del peronismo, el viaje de Isabel Perón a España fijó un compás de espera en cuanto a la concreta posición que asumirá la presidente del Partido Justicialista frente a la actual coyuntura y con respecto al ordenamiento interno que se viene generando en el Movimiento. Isabel sólo esbozó una crítica a ex colaboradores cercanos y anunció regresar al país y asumir su puesto político.

El sector que más se alinea detrás de su figura es el encabezado por Lázaro Roca (integrante de la conducción actual) y Humberto Martiarena, que vienen fijando desde hace tiempo líneas de extrema dureza frente a cualquier proposición de diálogo con los sectores militares y entre los propios partidos, hasta tanto Isabel Perón no efectivice su presencia política. Poco antes de la primera reunión multipartidaria, un documento de este sector enjuiciaba "actitudes que parecían proclives a componendas y desviaciones", en lugar de sostener "una oposición abierta y frontal al proceso". Días después expresaba Roca que "la multipartidaria sería legítima para el peronismo si Isabel Perón estuviera al frente y como conductora nacional de la misma." La crítica de este sector se dirige a la actuación de Bittel y levanta a Martiarena como posible replazante.

A diferencia del sector Roca, otra instancia del llamado ultraverticalismo comandada por Roberto Ares apoya la convocatoria partidaria, lo mismo que el sector de gobernadores acaudillado por Eloy Camus y el grupo peronista enlazado con la CGT y que tiene como principal figura al ex gobernador Menem.

La elección de Isabel Perón para su defensa legal de Federico Robledo, Italo Luder y Arauz Castex produjo un realineamiento de posiciones en estos reconocidos antiverticalistas, que ya en tiempos previos a esta designación se habían acercado convenientemente al paraguas de conducción de Bittel.

Bittel buscó, en este último año, esencialmente su sustento político en el apoyo de la CGT, a la que expresamente respaldó en su Jornada de Protesta, para recibir al mismo tiempo el preciso aliento de estos sectores gremiales a sus declaraciones y participación multipartidaria. "El peronismo está unido y la prueba está en la designación de los abogados de la señora de Perón, que no son casualmente de la línea verticalista", expresó Bittel frente al periodismo. "Mi tarea es crear un clima para todos los peronistas hasta

que llegue el momento de designar nuevas autoridades", agregó. Para Bittel el silencio de Isabel Perón en libertad "fue un acto de inteligencia política."

Un nuevo sector político, donde sobresalen las figuras del ex gobernador Saadi, el ex diputado Julio Bárbaro y el sindicalista Alberto Stecco se constituyó como agrupación Intransigencia Peronista, con un primer documento de perfil claramente combativo, por la unidad de un peronismo sin escisiones y donde se rechazan las pautas políticas militares. Para este sector, y según Saadi, "la multipartidaria es positiva en tanto signifique un aporte efectivo para el restablecimiento de la soberanía popular. El nucleamiento político proclamó "su reconocimiento y apoyo a la conducción nacional" (*Clarín*) y aclaró que "acatan a las autoridades del Movimiento, entre ellas a Isabel Perón" (*La Nación*).

Entre las corrientes antiverticalistas, Roberto Grabois, de la Generación Intermedia, expresó que "no se trata de ser enemigo de las FF.AA., porque somos hijos de un proceso que se inició con ellas", Raúl Matera (Reafirmación Doctrinaria Justicialista) vio con buenos ojos a la multipartidaria "en tanto no se proyecte contra el gobierno militar." Uno de sus seguidores, Serú García, llamó a "la necesaria participación militante en el actual quehacer gubernativo" presidido por Viola. Otro antiverticalista, Luis Rubero, se inclinó por "el éxito en la estructuración de un MON, a partir de la concreción de un proyecto de prioridades patrióticas", constanciándose con la opinión de los asesores de Viola en este sentido. Esta tendencia antiverticalista tuvo un primer revés en las elecciones gremiales de la URGA (Santa Fé, Córdoba, Entre Ríos), cuando la lista peronista Azul y Blanca apoyada por la CGT obtuvo el 80% de los votos, contra la lista Blanca (del sector Rubero-Osella Muñoz) que conquistó el 20%.

El peronismo ingresa con la necesidad de un ordenamiento interno y reforzamiento de la unidad (como expresan casi todos sus dirigentes) a un tiempo crucial del proceso argentino. Sus sectores políticos y sindicales más decisivos parecen tener conciencia de cohesionar fuerzas detrás de las actuales conducciones. Para Federico Robledo "la mejor manera de consolidar la estructura de conducción es mediante su reconocimiento, poniéndole el hombro y prestándole toda la colaboración que requiera. En este momento la solidaridad partidaria está por encima de todos los avatares del cuestionamiento interno."

Lo que surge, lo que se hunde

La multipartidaria piensa aunar fuerzas con todos los sectores políticos populares. El Socialismo Unificado, el Socialismo Popular, otras corrientes cristianas, el Conservadorismo Popular, el FIP y el PCA ya han respondido afirmativamente a la convocatoria para un frente democratizador, activo y propositivista. Se enfrenta a una realidad definitiva por el angustioso derrumbe económico, por la insatisfacción pública y generalizada, por el avance de la miseria social y la asfixia cultural, producto de un proyecto antipopular precisamente en disolución, por ser el autor de este flagelo histórico que hoy castiga al pueblo argentino. ●

POLÉMICA (II)

Peronismo, nación y democracia

Ernesto López

La nación ¿existe?

Algunas de las interpretaciones que desde fuera del peronismo han procurado dar cuenta de este fenómeno político presentan una arista curiosa. Rozan una temática importante en la configuración de aquél —sus contenidos nacionales— pero se muestran incapaces de penetrar la analíticamente. Las definiciones sintéticas que se han intentado del mismo reflejan la antedicha curiosidad. Movimiento "nacionalista burgués" sostienen unos, movimiento "nacional popular" afirmaba el extinto Germani. Para los primeros, por regla general la expresión "nacionalista" conduce a una anquilosada interpretación eurocentrista; sirve para caracterizar una maniobra básicamente ideológica semejante a aquella por medio de la cual las burguesías europeas habrían embaucado, en el pasado, a las masas obreras y populares. En el caso de Germani el concepto "nacional" remite a un uso relativamente similar: una ficción al servicio de la manipulación de las masas. Para ambos tipos de interpretación lo nacional expresado por el peronismo parecería carecer de encarnadura concreta. No se vincula con problemas reales de la sociedad ni de la política. Es más bien un recurso arrancado de una especie de limbo platónico. Una manera de halagar el narcisismo colectivo, si se me permite la expresión. Una impostura. Paradojalmente, estos estudios descubren que con el advenimiento del peronismo algo termina. Unas veces es una modalidad de dominación (la oligárquica); otras, un estado y los mecanismos de representación política a él asociados. Algunas veces se reconoce un cambio de etapa histórica; otras, se señalan modificaciones en los patrones de acumulación económica. Pero entonces ¿qué es lo que entra en crisis a comienzos de los 40, aquello frente a lo cual el peronismo se planta como alternativa? ¿Un modelo de acumulación, una sociedad, un estado, un sistema político? ¿Qué es lo que diseñó la llamada "generación de 1837" y que parece haberse realizado bajo los auspicios de la del ochenta?

Aventemos a los fantasmas. No se trata aquí de reivindicar a la Legión Patriótica ni a la Alianza. Tampoco de hacer una convocatoria a una modalidad de intelección simétrica opuesta a la anteriormente reseñada, cuyo resultado sería aquello que la prosa inteligente y siempre bella de Terán ha denominado el "nacionalismo sin nación". En todo caso lo que se pretende es analizar una de las dimensiones fundantes del fenómeno peronista: el hecho nacional. Procurando atender a las determinaciones concretas que el mencionado hecho involucra y, paralelamente, prestar atención a los efectos que el mismo proyecta sobre la práctica democrática en la Argentina. No me anima en esta empresa el afán de la precisión histórica. Por el contrario, creo que el tema tiene vigencia actual. Tanto el futuro del peronismo como el de la democracia dependerán en buena medida de la manera en que se resuelva en el presente la problemática de la nación. Ya sea en el interior de aquél —es mi impresión que el peronismo debe *aggiornar* su doctrina sobre la nación y que le va la vida en ello— como a escala de la sociedad global. Lo que sigue, entonces, discurre preferentemente sobre el análisis de las características del proceso nacional en la Argentina y el modo en que el peronismo ha enlazado históricamente nación y democracia, enfocando en este caso dos momentos del decurso de su desarrollo histórico. El texto se cierra con una breve consideración sobre las circunstancias actuales que persigue despertar inquietudes antes que develar incógnitas.

El problema nacional en la Argentina

El problema nacional adquirió (y tiene) en Argentina dimensiones particulares.¹ Es una cuestión que asume una modalidad diferente de la europea, y de la asiática y africana. En Asia y en África, más allá de la consideración de las limitaciones estructurales internas de sus naciones y protonaciones para constituirse en estados, hubo un hecho que calificó rotundamente la problemática nacional: el hecho colonial. En Argentina —y en el resto de América Latina—, en cambio, las naciones devinieron estado tempranamente, lo que equivale a decir que hubo una temprana superación del hecho colonial. Por cierto podría hablarse de situaciones *neo* o *semi* coloniales en la región, pero el caso que nos ocupa está lejos de esos tipos. En Europa la cuestión nacional se planteó así: a) ausencia de autodeterminación nacional en sentido estricto. Típicamente los casos de Polonia e Irlanda imposibilitados de constituirse en estado/nación por imposición externa; b) existencia de estados plurinacionales, con las consiguientes tensiones derivadas de la heterogeneidad y el abigarramiento cuyo caso típico fue el imperio austro-húngaro. Hoy en día los estados plurinacionales europeos (Checoslovaquia, Yugoslavia) parecen hallarse más sólidamente integrados como tales; c) naciones de desarrollo capitalista tardío —Alemania e Italia—, sujetas, en su momento, a la necesidad de disputar un espacio hegemónico en el campo de las potencias imperialistas.

Ninguno de éstos es el caso de la Argentina. Podría sin embargo ser de utilidad confrontar someramente la situación italiana de entre guerras con la argentina de comienzos de los cuarenta, para ilustrar algunas proposiciones de este trabajo. Italia, tardíamente unificada a escala nacional y retrasada en cuanto a su despegue capitalista respecto de otras potencias europeas, se estructuraba nacionalmente bajo el dominio del bloque constituido por los industriales del norte y los terratenientes del sur. El sistema hegemónico instaurado por éstos reconoció vicisitudes. Fue controvertido "desde abajo" generándose las condiciones para la emergencia de esa forma peculiar de cesarismo que fue el fascismo. Pero éste, en último análisis, aun cuando modificaba el perfil político de la sociedad italiana, levantaba banderas que eran las de los sectores económicamente dominantes empeñados en conseguir una expansión imperialista. En la Italia de esa época, entonces, se presentaba la siguiente disyuntiva en términos nacionales. O bien se consolidaba la nación a través de su constitución en potencia imperialista, resultado éste "natural" de su desarrollo capitalista previo, o bien se *transformaba* socialmente la nación a partir de la capacidad contestataria y subversiva de los sectores subalternos (la alianza del obrero industrial con el campesino meridional que proclamaba Gramsci). O sea que en Italia parecería no haber existido la posibilidad de una *reestructuración* de la nación no fundada sobre su transformación socialista. No existía *alternatividad nacional*, o mejor dicho, la *alternatividad nacional* se fundía en la *alternatividad social*.

En Argentina las cosas se presentaron de una manera diferente. La cuestión nacional, en el período que se cierra con el advenimiento del peronismo, radicó en el bloqueamiento de sus posibilidades de realización como nación, fruto de la crisis del modelo de desarrollo capitalista basado en la *articulación dependiente* establecida por la oligarquía, desde fines del siglo pasado, con las potencias hegemónicas. Mientras el modelo dependiente exportador se mostró saludable, las naciones como la Argentina estuvieron en condiciones de irradiar un

cierto bienestar a sus sociedades, al tiempo que existía en ellas una cierta trabazón entre sus aspectos económicos, sociales y políticos. Sin embargo, la básica ausencia de autosustentación económica era poco proclive a generar solidaridad de intereses entre los actores tanto en el terreno económico cuanto en el político. Lo que conducía a que, como tendencia, las lagunas primaran por sobre la interconexión y el desajuste por sobre la solidaridad. Por el contrario, la autosustentación de los modelos de reproducción de los países centrales permitía (permite) la existencia de una básica solidaridad de intereses, cuando menos a nivel de sectores productivos. Me refiero, por ejemplo, a aquello que Marx *captura* en sus esquemas de reproducción en *El capital*. Tal solidaridad daba pie a la estructuración de naciones que, aunque no estaban exentas de pugnas interburguesas, no admitían la posibilidad de una reestructuración nacional dentro del orden capitalista. Los países de articulación dependiente, en cambio, sí la presentaban: la orientación hacia el mercado interior, la autoconcentración del desarrollo, la modificación de los ejes de acumulación, la transformación de las relaciones sociales inscritas en la base del estado, etc. En el caso de la Argentina, la nación estructurada por la oligarquía admitía, junto a la herramienta lógica posibilidad de su transformación socialista, una concreta reestructuración de sus bases económicas, sociales y políticas que, sin exralimitar su naturaleza capitalista, significaba un profundo quiebre de los ordenamientos anteriores. Es decir, existía la posibilidad de una *alternatividad nacional* no confundida con la *alternatividad social*.

La pugna entre dos proyectos nacionales distintos se constituyó en una de las dimensiones fundantes de la fractura política y de la recomposición de fuerzas que se observa en la Argentina a mediados de los cuarenta. Triunfante el peronismo, la reestructuración nacional de la que era agente motivó una transformación democrática que fue concomitante con aquella. Esta *alternatividad nacional* del peronismo permaneció en el tiempo. Es justamente la potencialidad contestataria de aquél en el terreno nacional lo que le ha dado vigencia política por más de 30 años. Su vitalidad ha radicado en su capacidad de unificar políticamente el campo popular sobre la base de concitar a un proyecto alternativo de nación. Dicha unificación política no estuvo exenta de avatares. Con lo que quiero decir que al hablar de unificación no estoy implicando en modo alguno el concepto de homogeneidad. Heterogéneo y contradictorio (en el sentido de incluir a empresarios y trabajadores) son los términos que mejor se ajustan a una caracterización sintética del movimiento popular. Lo que no bastó para que durante un largo período (especialmente aquél durante el cual el peronismo fue gobierno por primera vez) se mantuviera el proyecto de nación diseñado por sus niveles dirigentes, aun cuando los diversos actores disputaran el *quantum* de su refracción sectorial. Sólo en 1973 tomó cuerpo —a partir de la no asunción por parte de importantes sectores del movimiento de medidas fundamentales del Plan Gelbard— la existencia de divergencias en torno de la naturaleza misma del proyecto. No es del caso detenerse en el examen de estas vicisitudes pues nos llevaría un espacio considerable y nos alejaría del objeto central de estas notas. Basta con señalar que a pesar de los silenciosos o vociferantes detractores internos a su propio movimiento, el viejo General planteó un proyecto de nación en 1973 que, como en el pasado, tuvo repercusiones sobre la vida democrática y que, nuevamente, fue capaz —aunque esta vez con limitaciones— de unificar el campo popular.

Nación y democracia: en los orígenes del peronismo y en 1973

El peronismo produjo modificaciones en tres niveles fundamentales de la vida nacional: a) en el perfil de las relaciones exteriores; b) en la relación entre el estado y la economía; c) en el nivel de la hegemonía. Las iniciativas del peronismo en estos tres planos afectaron de un modo directo el antiguo basamento de la nación, fundada en lo que he denominado más arriba la *articulación dependiente*. La dislocaron al tiempo que por su intermedio se procuró un nuevo ordenamiento que, aunque no dejaba de ser capitalista, re-

sultaba diferente del que había existido hasta entonces.

Se ha querido ver en la ausencia de desarrollo de una industrialización de base la prueba de algo así como una inconsecuencia en el replanteo nacional o la demostración de la naturaleza oportunista —y por tanto accidental en términos históricos— del peronismo.

Me parecen interpretaciones cuestionables. Hay indicios de cierta preocupación militar en lo que atañe a la industria pesada.² Por otra parte, creo imprescindible situar las iniciativas de política económica del peronismo en el campo de relaciones de fuerza políticas de la época. La voluntad política es siempre, dentro de ciertos límites, prisionera de una "situación" (en el sentido gramsciano). La pertinencia y la factibilidad de las líneas de acción política se inscriben en un cuadro de relaciones de fuerza que constituye un dato fundamental para una evaluación de los alcances y los límites de aquéllas (las líneas). La ausencia de estudios consistentes referidos a esta problemática ha tornado, por lo general, bizantinas las discusiones al respecto. Me parece necesario, incluso, no perder de vista que en la evaluación de circunstancias, situaciones, recursos, repercusiones, etc., toda iniciativa política es susceptible de error. Sin embargo, más allá de esta problematizada discusión de provechosa dudosa, creo que es posible plantear el problema de otro modo. Es verdad que el peronismo profundizó la sustitución de importaciones iniciada por los conservadores; que se orientó según un modelo de desarrollo fundado en el desenvolvimiento del mercado interno. Pero este modelo no resultó una mera prolongación del oligárquico. La industria, aunque "liviana", se jerarquizó y se convirtió en un eje de acumulación del mismo o adquirió mayor nivel de importancia que el agropecuario (basta al respecto ver cifras de composición del PBI en los años correspondientes). O sea que la industria dejó de ser la rueda menor, auxiliar de la rueda mayor agroganadera como conceptualizaba Pinedo en los años treinta. El estado asumió una intervención creciente en el desarrollo y la regulación del proceso industrial y de una porción respetable de la economía en su conjunto. Y fue, a la vez, un estado que expresaba una hegemonía distinta de la oligarquía reinante otrora. Por añadidura, el estado peronista operó en el sentido de minimizar las influencias exteriores y reducir los márgenes de dependencia de nuestro país. Todo lo cual configura un cuadro que, más allá de la discusión sobre la pertinencia y la factibilidad de la industrialización de base, permite hablar de la alternatividad nacional del peronismo.

Como ya he señalado, esta alternatividad nacional de la que era portador aquel produjo una profunda fractura política en la sociedad argentina. El peronismo debió enfrentar una alianza que cubrió un arco extenso y poderoso; los actores políticos del régimen —corroído y desvenecado ya al inicio de los años cuarenta— que había cobijado el retorno de la oligarquía al manejo directo del aparato del estado desde 1930, reconstituyeron sus zonas de convergencia desde el paroxismo antiperonista. El núcleo dirigente inicial del peronismo, en consecuencia, debió buscar y halló respaldo en las masas obreras y populares. La alternatividad nacional, en el contexto de recomposición al que he aludido recién, sólo podría tener lugar si debía alternatividad hegemónica. Y éste precisaba del respaldo activo de las masas y de la ampliación de los marcos de la participación democrática. La limpieza electoral y el pleno respeto de la soberanía popular expresada en las urnas, junto al derecho de voto a la mujer, constituyeron los logros más significativos del peronismo en el terreno democrático. Respuesta a las condiciones de la lucha política bajo las cuales debió desenvolverse como alternativa de poder, aquellas iniciativas fueron también solidarias con los aspectos económicos del proyecto en desarrollo. Para decirlo sintéticamente: la ampliación democrática se correspondió con la ampliación económica. El desarrollo del mercado interior y la extensión de la participación popular en el disfrute de la riqueza sirvieron de base a la mencionada ampliación democrática. No obstante, en lo que a ésta concierne no todo fue un lecho de rosas. Lo que podríamos llamar el *modus vivendi* democrático —la democracia no es sólo la vigencia del sufragio universal y el pleno res-

No... yo te digo esa escena en aquella película de Bergman... ¿Cómo explicarte? A ver... Sacate la blusita.



peto a la voluntad soberana de los electores—padece algunas irregularidades. La más importante de ellas —aunque la más explicable por las circunstancias— fue el acallamiento de la oposición parlamentaria tras los sucesos de septiembre de 1951.³ Pueden consignarse, también, excesos autoritarios. La anécdota de Borges, convertido de funcionario de la Biblioteca Nacional en inspector de ferias, ilustra al respecto. Finalmente, el tema de la ausencia de democracia interna al movimiento popular. El inmenso reconocimiento que Perón conquistó de las masas mitigó las repercusiones negativas de este tópico durante su primer período de gobierno. Sin embargo, a partir de 1973, aquélla se convirtió en una cuestión de no poca importancia.

Precisamente aquel año marcó el retorno del peronismo al manejo del aparato estatal. Como en el pasado, el ejercicio de la soberanía popular vino de la mano de un proyecto alternativo de nación. Nada gratuitamente, por el contrario, los intentos de reconstitución nacional oligárquico/monopolistas —una alianza, en rigor, nunca del todo bien avenida— intentados durante el lapso 1955-1973 se fundaron sobre la exclusión/proscripción política del movimiento popular. El *modus vivendi* democrático, en 1973 y hasta la muerte de Perón, conoció la superación de antiguos precedentes. Menguaron los autoritarismos y el enfrentamiento con la oposición cedió lugar a la colaboración. El FREJULI y La Hora del Pueblo fueron sus expresiones más vivas y una intachable práctica parlamentaria su resultado más tangible. Los conflictos interiores al movimiento popular empañaron, sin embargo, la vida democrática en este período, por el impacto que tuvieron sobre el conjunto de la sociedad.⁴ Nuevamente aquí la ampliación democrática fue un instrumento para la reconstitución de la unidad política del campo popular. Siendo la condición de posibilidad de la referida unificación, otra vez, la vigencia de un proyecto alternativo de nación en el que se aunaban participación económica y participación política.

Las acechanzas del presente

Plantear la alternatividad nacional del peronismo significa aceptar la existencia de una posibilidad *reaccionaria* de articulación de la nación. Ahora bien, si como decíamos al comienzo de esta nota, ha sido difícil para el antiperonismo —incluso para el no peronismo— aprehender los contenidos nacionales concretos del peronismo, a éste le ha resultado trabajosísimo reconocer la existencia de un proyecto reaccionario de nación. Frecuentemente, porque el discurso propagandístico —los calificativos de "vende patria" o "antinacional" aplicados a las políticas de cuño oligárquico— se transfigura mecánicamente en definición sustantiva. Sirvan estos escuetos señalamientos de marco a la siguiente proposición: está en marcha en la Argentina, en este momento, un proceso tendiente a *rearticular reaccionariamente los fundamentos de la nación*. Sus gestores directos, los militares, han modificado en parte la concepción sobre la nación que fue predominante en su seno en el período 1955-1973. El fracaso del desarrollismo en el plano local; la crisis y el intento de reacomodamiento del

capitalismo a escala mundial; la revalorización de la teoría sobre las ventajas comparativas en rubros como energéticos y alimentos; la percepción de que el proteccionismo industrial que acompañó la industrialización "liviana" resultó desmedido y oneroso constituyen quizá los parámetros a partir de los cuales modifican su imagen de la nación como proyecto. Y sirven para definir el perfil de la apoyatura social que deben buscar: la oligarquía terrateniente, y dentro de ésta su sector más dinámico, aquél que expresa el terrateniente, banquero e industrial Martínez de Hoz. En el plano económico, pues, privilegiamiento de las actividades agropecuarias y reconversión —en el sentido, por un lado, de su estrechamiento, y por otro, de la búsqueda de la eficiencia— de la estructura industrial. A nivel político los militares parecen haberse lanzado a convertir al ejército en el eje de un proceso de reorganización del sistema político que les procure una cierta base consensual, en el futuro, a sus designios. Maniobra que no es ajena a su historia: intentan lo mismo que Perón en el decenio de 1940, pero ahora con un sesgo reaccionario.

Los logros a nivel económico deberían sentar nuevas bases para la convergencia de intereses a escala social y apoyar por esta vía una redefinición interna de los partidos tradicionales y una recomposición de las alianzas en el plano político.

No es posible anticipar las probabilidades de éxito de estas operaciones. Aunque cabe consignar que, debido a la crisis del peronismo y a la descomposición del campo popular, el proyecto de nación militar-oligárquico cuenta con mayores márgenes para el desarrollo de sus iniciativas que en el pasado cercano.

Frente a este cuadro del panorama del campo popular luce inquietante. El peronismo, ¿será capaz de recuperar su capacidad contestataria, de reconstruir la unidad política del campo popular? No lo acosan solamente las medidas represivas de la dictadura militar ni lo abotagan con exclusividad sus pugnas intestinas. Más que eso, que ciertamente no es poco. Tras la muerte de Perón el peronismo parece haber extraviado la nación. Puede recordarse, como botón de muestra, que ni la CGT, ni el isabelismo, ni los Montoneros, ni los peronismos provinciales supieron ofrecer una opción mejor que aquella que criticaban: la que se esbozó en el Plan Gelbard. Si lo que he planteado en las páginas anteriores se acerca a la verdad, el problema que centralmente deberá resolver el peronismo para mantenerse como alternativa real de poder es el de la reactualización de un proyecto de nación capaz de: a) rescatar su ya histórica alternatividad nacional; b) rearticular políticamente el campo popular; c) servir de base a un ejercicio pleno de la democracia. Proyecto que, como en el pasado, no deberá ser un mito sino la anticipación de una "realidad efectiva".

Pero éste, convengamos, no es sólo un problema para el peronismo. Las izquierdas con vocación de desarrollo político deberán también encontrarse de una buena vez con la nación. Pero con la nación popular, no con la reaccionaria. Con "el dulce rostro de la Patria", como escribió Casullo, y no con las amargas experiencias de su propia historia. ●

1 Las reflexiones que siguen versan sobre la Argentina pero podrían hacerse extensivas a otros países latinoamericanos. No planteo pues exclusivismo argentino alguno en este terreno, simplemente elijo trabajar sobre ella con exclusividad.

2 Es imposible desconocer el papel desempeñado por el sector de los militares en la consolidación del peronismo. De ellos, por otra parte, surgieron iniciativas tales como el desarrollo de fabricaciones militares, la puesta en funcionamiento del auto hormo de Zapla, el plan siderúrgico (la llamada Ley Savio, No. 12987 aprobada por el Congreso el 3 de junio de 1947), entre otras.

3 Luego del fallido golpe del general Menéndez la bancada oficialista de diputados evitó sistemáticamente que los radicales usaran la palabra mediante el expediente de cerrar la lista de oradores, vía moción de orden, cada vez que le llegaba el turno a alguno de aquéllos. Esta modalidad fue utilizada como castigo por las presuntas conexiones de los radicales con Menéndez. Más en general, la práctica de constituir a la cámara en comisión para tratar expeditivamente iniciativas provenientes del ejecutivo fue cuestionada —a veces con razón— por la oposición.

4 Me refiero, por ejemplo, a los manejos que catapultaron al oscuro Lastiri como sucesor de Cámpora, que empañaron la vida político-institucional de la sociedad en su conjunto. O a los desgraciados acontecimientos de Ezeiza.

El socialismo que cayó del cielo

Nicolás Casullo y Rubén S. Caletti

Tengo miedo del encuentro con el pasado que vuelve

Un nuevo discurso que se define socialista se ha hecho presente entre nosotros, y en gran parte a través de las páginas de esta revista. El propósito de este artículo es anotar ciertas zonas de oscuridad en el pensamiento que lo sostiene y formula.

En términos generales, la ecuación que compone este discurso se torna discutible en la medida que sustituye algunas conocidas simplificaciones del viejo pensamiento socialista registrado en la Argentina, ocultando a la vez los déficits fundantes de su concepción. El discurso de renovación despliega ideas, discute otras, y está en su propia intención arremeter contra la generalizada mediocridad del *izquierdismo* político tradicional, atreviéndose a irreverencias y demitificaciones. Pero deja casi intacta —y por lo tanto reproduce— la metodología de análisis y de vinculación problemática de la realidad, que caracteriza y caracterizó al socialismo criollo.

El primer aspecto que llama la atención en este sentido es que el nuevo discurso socialista no emerge de un análisis sobre la presencia del llamado socialismo y sus variantes en nuestro reciente pasado nacional. Es decir, omite la crónica y la revisión crítica de los hechos en los que quedaron contenidas las actuaciones y la *significación de ese socialismo* que hoy se pretende renovado.

El fenómeno puede inscribirse y explicarse de acuerdo a las pautas y metodologías de construcción ideológica que signaron y victimaron una y otra vez a los distintos socialistas y socialismos verificados en nuestro país: cada una de sus versiones, cada una de sus nuevas teorizaciones nacieron y buscaron instalarse en el escenario político nacional a partir del impacto producido por las ideas que otras realidades generaban: adaptaciones y traslaciones, antes que elaboración de interrogantes y respuestas nacidos desde nuestra propia encrucijada nacional.

La izquierda no peronista parte hoy de la expofesa bruma de su propia historia: el pincel del que quedó colgada en su trayectoria específica. Y desde ese vacío recoge nuevamente su palabra inmaculada —socialismo— con la cual, al parecer, vuelve a encontrar su ubicación (?) para indicar racionalidades conducentes. Con nuestros socialismos infatigablemente sucede que, a diferencia de algunos marxistas del mundo que en otros tiempos parieron visiones desde una obsesiva pesquisa sobre lo hecho, sobre las intransferibles referencias de sus países, el nuestro pareciera partir siempre desde *las ideas* de esos hombres, nunca de la sustancia nacional de sus desvelos.

Si bien el peronismo de izquierda está muy lejos de plasmar una crítica que se perfila hacia una nueva forma integrativa del movimiento popular, sin embargo ha intentado el análisis de su propia trayectoria y correlativamente del peronismo del cual forma parte. Ha empezado, frágil y contradictoriamente, por su crítica histórica. Por un punto de partida ineludible (en términos de conocimiento y en términos políticos): el análisis desde el presente, de lo que aportamos a la trayectoria que nos condujo a este presente.¹

Por el contrario, y al menos desde *Controversia*, salvo mínúsculas expresiones nada se sabe sobre el paradero de los socialismos vernáculos y sus despliegues políticos e ideológicos, aunque más no sea desde 1966-1968 en adelante. Una omisión significativa en este despertar "crítico" socialista, como si en realidad, y dicho con modismos de nuestra época, el socialismo en la Argentina fuese el único en el mundo "realmente inexistente".

Sin embargo los socialismo de nuestro socialismo, aunque reducidos en sus expresiones, habitaron el país y concretizaron su actuación con respecto a las masas y al proceso en su con-

junto. Actuaciones muchas de ellas dignas de memoria.

Fue, como *socialismo*, amplia y mayoritariamente guerrillero, antiperonista y empedernido anticualquier modelo de estado democrático ("farsa") elegido por el pueblo en los marcos de la institucionalidad burguesa. Luchó tozudamente para que el pueblo no cayese ni en "el golpe" ni en "la elección" sino que admitiese que el cambio violento de estructuras pertenecía al horizonte del semestre. Consideró, a partir del sectarismo político que produjo la experiencia obrera de Sitrac-Sitram, el seguro quiebre histórico del peronismo. Llamó a votar en blanco entre la dictadura y la candidatura de Cámpora en nombre de "la nueva y desperonizada historia" que había inaugurado una peculiar lectura del Cordobazo. Interpretó el arribo a la presidencia del general Perón no como una reivindicación histórica del pueblo sino como el fruto de maniobras palaciegas (el no votado Cámpora pasaría a transformarse entonces en el "emblema democrático" de medio siglo argentino). Asaltó cuarteles a los tres meses de la elección de un gobierno popular, se fascinó con la guerrilla peronista cuando ésta ya había iniciado su proceso de gruesas equivocaciones y soberbias, habló del campo y un cerco progresivo a la ciudad, o bien consideró al lopezreguismo como el punto óptimo entre la URSS y USA, o llamó trotskistamente a formar soviets campesinos y obreros unos meses antes del golpe. Fue, sin duda, una historia diversa y con ribetes fantasmagóricos, pero son éstos, curiosamente, algunos hitos del último y acreditado espectro socialista que tuvo nuestro país de origen.

Esta marcación sobre una categórica ausencia de análisis no pretende solicitar expedientes ni desgarramientos. Simplemente solicita que se hable del socialismo en la Argentina. A nuestro juicio éste sería el primordial esfuerzo por *hacer presente una historia política, una historia sucedida que sitúe a ese tan esquivo, polemizado y polimorfo vocablo socialismo en su relación con el proceso contemporáneo argentino, con el pueblo argentino y con los trabajadores argentinos*.

Es decir, aludimos a la posibilidad de que la bendita palabra, la abstracción, las combinatorias teóricas, ese socialismo que enjuicia hoy al peronismo se propusiese de pronto reencontrar su historia cometida y tocar tierra histórica y nacional para que la indudable intención política que hoy muestra no fuese sólo inasible producto de últimas lecturas, típico modo "civilizatorio" que se proyectó en el permanente fracaso socialista en nuestras crónicas.

Pero el nuevo discurso socialista no parece sentir, hasta ahora, la necesidad de ubicar su historia para hacerse inteligible. Al evitar la reflexión sobre la complejidad y las frustraciones de su trayectoria cumplida, obliga a la fetichización de las diez letras que lo componen. Porque sus frustraciones y sus crisis, las reales, las que explican su descomposición política y las piruetas de su pensamiento, provienen de sus propias formas nacionales de actuación, de las particulares traslaciones políticas e ideológicas que *constituyeron su propio devenir* en una de las riberas del Plata. Es curioso el fenómeno de un socialismo que, como el de antaño, quiere volverse aunque sea modesto sujeto del proceso político nacional, sin antes volverse sujeto de su propio derrotero concreto, aceptando otra vez ser sobre todo hijo de textos de otras latitudes, aceptando otra vez deberse a un emmarañado discurso teórico y no al proceso de los hombres en los que pretende influir. En realidad, como discurso que pide la palabra, lo hace desde una presunta "historia socialista en el país", pero no para hablar de ella sino para empezarla, suponemos, porque no la hubo.

No obstante, desde 1966 hasta 1976 (por

recordar un tiempo) el socialismo proyectó en la Argentina sus famosas variables de falsa y verdadera conciencia, pensó y actuó en la lucha política desde determinadas teorías y dibujó las "ideologías de clases" desde el reducido templo del "ser social". Ubicó permanentemente al peronismo como fenómeno motorizador de la mayor parte de sus discursos confirmadores... del "socialismo" (del no peronismo), retornó a lo anacrónico de tildar al movimiento nacional como corporativismo irredento o populismo que hacía recordar a Mussolini. Llegó a considerar, como en un cuento de azares borgianos, que Perón era Lanusse. Juzgó que el error montonero era su condescendencia frente a Perón, traidor a las masas socialistas que lo habían votado, conjeturó que la precordillera era la geografía soñada por Giap o bien que en Gelbard se sintetizaba el último enemigo civil a derrotar. Y mucho más dramáticamente que lo que afirma Portantiero,² en cuanto a que la izquierda peronista supuestamente confundió a Perón con Mao y a Evita con Rosa Luxemburg, puede decirse en cambio que lo patético resultó creer empedernidamente, ni siquiera confundir, que hombres del 17 ruso, mujeres de principios del siglo alemán o italianos del 30 tenían las claves decisivas para orientarnos en nuestro complejo país periférico de los setenta.

Yo sé que ahora vendrán caras extrañas

Ahora bien, la ecuación que hace presente a este socialismo que analizamos, complementa su ausencia de análisis nacional con la traslación de la "crisis del marxismo" que despierta definitivamente en Europa occidental en los últimos años. Tenemos entonces que el planteo crítico para una historia crítica del socialismo en Argentina, no nace cotejado con sus falacias en relación a una trayectoria concreta en el país. No surge básicamente contextualizado por el proceso político de las masas trabajadoras nacionales ni por las posiciones socialistas con respecto a las luchas del pueblo peronista en las décadas recientes, sino que "las crisis" aparecen motorizadas fundamentalmente desde la producción ideológica y teórica que surgen de experiencias históricas ajenas a nuestro propio e intrincado drama.

Este salto hacia una nueva extrapolación de criterios, escamotea los elementos primordiales de la larga crisis del socialismo en la Argentina. Los borra precisamente. Los desperdiga en una suerte de bibliografía universal progresista. Incorpora entonces demasiado en abstracto terrenos de discusión, contextualizaciones y ejes polémicos, en la intención de volverlos marcos teóricos totalizadores para el análisis político. Reifica palabras, conceptos y campos de semantizaciones que aluden a conflictos como si ese fuese el conflicto a resolver. Es decir, vuelve a esconder, ahora de otra manera, la historia ya escondida por ausencia de análisis sobre lo que aconteció con nuestras izquierdas socialistas.

La problematización nacida a raíz de la llamada crisis del marxismo es probablemente uno de los terrenos (y ejemplos) más claros del anodino reto ideológico y político que permanentemente se propuso gran parte del pensamiento argentino de izquierda. Coincidimos, por supuesto, en el hecho de que el marxismo, esa sistematización del "todo social", esa vertebración política de Europa occidental que tanto ha tenido que ver con nuestras ideologías, está en crisis. Pero nos importa subrayar que, como paradigma del análisis social y de las estrategias de transformación, para nosotros, argentinos y latinoamericanos, *nació en crisis* hace un siglo, si es que "crisis" significa ese resquebrajamiento de su capacidad impoluta de dar cuenta de todos los hechos, esa insuficiencia como herramienta de explicación y transformación, que ahora, entre paños y tibiezas, se le imputa.

Lo discutible (o lo que puede acarrear mayores confusiones) es que nuestros socialistas entren en "crisis" ahora que ciertos teóricos europeos lo propician, y que lo hagan desde similares ópticas de desgarramientos que ellos. Si no habían advertido sus insuficiencias y sus límites en el terreno de la realidad argentina a lo largo de estas décadas, ¿qué nueva validez da al discurso socialista el que sus voceros incluyan ahora la crisis

de su pensamiento para la Argentina, si lo hacen por la vía de la europeidad de las reflexiones, si lo hacen finalmente desde el derrumbe del "modelo de los socialismos" y las múltiples secuelas de este derrumbe, pasando por alto que nuestro pueblo ni por asomo registró en los últimos cuarenta años esas referencias de la misma manera que las masas de izquierda en el viejo continente? ¿No es acaso lo mismo que cuando introdujeron el leninismo, o el antiyrigoyenismo, o los "frentes populares", o los frentes "democráticos antifascistas" de posguerra, o el guerrillismo racionalizado por Régis Debray? Si ahora la "crisis del marxismo" parece desesquematar al pensamiento socialista argentino puede suceder también que no sea sino la envoltura actualizada de una antigua y única base de enajenación.

Pero este segundo encubrimiento del discurso socialista —vía "teoría"— incorpora un pequeño y significativo detalle: la historia nacional del socialismo que se había omi-

tido "regresa". Retorna envuelta con distintas figuras de las sistematizaciones ideológicas, retorna a remplazar vacíos y convertirse en "la historia" de los socialistas. Desde ahí reclama su legitimidad —con antecedentes de "pequeños errores" proporcionales a su dimensión real— y desde ahí también visualiza y juzga la historia de las políticas populares, siempre tan dudosas e infectadas de "autoritarismos" y desengaños.

El peronismo, entonces, desde esta ecuación es ubicado en el plano purgatorio (léase: historia real). Movimiento siempre impactante en sus contradicciones y "agotamientos", siempre tan parco en relación a nuestras esperanzas revolucionarias, siempre tan "populista" y con sus lopesreguismos y desilusiones, con sus mitos y caudillos y demagogías y derechas y espejismos y sindicalismos, siempre con esa "anécdota" de las mayorías populares y que, además, debe hacerse cargo de responder por qué nunca arribamos, no ya a las expectativas populares sino a lo que

nuevamente reclama lo bíblico socialista para el futuro nacional.

El socialismo mientras tanto, y luego de las derrotas, vuelve en cambio a su *ciudad de dios*: al plano de las ideas, como si únicamente ahí reconociese su existencia. Desde esa "sustancial forja" reaparece como historia: la única que pretenderá legible para decirnos qué rasgos tiene ahora aquella palabra tan volátil y sin referencias que puede siempre escapar graciosamente de cualquier incendio: socialismo.

Desde sus ausencias y presencias, este discurso implica, en definitiva, que el único problema (grande o chico) que tuvo el socialismo en el país, lo tuvo en realidad consigo mismo. Es decir, en el plano de sus idearios y sus autorefutaciones, en la mitificada dimensión conceptual, en el nivel de sus erróneas sistematizaciones verbales que —para seguir siendo "historia"— necesitan ahora confrontar con las nuevas "masas" impresas en papel, con "la realidad" de recientes y viejas escrituras ceremoniales, con "las relaciones de fuerza" de los textos ecuménicos.

Vaciado de proceso histórico concreto, único contexto que de ser interrogado puede responder a los *por qué* y a los *desde dónde*, el socialismo que extravió su historia en realidad encuentra su refugio en la evanescente "problemática mundial" de lo ideológico codificado y decodificado: en la crónica de palabras-sombra que hoy se volvieron literariedades. Algo que de una u otra manera nos toca a todos como señal de alarma escondida entre los pliegues de su confortable propuesta intelectual. Frases que buscan su razón de ser entre otras frases, textos que sólo encuentran desesperadas oxigenaciones en combinatorias con otros textos: el saber psicotizado que puede llevarnos a una mayor alucinación en nombre de una fantasmal forma de haber concebido el conocimiento de las cosas.

Con el corazón mirando al sur

En el caso de este aparentemente nuevo discurso socialista, entonces, vemos por ejemplo que el famoso problema del partido de vanguardia aparece deshaciéndose en el aire, no por un análisis que extraiga nuevas conceptualizaciones a partir de la suerte histórica de aquel modelo frente al movimiento nacional que estructuró la lucha de nuestro pueblo sino por abstracciones de lecturas. Por algo que puede suponerse o inferirse de las secuelas y frustraciones que dejó con el tiempo el 68 europeo y los análisis socialistas-marxistas consecuentes. El terreno de "la fertilidad" lo es para los retruécanos de la idea establecida sobre lo que significa lo teórico.

También el dilema de lo democrático resurge, pero no desde un replanteo sobre la validez que le imprimen nuestras mayorías políticas antes y hoy a esa cuestión (entendido lo que no entendimos), sino a partir de las elucubraciones con respecto a estables democracias europeas, a cargo de izquierdas burocratizadas y de masas que hoy se plantean su participación en futuros gobiernos de coalición.

La amplitud que debe tener una concepción superadora del esquemático "partido del proletariado" no reingresa como problema desde las referencias del complejo, contradictorio e incorporativo movimiento peronista sino por el "descubrimiento" del feminismo, el ecologismo y ciertos extraparlamentarismos contestatarios del viejo continente con sus copiosa bibliografía.

La idea de un proyecto de masas en tanto movimiento popular y cultural abierto y que cita a diferentes intereses sociales, históricos, ideológicos y existenciales sin el sofocamiento institucional de los partidos del sistema, no se descifra nacionalmente por la riqueza que en este plano hace 25 años viene mostrando el peronismo sino que se parte del "hallazgo" movimientista que hoy expone un nuevo (o acorralado) pensamiento de izquierda en el mundo central, al comprobar la integración cultural y política de los petrificados partidos en aquellos países.

Las renovadas lecturas sobre el estado, que dejan atrás infantiles estrategias de "asalto directo", no ingresan al horizonte de discusión desde lo mucho rescatable del ideario popular, democrático e institucional peronista sino que hoy este enfoque es traducido



desde lo socialdemocrático (por supuesto, algo con "inteligibilidad marxista") y sus dudas con respecto a ciertos bendecidos "caminos revolucionarios".

Como se ve, casi todo regresa desde lo que llamábamos *la historia replazante* del socialismo: una muy restringida y poco ambiciosa noción del sentido, las funciones y el aporte del intelectual popular en el conflicto nacional. Una suplantación de los datos precisos de nuestra historia, como si las abstracciones socialistas pudieran pasarla por alto y armar hoy los nuevos preciosismos de "las crisis". Un insistente renunciamento a la creación de un discurso teórico propio que dé cuenta de las profundas especificidades de nuestro proceso.

Interpretar, por los ejemplos expuestos, que el esfuerzo que debe dar lugar al momento de la teoría nacional es un llamado a la "peronización de los conceptos" ha sido siempre un dejo paranoico del socialismo vernáculo. Esto es: el sentirse en realidad sofocado por los signos ideológicos y políticos que definen la trayectoria de nuestra clase trabajadora ha dado lugar a una permanente fuga socialista que asimila ideario peronista con intelectual nacional. Y este fenómeno, no por haber padecido alguna intención totalizante, sino por la dificultad o el rechazo a asumir una historia política de masas que cuestiona al intelectual socialista, a partir de las luchas, concientizaciones e intransigencias mostradas por nuestro pueblo.

De ahí entonces, y ya en términos de conocimiento, la indisposición socialista con nuestra índole política, con la peculiar conformación histórica de nuestro estado, con la nación dependiente y no como abstracta y enclaustrada "sociedad de clases", con la estructuración política de lo social, con la singularidad del conflicto en torno a lo democrático, con los modelos organizativos y los mitos y las religiosidades y las aspiraciones y las complejas maneras culturales de aparición y articulación de lo político popular. Fenómenos todos estos que exigieron y hoy más que nunca exigen, desde lo nacional, una teoría nacional, no una "ciencia peronista". Pero teoría a elaborar que, a esta altura, está muy por encima de los naufragados instrumentales del marxismo-socialismo y sus recurrencias a cuadrículas economicistas y sinopsis teóricas donde lo sucedido desde el 45 hasta acá, en términos peronistas, sería "populismo".

Porque, hasta ahora, esa "enorme riqueza conceptual" del instrumental teórico socialista ha servido, en manos de voceros vernáculos, para con distintos prólogos poder finalmente aplicarle ese nombre-categoría previsto por

los clásicos a la complicación nacional, para poder así volver a respirar, "ilustradamente". Tal nombre, por ejemplo, puede indicar que 30 años de historia se sintetizan (con la extraña facilidad del entendido) en cómo logró el estado burgués fagocitarse al proyecto popular al impedirle avanzar hacia, ¿hacia qué?, hacia la "conciencia socialista" parida por la teoría. Si en el fondo todo es fácil "desde el saber".

No se trata de negar el aporte que un pensamiento crítico promueve desde diferentes experiencias. Sí, en cambio, preocuparse por no confundir las referencias que construyen la historia de la conciencia popular en cada proceso. No violentar, a partir de un estrecho rol del intelectual, nuestra historia ideológica, política, democrática y popular (no por ser excepcional y única), sino porque tal historia se articula a partir de variantes políticas, económicas, memorias, expresiones culturales, traumas, aciertos y errores propios, que no se corresponden con otras crónicas ideológicas ni con otras conformaciones de religiosidades políticas (en tanto paradigmas movilizadores, en tanto mitos del cambio social).

Nuestra historia popular tiene referencias propias. Exige una permanente génesis teórica nacional de nuestras crisis y nuestras derrotas, de las muchas dificultades, contradicciones, desencuentros e interrogantes que mostró el movimiento de masas, el peronismo, a 35 años de haber desplegado rotundamente la historia obrera y popular en la Argentina.

No cantes hermano, que Moscú está cubierta de nieve

Otro elemento que se agrega al discurso socialista es aquel que se refiere al hecho fundante de tal crisis: la comprobación histórica del socialismo.

El problema indudablemente se relaciona con aquel proyecto que imaginaba la construcción de una sociedad nueva, sociedad que dejará en la prehistoria a la explotación económica, a la irracionalidad, a la injusticia y a la muerte del hombre que nos propone el capitalismo. Sin embargo aquello otro, el socialismo, expresa hoy su realización sustancialmente estatal-autoritaria, su concentracionaria concepción industrialista, sus censoras estructuras de gobernabilidad, sus diferencias sociales regeneradas y su regulación burocrática expansiva: los silencios y las retóricas del poder, las ideologías de dominio que reproducen clásicas formas militaristas y de guerra no precisamente "proletarias".

Es decir, un concluyente camino de frustraciones si es que seguimos pensando que nuestro pueblo aspira a una transformación que permita generar al hombre como sujeto de la historia y de su historia, y que ése es el proyecto que hacemos nuestro.

Frente a esta progresiva y ya ni siquiera desconcertante toma de conciencia, el discurso socialista que analizamos nos habla del *socialismo real*, en un raro juego terminológico donde la palabra *real* no da cuenta de lo determinante en el plano de la producción histórica sino que en este caso "real" sería sinónimo de simple tropiezo que no interfiere en términos cruciales en la prosecución del ideario socialista. Como si "real" fuese más bien un paréntesis. Como si el subterfugio de la construcción verbal (construcción política) pretendiera esconder, en una nueva abstracción teórica, otra realidad socialista "la cierta" —que no es el prefigurado y consolidado modelo de estado producido por la crónica histórica, económica, política, ideológica y conceptual que hace al socialismo. Como si a través de un juego del lenguaje lo *real* fuese el punto de irrealidad —el no socialismo— y no precisamente el proceso histórico que hoy lo sitúa claramente en la historia, y así es vastamente defendido desde los distintos socialismos implantados concretamente. Como si Marx en lugar de escribir *El capital* hubiese escrito "El capitalismo real" comparándolo con el pensamiento de algunos protoliberales de la revolución francesa.

Reconocemos que el socialismo es el estado socialista. Con sus variaciones norte, sur, centro, periferia, oriente y occidente: un modelo económico y político que pensó y cumple lo sustancial de sus premisas sin

quebrar las coordenadas de un sistema cultural histórico. Esto es (entre lo relevante) sin superar la comprensión economicista del poder como totalitarismo. En este punto —que hace al no cuestionamiento profundo de una estrategia cultural— se realiza.

Es decir, el socialismo en tanto estructuración social que desde su concepción industrialista apologética, desde la historia básicamente como transcurso de técnicas, desde el motor conceptual de "las fuerzas productivas" y desde el mito progresista y modernizante de la productividad, engarzó sus nociones políticas e ideológicas de *nuevo ordenamiento necesario*. De autoritarismo filosóficamente predestinado, de saber como poder concentrado que "develaba" lo subyacente a una historia e ideológicamente lo transformaba en revolución: en ideologismo satanizador de cualquier otra posibilidad popular de cambio. En síntesis: una forma de estado (gobernabilidad) capitalista, convulsionado.

Y como secuela de estos elementos fundantes, el socialismo como una economicista, evolucionista y clasista clasificatoria de "etapas": un integrismo a través de la política como reduccionismo brutal de la política, como unanimidad final de la historia que responde a su visión totalizante de lo económico, determinante y unívoco.

Socialismo es entonces un tipo de estado. Una visión sistematizada que más allá de frases "heterodoxas" de los propios clásicos, piensa el fin de la miseria material desde el saber ilustrado como forma de tecnogobernabilidad política con consenso (con "lo otro"). Saber, como legítimo hijo de una época decimonónica donde la ciencia (burguesa o crítica) se proyectaba ya irreversiblemente como una determinada *práctica desde el poder*. Esto es, desde una nueva reificación de la política para la organización de la sociedad industrial.

Algo de esto último ya es verificable en críticas que se le hacen al Marx político y que la posterior historiografía marxista descalificará arguyendo que tales juicios provienen de divagaciones utópicas, de nociones vulgares, de posiciones éticas, de pensamientos impregnados de religiosidad, de razones "precientíficas", de analistas de lo imaginario, literatos o idealistas analfabetos económicos.

Rastrear hoy la actual desesperanza del socialismo revolucionario desde aquellos pensamientos desacreditados y "moralistas" que en su crítica a Marx claramente anunciaron la desesperanza, sería, tal vez, verdaderamente reconocer las falacias de una concepción que se pretendió "universal" (y de su posterior historia latinoamericana) mucho antes de variables engelsianas, kautskistas, leninistas y estalinistas.

Sería, tal vez, plantearse que el pensamiento socialista-marxista significa hoy sólo fragmentos en un conjunto heterogéneos de ideas (al margen de cualquier "ismo" y nacidos hace mucho al calor de salvajes industrializaciones) y que esos fragmentos es lo único que nos queda (si es que además, sabemos seleccionar con precaución y recato). Empezar por aceptar esto, sería tal vez relativizar al socialismo como un ingrediente entre muchos otros fragmentos y experiencias rebeldes, para esa inaudita historia de la llamada utopía que a lo mejor nos espera. Quizás esta desacralización imprescindible sería, entonces, el auténtico acto de perfil revolucionario que hace falta para pensar lo utópico a partir de cortes reales en nuestros hábitos de comprensión y legitimización de la realidad popular argentina.

Porque la incorporación del llamado *socialismo real* en el discurso analizado —diferenciándolo del "socialismo"— encubre finalmente un acto de prestidigitación por el cual este último socialismo sería ahora la utopía. El horizonte de todo lo que nos falta pensar. Pero da la casualidad de que no es cierto. Es el viejo socialismo que entra por la ventana, vestido con los harapos del profeta, para pensar y promulgar la clásica política del socialismo criollo. Para seguir elucubrando desde aquellas racionalidades y sistematizaciones fundadoras, desde aquellas categorizaciones y dependencismos teóricos actualizados con los cuales, al parecer, seguirá viviendo el socialismo en nuestro país. Lógicas, y racionalidades y encuadres y lecturas, en realidad, muchísimo más cerca de los ancestros

alianza editorial mexicana, s.a.

ALIANZA UNIVERSIDAD

286 KURT GÖDEL: OBRAS COMPLETAS

Introducción y traducción de Jesús Mosterín
432 págs.

287 J. A. HOBSON: ESTUDIO DEL IMPERIALISMO

344 págs.

288 FRANCISCO RODRIGUEZ ADRADOS: EL MUNDO DE LA LIRICA GRIEGA ANTIGUA

336 págs.

289 H. J. EYSENCK: LA DESIGUALDAD DEL HOMBRE

216 págs.

290 SANTIAGO RAMON Y CAJAL: RECUERDOS DE MI VIDA: HISTORIA DE MI LABOR CIENTIFICA

504 págs.

291 MARK NATHAN COHEN: LA CRISIS ALIMENTARIA DE LA PREHISTORIA

La superpoblación y los orígenes de la agricultura
328 págs.

292 WOLFGANG STEGMÜLLER: LA CONCEPCION ESTRUCTURALISTA DE LAS TEORIAS

Un posible análogo para la ciencia física del programa de Bourbaki

293 NORMAN COHN: EN POS DEL MILENIO

Revolucionarios milenaristas y anarquistas místicos de la Edad Media

EL LIBRO DE BOLSILLO

EMILE ZOLA ***804 LA FORTUNA DE LOS ROUGON

JORGE LUIS BORGES

*805 ANTOLOGIA POETICA (1923/1977)

CARLOS GARCIA GUAL

***806 EPICURO

EMILIO SALGARI

**809 LOS TIGRES DE MOMPRACEN

H. P. LOVECRAFT Y A. DERLETH

**807 LOS QUE VIGILAN DESDE EL TIEMPO Y OTROS CUENTOS

VIRGILIO

*808 BUCOLICAS-GEORGICAS

ISAAC ASIMOV

****810 LOS GRIEGOS, 4

BLAS DE OTERO

****811 EXPRESION Y REUNION

GUY DE MAUPASSANT

**812 UN DIA DE CAMPO

FRANCIS OAKLEY

***813 LOS SIGLOS DECISIVOS LA EXPERIENCIA MEDIEVAL



y alfabetos de los socialismos reales, que de la utopía.

La utopía socialista, en el discurso que analizamos, transcurre entre la "modernización" del juego político argentino y la socialdemocratización del peronismo: datos para dejar atrás un país que no encaja en las sistematizaciones. En otros casos reproduce el sacrosanto respeto a marcos teóricos que hablan de la progresión de la conciencia popular hacia la estación terminal del "socialismo", para superar esta segunda e "impresentable" historia de masas denominada "populismo". Conocido socialismo de nuestros lares, que indica qué viene primero y qué viene después en términos de aspiraciones y modelos populares, como si ese socialismo supiese qué viene después (pero que venga lo más pronto posible) de los socialismos conocidos.

Tenemos entonces que después de las derrotas y de las crisis y de los socialismos reales e irreales, nuestro socialismo "utópico" produce la originalidad de elegir a su viejo interlocutor, el peronismo, para decirle otra vez que en realidad el pueblo argentino hace años que especula con los espectros de su liberación. Vemos entonces que esta utopía se acerca mucho a ser la repetición de una política reconocible.

Vuelvo a vos, gastado el mazo en inútil barajar

En su último artículo Héctor Schmucler³ apunta un interrogante: "¿Qué significa hablar de socialismo o peronismo si se pudiera acordar, a priori, en un modelo de sociedad para la existencia de los hombres concretos?" Parece sin embargo que esa coincidencia en un punto de llegada no es lo primordial en el terreno de la discusión crítica que alentamos: *posterga las respuestas al verdadero reto de cómo volvemos a pensar los recorridos, con quienes, desde dónde, a partir de qué encuentros o nuevos desencuentros del pensamiento intelectual con las mayorías políticas argentinas, a partir de poner en juego qué cosas desde la crítica, a partir de qué alteración real de nuestras formas de concebir los procesos populares.*

Ante la afirmación citada, habría que preguntar, más bien, qué significa (y cómo se puede) acordar a priori en un modelo de sociedad para la existencia de los hombres concretos, si estos hombres concretos a lo largo de 35 años (y más si se analizan otros periodos de la historia) no han hecho otra cosa que mostrar sus diferencias frente a los distintos intentos de una sociedad modelada conceptualmente.

Desde nuestra perspectiva peronista, se trata sustancialmente de ayudar a promover lo que tal vez sea la única posibilidad de una *sociedad distinta*: aquella que sin modelos terminales reverenciado a priori, permita a todos, al pueblo, a nosotros como parte de él, construir las formas nuevas —ineditas— con que el pueblo pueda hacer sus recorridos.

Esto último pasaría hoy por una profunda aventura del pensamiento y de la acción, fundida con las esperanzas que fueron grabando los sectores populares en la crónica nacional. En este caso el movimiento popular en tanto registro de una lucha múltiple, en tanto historia que acontece con su diversidad de signos, de partes, de engarzamientos y desencuentros, de recuerdos, de hondas frustraciones pero más hondas rebeldías colectivas que concretizan una conciencia de lo propio, que va siendo también *conciencia de lo otro a formular.*

Si la idea de revolución aún significase algo, desde el único punto que todavía atesora sentido para nosotros, es desde nuestra decisión por volver a pensar otra vez la relación con lo generado y resguardado por el movimiento popular argentino. No como se hizo una vez, y concordamos con Octavio Gettino⁴ cuando critica "a los sectores medios que fueron ganados por el movimiento nacional, y que tampoco reflexionaron adecuadamente ni mucho menos sobre el espacio social y político al cual se integraban. Sectores que entraron con más voluntarismo que otra cosa, que mitificaron al peronismo en una mezcla de idealización y paternalismo muy poco acompañada de rigor crítico." Tampoco, por supuesto, construyendo salidas en los extramuros del movimiento político y cultural del pueblo, como si esa identidad peronista fuese una realidad simplemente a "revelar", o la historia de un "extraño" pueblo a soportar o eludir.

En este plano, entonces, deberían procurarse las demitificaciones, tanto del intelectual de izquierda peronista como del socialista, pero a partir de un encuentro efectivo con el movimiento nacional que atesora la conciencia de lucha histórica, es decir: lo único que puede construirnos como intelectuales políticos y no solamente como verseadores de saberes, lo que limitaría y empobrecería una intención de presencia en relación a una auténtica idea de cambio.

En este plano se encuentra la difícil recreación de un pensamiento de transformación en la Argentina: el real replanteo de las ideas y el renacimiento de una balbuceante teoría nacional que nos involucra a todos. En este plano, y no como nuevo espacio mítico o puntos ciegos para la reiteración de rituales "de izquierda" y de vocablos anestésicos. Plano

en cambio de rescate de cosas, pero sobre todo de máximo desafío intelectual, teórico y político. En este plano a labrar, de procurada armonía entre pueblo político e intelectual popular, se encuentra la utopía, o por ahí habría que buscarla: como puntos de partida, como dibujos de caminos.

En este plano nos encontramos hoy con nuestra historia, y con fragmentos de aportes en un mundo de ideas agotadas y de otras que apenas se vislumbran, en un país que hoy presenta incógnitas, desgarnecimientos y posibles cortes de difícil predicción y donde los diversos "ismos" teóricos van significando, cada vez más, simple apego a campos semánticos, legítimos por supuesto en tanto personales, pero demasiado escasos frente a la cuantiosa forja popular que debiéramos pensar que nos espera en tanto intelectuales y reivindicadores de un saber nuevo, autónomo, rupturista, modularmente nacional. Un saber bajo ningún aspecto aislacionista ni marginador de los aportes y alternativas de pensamiento que se generen en el mundo, pero que pueda relacionarse con esas problemáticas desde la fortaleza de su propia *situación constituida*, en tanto conocimiento sobre aquello que alienta a transformar.

Olvidar la historia es, de muchas maneras, reiterarla. Y extrapolar historias (generación popular de valores, referencias e intenciones) es anular la nuestra: verla finalmente como la que no expone dilemas y sentidos políticos e ideológicos dignos de generar conceptualizaciones distintas y nuestras. En todo caso debemos comprender la necesidad de concebir, como intelectuales y parte del pueblo, algo diferente a eso que comprobamos "a derecha" y "a izquierda" hoy: un horizonte todavía sin nombre, (con palabras que ya no lo nombran) y del lado de lo que puedan conquistar las mayorías argentinas con sus mostradas y nuevas capacidades.

Durante largo tiempo la izquierda peronista y no peronista se preguntaron qué le faltaba o de qué carecía el pueblo, lo que no accedía al "momento" de nuestros planteos socialistas. Hoy sería cuestión de preguntarse —desde otra forma de optimismo y de confianza— qué entenderá nuestro pueblo desde su conciencia y memoria, en esa lucha tan carcelaria y dramática que le tocó en suerte y lleva adelante. ●

1. "La universidad argentina I y II", sobre la política montonera en la Universidad Popular (Adriana Puiggrós); "Los marxismos que supimos conseguir", sobre la matriz ideológica del pensamiento de la izquierda en Argentina (Rubén S. Caletti); "Peronismo revolucionario y sindicalismo peronista", sobre el pensamiento y la práctica de la izquierda peronista con respecto a lo gremial (Nicolás Casullo); "La revolución del voluntarismo", sobre la génesis del último pensamiento de izquierda (peronista y no peronista) en el país (Rubén S. Caletti); "Sindicatos de liberación y liberación sin sindicatos", sobre la concepción de la guerrilla peronista de lo sindical (Nicolás Casullo); "Discutir la derrota", sobre las diferentes ideologías del montonismo (Ernesto López); "Juicios y responsabilidades, ¿pero quién nos quitó la democracia?", sobre las posturas antidemocráticas de la guerrilla (Javier Eliecer); "Recordar, discutir, unificar", sobre el foquismo en respuesta a Caletti (Rodolfo Saltalamanchia); "Sobre el auge y la decadencia de los montoneros", sobre las distintas etapas del montonismo (Guillermo Greco); "El peronismo y las democracias", sobre los proyectos dictatoriales con respecto al movimiento y sus antecedentes históricos (Nicolás Casullo); "Para entendernos mejor", sobre los antecedentes del peronismo revolucionario (Rubén S. Caletti); "Entrevista a Galimberti", sobre el proceso montonero (Jorge Bernetti); "E'pur si muove", sobre la trayectoria del peronismo revolucionario (Jorge Bernetti); "Derrota y pensamiento nacional", sobre los significados del montonismo (Luis Bruschein); "El pueblo produce las formas y los contenidos políticos", sobre las etapas del pensamiento de Cooke y su influencia (Nicolás Casullo); "Los riesgos de un nuevo izquierdismo neoperonista", sobre las distintas lógicas del peronismo revolucionario (Rubén S. Caletti); "Movimiento peronista y concepción de la política", sobre los distintos sectores y políticas que tuvo el movimiento (Nicolás Casullo); "Testimonio de los sobrevivientes", sobre la ideología técnica y de aparato de la guerrilla argentina (Héctor Schmucler); "Casos medios: ideología y política en la década de los 60", sobre el proceso universitario (Rodolfo Saltalamanchia); "Dos modelos: yrigoyenismo y peronismo", sobre sus diferentes concepciones democráticas (Mónica Blanco); "Una historia sin resolver", la actuación del peronismo en los marcos democráticos (Rubén S. Caletti); "Octavio Gettino y la reformulación de las cosas", sobre el pasado y el futuro del peronismo (Nicolás Casullo).

2. Juan Carlos Portantiero, "Peronismo, socialismo y clase obrera", en *Controversia* núm. 8, México, septiembre de 1980, p. 12.

3. Héctor Schmucler, "Apuntes e interrogantes para reflexionar sobre política", en *Controversia*, núm. 11-12, México, abril 1981, p. 16.

4. "Octavio Gettino y la reformulación de las cosas", (entrevista), en *Controversia*, núm. 11-12, México, abril 1981, p. 16.

Lo nacional popular y los populismos realmente existentes

Emilio de Ipola y Juan Carlos Portantiero

1. El problema

Puede decirse que uno de los avances más significativos en el desarrollo de la teoría política marxista comienza con la recuperación y el trabajo analítico sobre el concepto de hegemonía para, a través de ese camino, reelaborar la problemática de la constitución política de las clases como sujetos de acción histórica, nivel al que sólo pueden ascender en la medida en que un proceso de identidad, que comienza en el plano corporativo, es capaz de negarse a sí mismo, progresivamente, hasta llegar a la descorporativización.

Es en el interior de esta problemática donde se coloca, como un derivado natural, el tema de "lo nacional-popular" y se concibe expresamente a la hegemonía como capacidad de una clase para la construcción de una "voluntad colectiva nacional-popular" sostenida sobre una gran "reforma intelectual y moral". Teórica y prácticamente, a partir de esta concepción no reduccionista de la hegemonía, otros temas se redefinen: la relación entre intelectuales y masas; entre sentido común y conciencia crítica; entre distintas formas de organización-constitución y sujetos sociales. Todo esto implica una superación de la forma clásica de tratar las "alianzas de clases", a menudo entendidas como un agregado mecánico de realidades sociales preexistentes que "pactaban" a través de representaciones políticas, la constitución de un "frente".¹

No casualmente esta nueva problemática comienza a alcanzar una gran importancia en América Latina: el eje polémico que ella plantea permite recuperar los puntos más altos de un debate "clásico" (el entablado entre Haya de la Torre y Mariátegui a finales de los 20), colocándolo en un nivel dentro del cual muchas contradicciones —y concretamente la que enfrentó al nacionalismo con el socialismo como alternativa de masas— pueden ser reflexionadas de otra manera. Si ese desencuentro es una clase central de la crisis secular de las políticas populares en América Latina, en la medida en que su presencia bloqueó la consolidación de fuerzas contrahegemónicas (y los casos del castrismo y del sandinismo, experiencias revolucionarias triunfantes, operan aquí como contrastes ejemplares frente a otras como la de la unidad de las izquierdas en Chile y el peronismo en la Argentina), su superación, como construcción de "lo socialista" en el interior de "lo nacional-popular" conlleva una tarea histórica y teórica de reconocimiento particular de la producción de acción hegemónica en la que cada situación supone un irrepetible hecho de cultura.

Pero, como es obvio, esta "solución" trae muchos más problemas que los que resuelve, aunque coloque la indagación y la posibilidad de práctica política en un nivel superior de la espiral del conocimiento, como estímulo para la introducción de una voluntad política transformadora.

Nos interesa anotar algunos de estos problemas, en un listado de modo alguno exhaustivo, y alrededor de ellos trataremos de articular los temas de este ensayo, sin por supuesto agotarlos. Por ejemplo:

- * necesidad de diferenciar entre una concepción *organicista* y una concepción *pluralista* de la hegemonía;
- * necesidad de definir el contenido de "lo nacional-popular" como problema teórico y como problema histórico;
- * necesidad de establecer una relación entre símbolos populares (o sentido común, si se quiere) con una voluntad "nacional-popular";
- * necesidad de establecer la relación entre *continuidad* ("nacional-popular") y *ruptura* ("reforma intelectual y moral") en el proceso de producción de hegemonía;
- * necesidad de discutir el papel de la intervención *externa* de la cultura crítica y de sus portadores —los intelectuales— en el mismo proceso.

Todos estos problemas se plantean agudamente a propósito de los populismos latinoamericanos, movimientos (y en algunos casos formas estatales) que, en regla general, definen su modo de articulación de los antagonismos "nacional-populares" dentro de un espacio alternativo al del socialismo.

El objetivo de estas notas es el de considerar la relación entre populismo (s) y socialismo tratando de superar a un enfoque por el cual a éste último sólo se le ve en sus formas "realmente existentes" y a los populismos en su forma discursiva, sin introducir un análisis de sus manifestaciones históricas.

En este marco nos referimos: 1] a casos latinoamericanos de populismo, genéricamente considerados, tratando de analizarlos no sólo como formas ideológicas sino como movimientos políticos y fases estatales; 2] dentro de ellos, y sólo a título de ejemplo, no tendremos en el caso del peronismo, que ha sido calificado como la forma más avanzada de populismo, entre otros factores por la decisiva presencia que en él ha tenido siempre la clase obrera urbana organizada sindicalmente.

La única tesis de estas notas es la siguiente: *ideológica y políticamente* no hay continuidad sino ruptura entre populismo y socialismo. La hay en su estructura interrelativa; la hay en la aceptación explícita por parte del primero del principio general del fortalecimiento del estado y en el rechazo, no menos explícito, de ese mismo principio por la tradición teórica que da sentido al segundo. Y la hay en la concepción de la democracia y en la forma de planteamiento de los antagonismos dentro de "lo nacional-popular": el populismo constituye al pueblo como sujeto sobre la base de premisas organizadas que lo reifican en el estado y que niegan su despliegue pluralista, transformado en oposición frontal las diferencias que existen en su seno, escindiendo el campo popular en base a la distinción entre "amigo" y "enemigo".²

Conocemos algunas objeciones que pueden oponerse a esta tesis: que no ha sido la convocatoria socialista sino la populista la que más frecuentemente ha recuperado lo "nacional-popular"; que, en general, esos procesos populistas han sido indudablemente progresivos como movilización de antagonismos populares frente a específicos bloques dominantes;³ sabemos, por fin, que el socialismo a que aspiramos sólo existe como proyecto. Pero también estamos convencidos de que aquello que los socialistas asumimos como problema no será el populismo quien nos lo suministre como solución.

2. Lo nacional-popular y lo nacional-estatal en los populismos

Si la emergencia de los populismos no puede ser mecánicamente ligada a un estadio de desarrollo es evidente, en cambio, que ella es resultado de una crisis estatal como superación de la cual la populista es una de las alternativas probables. La desagregación del bloque dominante se combina con una activación de masas que la retroalimenta y, en circunstancias históricas dadas, todo ello cuaja en una organización populista de masas y, eventualmente, en una opción estatal de este tipo.

En esa ocasión se produce un doble proceso: el "pueblo" se constituye en sujeto político y, a la vez, un orden estatal nuevo se conforma. Si esto es así, el examen del populismo debe ser desagregado en tres niveles: el de las demandas y tradiciones nacional-populares (no claudistas) que se inscriben en su ideología; el del populismo, como movimiento de nacionalización y ciudadanía de las masas; el del populismo como forma particular de compromiso estatal. Estos tres niveles marcan tres órdenes problemáticos diferentes que, aunque relacionados, es posible y útil analizar separadamente. En este caso nos interesarán sobre

todo los dos últimos niveles, que remiten a cómo procesan los populismos reales las demandas nacional-populares.

Puede decirse esquemáticamente que la lucha política de las clases fundamentales bajo el capitalismo implica el enfrentamiento entre dos principios centrales de agregación: el dominante, "nacional-estatal"; el dominado, "nacional-popular".

En el primero de los polos del conflicto, el estado —como forma "universal" de una dominación particular— opera como articulación de lo "nacional" que, a su vez, es definido como el sentido de la acumulación y la reproducción de la sociedad. Esta idea de lo nacional como sentido que tiene lo dado encuentra en el estado su propia materialidad como contenido histórico. Es a partir de esta vinculación entre nación y estado que la dominación en el capitalismo adquiere su legitimidad, en la medida en que ella engloba y supera —"ilusoriamente" diría Marx— las parcialidades del cuerpo social fragmentado.

En esta visión el estado como "orden" que estructura a la vez la nacionalidad y la ciudadanía actúan para las masas como el espacio en el que los conflictos particulares pueden resolverse en nombre de una totalidad. Los conflictos no son anulados pero sí fragmentados por una lógica corporativa, siendo el estado quien opera la reconciliación entre los diversos intereses privados.

La eficacia de esta apariencia deriva del hecho de que, para la vida cotidiana, ella es no sólo descriptiva sino también prescriptiva. Cualquiera sea la teoría del mandato político que esté detrás, el estado es la idea racional: el "dios moral" de Hobbes, el "juez imparcial" de Locke o el "yo común" de Rousseau, para no mencionar la culminación hegeliana sobre la cuestión.

El principal elemento de legitimidad del estado nace de esa fusión transformada en sentido común; como señala Lukács "los puntos fuertes o débiles del estado se hallan en la manera en que éste se refleja en la conciencia de los hombres".

Pero por supuesto que esa unidad no es eterna: estos dioses también mueren. Si la nación-estado se muestra incapaz de seguir corporativizando lo político, manteniéndolo como choques de intereses en el interior de un orden hegemónico dotado de legitimidad porque recompone esa fragmentación, estamos en presencia de un proceso de desagregación de lo "nacional-popular" en relación con lo "nacional-estatal"; de un acto de expropiación por parte del pueblo de la percepción nacional que había enajenado en el estado. Así debe ser entendido el sentido profundo de la producción de contrahegemonía. Las masas intentan el difícil camino de recuperar para sí, *desestabilizándolo*, el sentido de lo nacional. Fetichizada en el estado, la nación comienza a ser reclamada en propiedad por el pueblo: lo nacional-estatal pasa a ser nacional-popular.

Es archisabido que el privilegiamiento del concepto de lo "nacional-popular" dentro de la tradición marxista se debe a Gramsci. A través de ese concepto busca plantear la centralidad, teórica y práctica, de la problemática de la relación entre intelectuales y masas como eje de la política (en su carácter de "fundadora de estados") y a la vez propone bases para una comprensión diferente de esa relación. Lo nacional-popular es para Gramsci una forma de la realidad sociocultural producida y/o reconocida por una articulación entre intelectuales y pueblo-nación que, al expresar y desarrollar un "espíritu de escisión" frente al poder, es capaz de *distinguirse* de éste.

Toda política revolucionaria coincide con la expansión de una "voluntad colectiva nacional-popular" y ella se liga con la producción de una "reforma intelectual y moral". Captado en su totalidad ese proceso es el de la construcción de hegemonía, como lucha contra otra opción hegemónica.

La pugna entre propuestas hegemónicas es posible porque sólo existe un campo común en disputa. Es la burguesía —como titular de la dominación que debe ser subvertida— la que ha constituido ese campo a través de un doble movimiento que por un lado disocia sociedad y estado y por otro recompone la escisión mediante una asociación ilusoria entre estado y nación. Es el principio estatal el que ordena la relación entre los valores de nacionalidad, libertad e igualdad que se

hallan detrás de las demandas de identidad comunitaria y de participación política, social y cultural, absorbiendo en su discurso de poder la dimensión popular de esos reclamos.

El sentido que se otorga a esos valores identifica el campo de conflicto y confronta lo "nacional-popular" con lo "nacional-estatal". Ambos conceptos recortan espacios diferenciados: el estado es una construcción compleja de las clases dominantes (que obviamente penetra a las clases subordinadas) y "el pueblo" es una construcción compleja de las clases dominadas (mucho más fragmentada y dispersa; sub-ordinada). Lo que interesa marcar es que ambos son producciones sociales: así como no hay transparencia en la relación entre clases dominantes y estado tampoco lo hay entre clases dominadas y pueblo: los sujetos de la acción histórica no se constituyen como tales en las relaciones económicas sino "fuera" de ellas. Así, la hegemonía definida como una actividad de transformación, desde lo clasista-corporativo hasta la unidad de lo político, lo económico y lo ético-cultural, es un camino de producción de un sentido colectivo de la acción: de una voluntad colectiva nacional-popular.

Pero lo nacional-popular no es ni un espacio homogéneo ni un dato metasocial. Por lo pronto, si partimos de la simple idea de que la fortaleza de una dominación se mide por la manera en que se incorpora a los hábitos de la tradición, es impensable la existencia de un reducto de valores, de creencias y de comportamientos en estado de incontaminación. Toda dominación se interioriza de alguna manera en los dominados, que acumulan en sí residuos históricos de la opresión.

El terreno donde lo nacional-popular se produce es el de esa cultura, de ese "sentido común", como efectiva manifestación de un proceso de constitución de cada pueblonación. Pero —y esto lo dice Gramsci— "el pueblo mismo no es una colectividad homogénea de cultura".

Esas "numerosas estratificaciones culturales" que aparecen en lo popular forman un todo contradictorio (y esa contradicción se expresa bien en los "conflictos de roles" con que la sociología funcionalista ha analizado el entrecruzamiento de "interpelaciones" diversas en cada individuo), que podríamos calificar como "moral del pueblo".

Pero —sigamos con Gramsci— esa moral expresa, a la vez, estratos "fosilizados que reflejan condiciones de vida pasadas y que son, por lo tanto, conservadores y reaccionarios, y estratos que constituyen una serie de innovaciones frecuentemente progresivas, determinadas espontáneamente por formas y condiciones de vida en proceso de desarrollo y que están en contradicción o en relación diversa con la moral de los estratos dirigentes".

En este punto genérico, equidistantemente lejano del *kautsky-comunismo* y de la reivindicación mitológica de un *volkgeist* que sólo crece para conocer su propia esencia, es donde quisiéramos colocarnos: la materia prima con que la voluntad nacional-popular va a ser producida es expresión de un conflicto secular, interno, que abarca en conjunto a "intelectuales" y "pueblo", entre tendencias a la ruptura y contratendencias a la integración. Desde el interior de esta contradicción se produce lo nacional-popular como sentido de la acción histórica, en la medida en que los aspectos críticos que penetran la materia prima puedan ser desplegados; en la medida, por lo tanto, que actúe sobre ellos una "reforma intelectual y moral".

Así planteadas las cosas, la introducción del concepto de lo "nacional-popular" como clave para entender los procesos de producción de hegemonía (en un plano no reduccionista: ni a favor de la "verdad popular", ni de la "conciencia exterior") no disuelve el viejo problema de la relación entre intelectuales y pueblo; más bien apenas lo plantea, aunque por cierto de una manera no "iluminista", lo que es un gran progreso frente a las tradiciones de la II y de la III Internacional.

De todos modos, el problema de la *alteridad* entre intelectual y pueblo sigue presente aunque su resolución no venga por el camino de una distinción abstracta entre "conciencia" y "espontaneidad" o entre "ciencia" e "ideología".

Este terreno de lo nacional-popular es un



campo de lucha en la medida en que coexiste en él una aglomeración de "todas las concepciones del mundo y de la vida que se han sucedido en la historia" (otra vez Gramsci). De ninguna manera las tradiciones populares constituyen *in toto* un sistema coherente en el que se condensa la resistencia a la opresión: ése es sólo un aspecto entremezclado con otros que lo niegan. Si esto es así, menos serán los populismos realmente existentes (es decir los populismos como organización y como fase estatal) una articulación *antagónica* de las demandas nacional-populares frente al principio de dominación.

A nuestro juicio la forma típica de esquematizar la captura, por parte de los populismos, de "lo nacional-popular", sería la siguiente:

- 1] Por un lado, desplazan los elementos antagónicos a la opresión en general, efectivamente presentes en las demandas populares, sólo contra una expresión particularizada de aquella, un "bloque de poder" históricamente dado (por ejemplo, en la Argentina de los años 40, contra "la hegemonía oligárquica");
- 2] por otro, interfieren en esas demandas con la propia matriz doctrinaria de la élite que dirige al movimiento (con lo que el tema de la relación entre intelectuales y pueblo se replantea);
- 3] finalmente, como una combinación natural de los pasos anteriores, recomponen el principio general de dominación, fetichizando al estado ("popular", ahora) e implantando, de acuerdo a los límites que la sociedad le ponga, una concepción organicista de la hegemonía.

Esta confrontación entre una concepción organicista y otra pluralista de la hegemonía aparece como de importancia decisiva para poder pensar las relaciones entre *democracia* (como el elemento más subversivo inherente a "lo popular") y socialismo y/o populismo como alternativas políticas de articulación de demandas y tradiciones.⁴

Nuestra convicción es que la fuerte presencia de una concepción organicista de la hegemonía caracteriza a los populismos reales —como también, por cierto, a los socialismos *ad usum*⁵, pero que en el caso de los *populismos se trata de una relación congruente entre modelo ideológico y realidad que no puede ser, ni aun teóricamente, pensada como una "desviación"*. Y que esa concepción organicista encuentra su complemento lógico en la mitologización de un "jefe" que personifica a la comunidad. Un populismo triunfante "laico" es impensable.

En esta concepción organicista, que podría rastrearse en todos los populismos realmente existentes, la que hace que los antagonismos populares contra la opresión en ella insertos se desvíen perversamente hacia una recomposición del principio nacional-estatal que organiza desde arriba a "la comunidad", enalteciendo la semejanza sobre la diferencia, la unanimidad sobre el diseño.

El problema reside en que la representación en el estado y en el jefe del "espíritu del pueblo" no es, en los populismos, una práctica que reniega de sus principios. Dicho en términos más simples: hay muy poca distinción entre "populismos teóricos" y "populismos reales".

3. Proyecto populista y proyecto socialista

Tomaremos aquí como punto de partida un caso particular de experiencia popular, el peronismo, para luego extraer algunas conclusiones de orden general acerca de lo que hemos llamado al comienzo la necesaria ruptura ideológico-política entre populismo y socialismo.

En innegable que el peronismo —y en particular el peronismo de los años 1945-1955— constituyó una manera específica de asumir y procesar, social, política y culturalmente, "lo nacional-popular" en la historia de la sociedad argentina. Diciendo, sin embargo, una manera *específica* queremos enfatizar dos aspectos: en primer lugar, el hecho de que el peronismo significó, pese al antecedente parcial del radicalismo irigoyenista,⁶ una experiencia inédita en el país. En efecto, quizá por primera vez en la historia argentina una organización, un régimen y un jefe políticos se hacían cargo "seriamente", por así decir, de la dimensión nacional-popular de los actores y movimientos sociales. Esto es: reconocían en sus derechos a las masas populares, les ofrecían canales efectivos de movilización y participación, les acordaban —a través de un conjunto de mediaciones sobre las que volveremos— un protagonismo sin precedente hasta entonces en la vida social y política del país. En términos más concisos y tajantes: el peronismo dio, por primera vez, un principio de *id-entidad* a la entidad "pueblo".

Reconocido lo anterior, cabe sin embargo añadir que esos rasgos positivos del fenómeno peronista se vieron acompañados, y en el fondo encuadrados, por limitaciones insuperables (en el sentido de que fueran aspectos no azarosos, sino constitutivos, de ese mismo fenómeno). Para decirlo sin retaceos: las modalidades bajo las cuales el peronismo constituyó al sujeto político "pueblo" fueron tales que conllevaron necesariamente la subordinación/sometimiento de ese sujeto al sistema político instituido —al principio general de dominación, si se quiere—, encarnado para el caso en la figura que se erigió como su máxima autoridad: el líder. Podríamos decir, parafraseando la conocida fórmula de Althusser, que el peronismo constituyó a las masas populares en sujeto (el pueblo), en el mismo movimiento por el cual —en virtud de la estructura interpelatoria que le era inherente— sometía a ese mismo sujeto a un Sujeto Único, Absoluto y Central, a saber, el estado corporizado y fetichizado al mismo tiempo en la persona del jefe "carismático".

Por cierto, los elementos "nacional-populares" figuraron efectiva y eficazmente en la ideología del peronismo, pero lo hicieron siempre insertados en los marcos estrictos de una lógica que llevaba en última instancia

Enrico Stefani: premio nacional de investigación científica de México

Hace pocos días, se anunció oficialmente en México que la Academia de Ciencias había otorgado su premio académico anual de la investigación científica (en el área de Biología) al Dr. Enrico Stefani, argentino y amigo residente en México. Ganador entre un grupo de destacados científicos, fue postulado por el Departamento de Fisiología y Biofísica del Centro de Estudios Avanzados del Instituto Politécnico Nacional. Exiliado en México desde octubre de 1974, comenzó a trabajar en el IPN, como profesor "Rosenblueth", ganando rápidamente tanto el cariño como el respeto de sus colegas científicos, desarrollando su investigación sobre la función de las membranas celulares, con la cual logró el reconocimiento que señalamos al principio. Enrico Stefani se graduó en Medicina en la Universidad de Buenos Aires en 1964, obteniendo su doctorado en Fisiología en el University College of London, en 1969.

a depositar en el poder estatal, y particularmente en el de su jefe máximo, la "palabra decisiva". Con su habitual claridad, dicho jefe no se privó en momento alguno de afirmar el carácter incontestable y casi perentorio de sus directivas políticas. Tanto en 1944-1946 como en los años posteriores, esas directivas apuntaron siempre no a eliminar pero sí a limitar y sofrenar las voces, las iniciativas y, sobre todo, las resistencias nacidas "desde abajo", haciendo para ello uso de sus no insignificantes poderes. Para limitarnos a unos pocos ejemplos: fue el propio caudillo quien solicitó, primero "confianza" y luego "fe" en su gestión personal y en la del gobierno que presidía, no sin acotar juiciosamente que pediría quizás alguna vez "ayuda" a las clases trabajadoras, pero ello "sólo si fuera necesario".⁷

Fue asimismo el propio caudillo quien acuñó y reiteró —aun en los momentos más críticos: octubre de 1945, junio de 1955— aquella bien conocida consigna dirigida a su pueblo, que rezaba: "de casa al trabajo y del trabajo a casa". Fue en fin el propio caudillo quien atribuyó siempre —incluido su último retorno al país— un carácter disociador, negativo y a veces casi mefistofélico a la política⁸ y recomendó sistemáticamente a las masas populares y a las organizaciones sindicales el desterrarla de su accionar y de sus estructuras.

Dicho esto, sabemos bien que no sería en absoluto pertinente agotar la riqueza y la complejidad del fenómeno peronista en la personalidad, los actos, y menos aún la palabra de su líder. La movilización popular del 17 de octubre de 1945 —y otros hechos menos relevantes que pusieron de manifiesto el grado *real* (el alcance y los límites) de la autonomía del pueblo— no habrían tenido lugar si éste último se hubiera atendido a esas prudentes consignas de Perón. En ese sentido coincidimos con Oscar Landi cuando señala que "todo discurso del dirigente es retrabajado, metabolizado, transformado por el saber popular, que funciona como un universo de descifre, condicionado directamente por las circunstancias y las prácticas económico-sociales de los actores".⁹

No obstante ello, mantenemos nuestra convicción de que esta suerte de recepción creativa de la palabra del jefe y del sentido de su política no logró superar la *ideológica* del populismo peronista y su constitutivo componente nacional-estatal. Más aún: en los hechos, este componente nacional-estatal jugó siempre un papel dominante. Aun en aquellos casos en que la actividad y los objetivos de las bases desbordaron o cuestionaron a los de las dirigencias, nunca pusieron *realmente* en tela de juicio a la forma del poder y, con ella, a la relación establecida de dominación/subordinación propia del peronismo. El indiscutido e indiscutible liderazgo del jefe bastó siempre para reinsertar las iniciativas, las protestas y hasta las rebeldías espontáneas de sectores de las bases dentro de los marcos de una estrategia de conjunto que las convertía en insumos para la implementación de políticas con otros horizontes y otras miras que aquellas que sus mismos protagonistas les asignaban.

Ahora bien, es claro que las consideraciones precedentes se limitan sólo a un caso particular de experiencia populista; de allí que sea legítima la pregunta acerca de si los límites de *este* populismo son extensibles a *todo* fenómeno ideológico y político populista. O, dicho de otro modo, si es o no inherente a cualquier variante del populismo esta fetichización del estado (y por tanto esa subordinación al principio general de dominación) que atribuimos al peronismo. Pensamos que de la forma que se responda a este interrogante depende el tipo de relación —de continuidad o bien de ruptura— que se postula entre proyecto populista y proyecto socialista.

En su trabajo "Hacia una teoría del populismo",¹⁰ Ernesto Laclau parte del análisis de lo que antes llamamos "populismos realmente existentes". Punto de partida, en nuestra opinión, saludable, dado que tiende a evitar que el esbozo de teoría del populismo que propone no se transforme insensiblemente en una nueva definición del término. Así, pues, luego del examen de fenómenos dispares que tienen sin embargo en común el hecho de haber sido calificados aun de manera intuitiva como populistas, Laclau se pregunta qué es aquello que justificaría tal denominación

común. Su respuesta, que aquí exponemos esquemáticamente, es que la característica invariante de todo populismo reside en que se trata de un fenómeno ideológico en el cual las ya mencionadas interrelaciones popular-democráticas se articulan y presentan bajo forma del planteamiento de un antagonismo irreducible respecto de la ideología dominante y, consiguientemente, del bloque de poder que la sustenta.

Ocurre empero que, como según creemos lo ha advertido el propio Laclau en trabajos posteriores, la expresión "bloque de poder" es al mismo tiempo pertinente y problemática. Es pertinente, porque, en efecto, la emergencia de los procesos y movimientos populistas ha estado constitutivamente marcada, en el plano ideológico, por la afirmación de ese antagonismo. Pero es también problemática porque, así planteado, el antagonismo en cuestión deja en pie (esto es, abre sin resolverlo) el ya mencionado problema de la relación entre populismo y socialismo.

En efecto, ateniéndonos a lo que en los términos de Laclau serían los fenómenos y regímenes populistas más relevantes en Occidente —a saber, los fascismos italianos y alemán, el peronismo, el varguismo—, comprobamos en todos esos casos que, si bien se han constituido históricamente planteando una contradicción irreducible con respecto al bloque de poder, ninguno de ellos, sin embargo, ha colocado en sus "interpelaciones constitutivas" un antagonismo, ni real ni virtual, con el principio mismo de la dominación (el estado). Todos ellos se han opuesto a bloques de poder y formas de estado históricamente dadas, pero siempre con vistas a remplazarlas por otras —y no a abolir, aunque fuese en el largo plazo—, la relación necesariamente asimétrica y desigual de poder que en ella se encarnaba.

Por cierto, habría una manera de salvaguardar o simplemente de afirmar la vigencia de una continuidad entre populismo y socialismo. Bastaría para ello con modificar los términos de la contradicción cuyo planteamiento sería constitutivo del populismo. Con otras palabras, se trataría simplemente de remplazar, en la formulación de esa contradicción, la expresión "bloque de poder" por la de "principio general de dominación". Mediante el simple expediente de esta sustitución no cabe duda de que es imposible ya plantear ruptura alguna entre proyecto populista y proyecto socialista. Tendemos sin embargo a pensar que lo que este remplazo gana en coherencia teórica lo pierde en pertinencia histórica.

Ya que, en efecto, y como lo hemos señalado antes, ningún populismo real ha sido ideológica y políticamente antiestatal; muy por el contrario, ha acordado siempre al estado un papel al mismo tiempo positivo y central, en modo alguno provisorio o destinado históricamente a ser superado. De modo tal que el remplazo al que hicimos referencia antes está lejos de ser una mera rectificación terminológica: de hecho, la teoría en cuestión se aproxima peligrosamente a una pura y simple redefinición del término "populismo". Por supuesto, todo el mundo tiene derecho a construir su propio diccionario: nada impide definir al concepto de populismo como siendo un elemento ideológico cuya característica constitutiva sería articular los símbolos y valores popular-democráticos en términos antagónicos con respecto a la forma general de dominación. Pero creemos que esta redefinición perdería de vista la mencionada dimensión proestatal insita históricamente en toda experiencia populista conocida.

Promoción y a la vez fetichización del estado que encontramos tanto en los populismos latinoamericanos cuanto en los fascismos europeos y que, por el contrario, es denunciada y combatida por la ideología del socialismo.

Ahora bien, no se nos escapa que al hacer esta última afirmación debemos prepararnos para afrontar una dificultad que, si no es encarada seriamente, presentaría el flanco para una objeción: casi idéntica a la que acabamos de formular al planteo antes expuesto. En efecto, postulando que, a diferencia del populismo, el planteamiento de un antagonismo fundamental con respecto a todo principio de dominación forma parte constitutiva de la ideología socialista, ¿acaso no estamos nosotros mismos cayendo en el vicio de ignorar la historia real y sobre todo la historia de los socialismos "reales"?

Esta objeción podría asumir incluso un tono sanamente provocativo si se recuerda que algo inconfundiblemente característico de los socialismos "realmente existentes" es precisamente el desarrollo y el continuo fortalecimiento del poder estatal y su consecuente fetichización, la misma que denunciamos antes en el populismo.

Nos atrevemos sin embargo a sostener que dicha objeción no es pertinente, y ello por razones que de algún modo han sido ya expresadas. En el apartado anterior hemos señalado la inadecuación entre el proyecto ideológico-político socialista y lo que ya no es posible considerar como su efectuación histórica real. Al contrario, es en nombre de ese mismo proyecto que podemos —y debemos— denunciar los elementos autoritarios en los socialismos "realmente existentes".

Pero es también en nombre de ese mismo proyecto que podemos —y debemos— cuestionar la alternativa populista, aun allí donde reconocemos su carácter históricamente progresivo, particularmente en los casos latinoamericanos en cuestión. Sólo que, como también lo indicamos, en lo referente al populismo no es ya posible hablar de una inconsecuencia total entre el modelo ideológico y su implementación real. En este caso, lo que debe ser subrayado es más bien la adecuación y la congruencia entre un movimiento y/o un régimen político que ha conllevado y reclamado la presencia protagónica del poder estatal y una ideología

CUADERNOS POLITICOS

28

- Jürgen Habermas ► Para la reconstrucción del materialismo histórico
⊕ Carlos Pereyra ► Estado y movimiento obrero
⊕ Ignacio Cabrera ► Crisis económica y estrategia petrolera
⊕ Francisco A. Moreno ► Estrategias de lucha de la izquierda salvadoreña (1979-1980) ⊕ Ronald H. Chilcote ► Sociedad y política en Portugal ⊕ José Sazbón ► El fantasma, el oro, el topo

que, lejos de cuestionar a ese poder, lo ha reconocido y afirmado en su (s) principios (s) mismo (s).

De nuevo pues hemos de destacarlo: un proyecto socialista consecuentemente asumido presupone una solución de continuidad con la "solución" populista.

4. El lugar del enunciador (acerca del papel de los intelectuales)

Abordaremos por último, de manera muy concisa, el examen de un argumento —un "ideologismo"— que juega a menudo el papel de última trincher, o de fortaleza, del razonamiento populista. Ese ideologismo toma la forma de un cuestionamiento del derecho de legitimar su palabra por parte de quienes han hecho suyo un enfoque ideológico-político-socialista, esto es no populista. Dicho de otro modo, consiste en recusar todo discurso crítico relativo al populismo en base a una denuncia de la *im-postura* que afectaría por principio a la *postura* desde donde esa crítica es enunciada.

No por casualidad esa denuncia acostumbra a recurrir a un lenguaje y a una argumentación "marxistas". Así, por ejemplo, el no peronismo (casi siempre asimilado al antiperonismo) habría construido el error histórico de una izquierda abstracta y desarraigada, prisionera de una óptica europeizante, preconizada y fomentada por intelectuales desligados de las experiencias reales de las masas y que, dado su origen social, no podían sino expresar los prejuicios ideológicos de unas clases medias o de una pequeña burguesía no menos alejadas de esas experiencias y refractarias a ellas. En tal sentido, la imagen satánica del "intelectual-abstracto-pequeño-burgués-de-izquierda" aparece al ideólogo populista como una contrafigura de él mismo, como un "otro" absoluto, indiscutible merecedor de todos los escarnios.

Antes de referirnos al argumento como tal no está de más preguntarnos acerca de las razones de su eficacia. Puesto que es innegable que dicho argumento ha sido y sigue siendo rentable. Para remitirnos nuevamente a la experiencia que nos es menos ajena, la brusca conversión de muchos jóvenes intelectuales socialistas, comunistas y en general marxistas al peronismo —en particular desde fines de la década de 1950— no está sin duda desvinculada del peso real de la mencionada argumentación.

Creemos que una de las razones de su fuerte receptividad ha residido en el hecho de que sorprendía, al mismo tiempo que ponía al desnudo, la "mala conciencia" de los intelectuales de izquierda, y ello en un doble sentido. En primer lugar, porque *era cierto* que buena parte de esos intelectuales, a veces sin proponérselo, habían hecho su experiencia política a partir de una relación de exterioridad asimétrica respecto a aquellos —las masas trabajadoras, el pueblo— de quienes su partido se atribuía el papel de único portavoz y representante autorizado. En segundo lugar, porque el argumento en cuestión se nutría de razones ante las cuales ningún marxista podía permitirse el lujo de ser insensible: en efecto, si por una parte ciertas harto conocidas frases del *¿Qué hacer?* podían dar una apariencia de justificación a esa relación de exterioridad (y de poder) asimétrica, por otra existía un sesgo, difícilmente olvidable, en la tradición teórica y política inaugurada por la obra de Marx, sesgo que cuestionaba seriamente ese apartamiento "orgánico" y ese distanciamiento respecto de las prácticas y vivencias de las masas. Así, pues, el intelectual de izquierda era sorprendido, denunciado, atacado en su *propio terreno* y con sus propias razones. El hecho es que gran parte de esa intencionalidad interiorizó la amonestación que se le dirigía y, no sin entusiasmo, adhirió al peronismo.

Pensamos sin embargo que esta reconversión, por sincera y ferviente que haya sido, se efectuó manteniendo intactos los supuestos básicos de los que, justamente, pretendía renegar. Con ello queremos decir lo siguiente: *tanto* la "conciencia exterior" *vanguardista* como la "conciencia populista" *constituyen opciones simétricas e inversas respecto de una temática ideológica que les es común*. Esa temática ideológica aparenta hacerse cargo de un hecho real, a saber, lo que hemos llamado el problema de la "alteridad" entre intelectuales

y masas populares. Sucede sin embargo que ese problema no es reconocido sino para ser, inmediatamente, anulado. En otros términos, aquello que se presenta efectiva y recurrentemente como dificultad a afrontar es, lisa y llanamente, reprimido y borrado. Reprimido y borrado en aras de una "solución" que consiste en *negar* la tensión inherente a esa relación de alteridad mediante el privilegiamiento absoluto de uno solo de sus términos (la "ciencia" de la vanguardia "esclarecida" o bien la "verdad popular"); a partir de ese privilegiamiento, todo se limitará luego a *dogmatizar* acerca de la necesidad preeminente del polo elegido. La tesis kautskiana, retomada por Lenin, constituiría así una suerte de consagración eufórica del primado de la "conciencia exterior", patrimonio del intelectual revolucionario; la tesis populista mantiene los mismos supuestos del kautskismo, sólo que invirtiendo la opción.

Ahora bien, mantener esos supuestos no implica sólomente negar la dificultad real que plantea dicha relación (histórica) de alteridad que ha existido entre intelectuales y clases subalternas; implica también negarla en beneficio de un ideologismo que se resuelve necesariamente en la afirmación, consciente o no, de una estructura de sometimiento —y ni siquiera de sometimiento al pueblo sino a quienes, burocráticamente o no, lo "representan"—. Estructura de sometimiento, nitidamente presente en el "vanguardismo", que el populismo recupera y reafirma, aunque con signo opuesto al de aquél.

Pero la *ideo-lógica* del populismo no sólo hace suya esa estructura: tiene además el defecto de ignorar el quehacer real de los intelectuales populistas mismos. Ya que, en efecto, en sus representantes más lúcidos y consecuentes, la producción de dichos intelectuales no abdica del derecho de autocuestionarse ni de cuestionar los "errores" del líder o incluso la "inmadurez" de tal o cual sector de las masas populares; no se priva en todo caso (y con justa razón) de hacer valer el papel positivo y movilizador de su intervención crítica.

Por el contrario, una opción política que asuma y afronte consecuentemente, con modestia pero también sin culpabilidad, el difícil problema de esa alteridad entre intelectuales y pueblo; que reivindique el derecho a enunciar su palabra sin hacer oídos sordos ni silenciar a la de los otros; que no presente su discurso como depositario absoluto de una Verdad que sólo a él le pertenecería, ni como justificación de sus privilegios; que escucha al otro sin someterse a él y sin someterlo: tal es la única alternativa que, al menos en nuestra opinión, aparece como válida para la construcción de un proyecto democrático y socialista. ●

México, D. F. abril de 1981

1 Es decir de la forma tradicional con que el marxismo de la Comintern planteó este problema desde mediados de la década del 30.

2 El planteamiento de esta escisión aparece recurrentemente en los discursos del jefe del peronismo. A pesar de los matices y variaciones que presente su vasta producción oral y escrita, hay un tópico ideológico al cual dicho jefe se ha mostrado siempre fiel: para Juan D. Perón sólo existen políticamente hablando, o bien "amigos" en posición subordinada, o bien "enemigos" (los cuales, en rigor, no forman parte del campo político legítimo). El abanico de los "amigos" puede ser relativamente estrecho, como en el caso del primer peronismo, o relativamente ampliado, como en el último (recuérdese el remplazo —en 1973— de la celebre consigna "para un peronista no hay nada mejor que otro peronista" por la de "para un argentino no debe haber nada mejor que otro argentino"). Aquello que, en cambio, se plantea como inadmisibles en los discursos de Perón es la legitimidad de la palabra y la acción del que diverge, del disidente o del adversario político. Para estos últimos reservó Perón un no menos célebre calificativo: la "antipatria". Véase sobre el particular, el trabajo de Silvia Sigal y Eliseo Verón: "Perón: discurso político e ideología", a publicarse en el volumen colectivo "Argentina, hoy..." (a cargo de A. Rouquié), Siglo XXI, 1981.

3 Nos gustaría remarcar la valoración histórica positiva que tenemos respecto de los populismos latinoamericanos. En casi todos los casos significaron una puesta en marcha de procesos de cambio de hegemonías "oligárquicas" a través de lo que podríamos denominar un "transformismo progresivo". Nuestra intención no es descalificar esas experiencias sino simplemente señalar que entre ellas y el socialismo (al menos tal como lo entendemos) no hay relación lineal de continuidad. Los populismos históricamente más avanzados estimulan ciertamente el "espíritu

de escisión" de las masas, pero para montar sobre él una recomposición transnornista.

4. Por supuesto que esa exaltación del socialismo y la democracia como conflictualidad no nos hace recaer en una suerte de neopanarquismo ingenuo. Entendemos a la democracia socialista como ligada de forma indisoluble con el pluralismo, esto es como una práctica política y cultural que no enarbola, como supremos, los valores de la unanimidad y la semejanza. Pero la reivindicación del consenso, implícita en esa concepción, si por un lado rechaza toda idea organicista del consenso, no por ello rehabilita otra, descontrolada, del conflicto permanente como virtud democrática. Más moderadamente nos inclinamos por la existencia de un consenso elaborado de manera pluralista, que reconoce la legitimidad de los conflictos y que organiza la posibilidad de resolverlos.

5 Los riesgos de una concepción del tipo "idea Zuche" de la hegemonía (véanse como testimonio insuperable de esto último los textos de humor negro elaborados sobre la cuestión por la dirigencia de Corea del Norte) están presentes aun en ciertas ambigüedades del propio Gramsci, quien en algunas ocasiones exalta al socialismo como "sociedad autorregulada" y en otras parece aspirar a la construcción de un bloque histórico en el que "estructuras" e "ideologías" se articulen orgánicamente "en un 100%".

6 Antecedente parcial en un doble sentido: primero, porque la dimensión popular del irigoyenismo no cuajó en la constitución de un principio de identidad ideológico-político cuya base de sustentación fuera, como en el caso peronista, el conjunto de las clases populares. Segundo porque, junto a la experiencia del radicalismo irigoyenista, las clases subalternas en la Argentina vivieron también otras experiencias —el anarquismo, el socialismo— menos insensibles a lo "popular" que lo que una cierta historiografía tiende a pensar.

7 Véase los discursos de Juan D. Perón del 1-5-44, del 8-7-44, del 11-10-44... y del 21-6-73.

8 "Mantengan una absoluta disciplina gremial; obedezcan a sus dirigentes bien intencionados. Y sobre todas las cosas, no permitan que dentro de las agrupaciones se introduzca la política, que es el germen más disolvente de todas las organizaciones obreras". (Discurso de Perón del 25-6-44). "Es tan aciaga la situación que no nos podemos dar el lujo de hacer política, ni practicar oposiciones políticas inoperantes [...]" (declaraciones de Perón en la revista *Primera Plana*, 30-5-72). Véase al respecto el ya mencionado trabajo de S. Sigal y E. Verón.

9 Oscar Landi, "Ideologías y procesos políticos. Notas para una investigación", mimeo, San Pablo, Brasil, 1978, p. 8.

10 Ernesto Laclau, *Política e ideología en la teoría marxista*, Madrid, Siglo XXI, 1978.

RESUMEN de la actualidad argentina

- Todo lo que sucede en nuestro país extraído de su prensa diaria.
- Un amplio panorama sobre la producción política en el exilio.
- Los principales documentos de coyuntura elaborados en Argentina.
- Rescate de la cultura popular latinoamericana (cuentos, poesía, ensayo)
- Entrevistas
- Suplemento especial AMÉRICA LATINA

Aparece quincenalmente editada por el Club para la Recuperación Democrática Argentina.

Suscripción:

América Latina: por 6, 12 ó 24 números:
US \$ 16, US \$ 30 y US \$ 60
Europa:
por 6, 12 ó 24 números:
US \$ 13, US \$ 26 y US \$ 52

Correspondencia a: NAL - CC 150.189 - Madrid - España

POLEMICA (II)

La política intemporal

Sergio Bufano

¿Cómo podríamos imaginarnos una Argentina para fines de esta década? Juguemos un poco con la fantasía y pensemos en un país que ha logrado recuperar la democracia, un territorio en donde existen partidos representativos de diversos sectores de la sociedad civil y en donde las fuerzas armadas han retornado a sus funciones específicamente militares; pensemos que hay sindicatos representativos y autónomos, que la universidad es efectivamente un centro promotor de la cultura, que es posible disentir con cualquiera de los poderes y manifestarlo con libertad. Imaginemos a una Argentina donde la política se ejerce con todo el contenido humano que ese vocablo debe sugerir: libertad de pensar y de expresar lo que se piensa, libertad de escuchar a todas las manifestaciones ideológicas del mundo, libertad de organizarse, libertad de acceso a los medios de comunicación, en fin, imaginemos una Argentina que ha alcanzado un alto grado de maduración democrática que le permite la libre circulación de ideas.

Una Argentina donde cada expresión política tenga oportunidad, si la mayoría lo decide a través del voto, de ensayar su modelo hasta el siguiente período electoral, momento en que la sociedad decidirá si es necesario un recambio.

Esa Argentina imaginada tendrá acceso, lógicamente, a toda la literatura mundial; los presupuestos de educación serán muy altos, la investigación científica gozará de amplio apoyo estatal y hasta la salud, siempre olvidada, estará al alcance de las mayorías.

Bien. Hasta aquí llegamos. Podríamos imaginar muchos otros beneficios, pero con los mencionados es suficiente. Cabe hacer notar que no estamos pensando en una Argentina socialista; eso es evidente. Se trata de una Argentina ubicada en los marcos del sistema capitalista, con la consiguiente propiedad privada de los medios de producción, la inevitable cuota de plusvalía, la conflictiva relación obrero-patronal; es decir todo lo que supone el juego y equilibrio de fuerzas dentro del capitalismo. Aunque en este caso ubicada en un modelo *civilizado*.

¿Es todo esto posible? Pregunto, ¿alguien se lo cree? ¿Tiene Argentina posibilidades reales de alcanzar un estadio de democracia representativa, con la existencia de un legislativo que garantice los plenos derechos ciudadanos?

Invirtamos la pregunta: ¿Por cuánto tiempo? Porque hubo dos circunstancias históricas desde 1955 hasta la fecha en que estas premisas se cumplieron, no importa el grado de profundidad. Durante el período de Illia y durante la fugaz administración de Cámpora. Y digo de 1955 para poner ejemplos más elocuentes y menos polémicos; no porque crea que del 45 en adelante existiera una democracia ejemplar, ni mucho menos.

Es decir, que los dos ejemplos mencionados fueron tan breves, tan efímeros como modelos democráticos, que podemos afirmar que *las actuales generaciones argentinas no tenemos puntos de referencia democrático-territoriales*. Carecemos de una educación democrática; nos hemos formado en el autoritarismo stalinista, si provenimos de la izquierda; en la prepotencia corporativa, si nos educamos en el movimiento o sindicalismo peronista; en "la lucha política de bajos principio" (como afirma Aricó en el anterior número de *Controversia*) si surgimos de partidos políticos tradicionales como el radical o el conservador.

Si cuando existían modelos democráticos cercanos a la Argentina (Chile desde 1933 hasta 1973, Uruguay hasta 1972), el país vivió ensombrecido por cuartelazos, amenazas de cuartelazos, intentos fracasados o el

persistente rumor de futuros golpes de estado ¿por qué alcanzaría esa plena y magnífica democracia, ese ordenamiento que supone el respeto a la relación entre los hombres, a sus valores culturales y a la negación del autoritarismo, precisamente cuando existe una tendencia general que señala un declinamiento de la democracia representativa?

A lo anterior hay que agregarle que el último no fue un cuartelazo más; pues aunque se confíe en la capacidad de recomposición de las fuerzas sociales, el profundo *shock* producido en estos cinco años de muertes, terrores y penetración ideológica, no será fácilmente revertible. En primer lugar, porque toda la sociedad civil ha sufrido una experiencia traumática que no querrá repetir; y, además, porque las FFAA que produjeron esa experiencia de terror no pueden, *no podrían jamás* —a menos que se modificaran sustancialmente las relaciones de fuerza—, aceptar un cuestionamiento a su actuación puesto que ello implicaría un juicio de Nuremberg.

Nos encontramos pues en un aparente callejón sin salida; no parece posible alcanzar una democracia como la descrita y, simultáneamente, toda democracia condicionada supondrá aceptar un cúmulo de compromisos políticos.

Entonces, si tenemos en cuenta estos dos elementos (falta de experiencia democrática por parte de la sociedad civil y futuro condicionamiento político para la eventual democratización) veremos que existen dos riesgos para la interpretación de este fenómeno. Por un lado, se responderá con un magnífico discurso, consecuentemente revolucionario, puro en sus contenidos pero inútil en la búsqueda de nuevas estrategias que no sean las que nos condujeron a la reciente derrota. Y también, como contraparte, se abstraerá tanto el lenguaje de la política que a la hora de actuar nos quedaremos sin punto alguno de referencia con el pensamiento.

Respecto del primer caso no vale la pena detenerse; el *ultrismo* de algunos sectores ha llegado a tal grado de maniqueísmo que recurrirán a las mismas y desgastadas consignas de *agitación y lucha*. El problema, creo, se manifiesta en la tendencia a la abstracción de la política.

Desde el exilio, alejados de los quehaceres cotidianos de la política y de la posibilidad de participar en ellos, estamos viviendo una especie de destiempo de las ideas que nos traslada a una dimensión diferente de ese proceso, si se quiere vulgar, que viven dentro de las fronteras del país. No digo que eso esté mal; digo que puede empujar el pensamiento a un límite en el cual no nos reconozcamos —ni nos reconocemos— cuando tengamos la suerte del retorno.

Ese desfase se produjo por el provincianismo de los exiliados, que hasta el momento de la partida vivimos en un *submundo* con categoría de *universo*, y que encontramos en la libertad de otros países el cosmopolitismo de las ideas, de otras, nuevas, diferentes ideas. Y, también, generalizando un poco más ese provincianismo y ubicándolo continentalmente, por los nuevos pensamientos que generó Europa en la última década y que han penetrado —o mejor dicho, están comenzando a penetrar— importantes núcleos latinoamericanos.

Sería estúpido deshechar el enriquecimiento cualitativo con la excusa de que América es otro continente, y Argentina otro país; con eso sólo confirmáramos el mencionado provincianismo. La cuestión consiste en cómo aprovecharlo, cómo integrarlo a la propia experiencia, de qué manera incorporarlo al conocimiento, sin ubicarnos a varios años luz de una política que lamentablemente continuará luciendo sus rasgos caseros, para no repetir vulgares.

Destiempo político

Un reciente artículo de Héctor Schmucler¹ dedicado a reflexionar sobre política roza ese inasible espacio de la —precisamente— intemporalidad política. El propósito de Schmucler no carece de imaginación; se propone penetrar la realidad a través de nuevas concepciones sobre la sociedad que produzcan "un cambio sustancial en la manera de afrontar el conocimiento de los hechos históricos". La intención es importante y creo que vale la pena el desafío a las viejas "demostraciones científicas" a que alude, porque el debate que habrá de generarse en las izquierdas argentinas, en los próximos años, no se referirá a los antiguos dilemas de neocolonialismo-capitalismo dependiente, o transición pacífica-revolución, sino al *modelo de país al que aspiramos a mediano plazo*. Lo que necesariamente remite, como dice Schmucler, a "pensar todo de nuevo para inventar (o reinventar) el movimiento que aglutine a las fuerzas que en la sociedad argentina aspiran a un cambio [...]".

Ahora bien, cuando digo que el artículo roza el terreno del destiempo político es porque pienso que si tuviéramos que ubicar a la Argentina en el espacio que dista entre una república bananera y la Francia de Mitterrand, Argentina aparecería mucho más cerca de la primera. Y entonces, todo pensamiento ideológico, político-moral, relacionado con una nueva concepción de la cultura, que busque una "nueva forma de relación de los hombres entre sí", que intente una moderna concepción ética de la política, deberá reconocer que hace falta por lo menos una mínima adecuación a una realidad tan particular como es la de Argentina (y digo Argentina porque es el país del cual hablamos, porque bien podría trasladarse a toda Latinoamérica).

Yo no creo, como afirma Schmucler, que el estilo de vida esté más vinculado con la concepción de la cultura que con los índices de producción y consumo. Creo, más bien, y aunque parezca una simplificación, que el estilo de vida es un producto de la acumulación del capital; si en la Argentina la centralización de capitales se mantuviera con el ritmo demostrado en los últimos cinco años, todo el estilo de vida se modificaría sustancialmente, porque los valores culturales de la sociedad devienen de la sobrevivencia económica de las clases sociales. Y si la sobrevivencia es precisamente eso, el esfuerzo constante por aspirar un milímetro cúbico de oxígeno, el estilo de vida y la concepción de la cultura, todo el pensamiento, podrían llegar a empujarse hasta límites insospechados.

Es posible que la división entre estructura y superestructura, como dice Schmucler, haya dado lugar a simplificaciones intolerantes;



La tasa agregada de beneficios de la economía española (1965-1979) por Luis Toharia

Estrategia de las multinacionales en el sector de la energía. El caso español, por Antonio M. Ariles

La sociedad posrevolucionaria, por Paul Sweezy

El Banco Mundial y el pequeño campesino, por Cheryl Payer

Suscripción en el extranjero (envío aéreo): 2 500 pts.

Correspondencia y suscripciones: Apartado de correos 31015-Barcelona

pero ¿acaso podría desmentirse que en nuestro país, junto con el empeoramiento y la crisis económica, se ha producido un retroceso en toda la concepción de la cultura? Y aún más, ¿que esa involución tendrá repercusiones que sólo serán advertidas en el mediano plazo?

En Argentina estamos asistiendo a una modificación de valores, aunque cinco años sean muy pocos para determinar la profundidad de ese cambio; pero no existe sociedad que haya atravesado una crisis económica, política e ideológica de esa envergadura que no haya resentido todo su pensamiento cultural, la forma de relación entre los hombres, sus concepciones morales, en fin, todos los conceptos de alguna manera vinculados con la libertad.

No pienso que lo anterior signifique haber ingresado en el túnel sin salida de la barbarie o se haya doblegado para siempre el espíritu contestatario que caracterizó a todos los sectores que componen la sociedad; pero tampoco puedo suponer que éstos se deslizarán apaciblemente por el centro de esta tormenta que, entre otras cosas, ayudaron a desatar.

La relación, pues, entre esa economía debilitada, en donde los índices cuantitativos de producción por trabajador son altos debido a las horas extras, mientras los índices de consumo son bajos por la insuficiencia de los salarios, la relación entre esa economía y el estilo de vida es estrecha y condicionante. Y la concepción de la cultura estará determinada por la forma en que se resuelva la crisis estructural.

La relación entre los hombres

Los apuntes e interrogantes de Héctor Schmucler se ha abstraído excesivamente de la realidad argentina y eso conduce a una suerte de esteticismo político y moral que busca la "complejidad de lo real humano" cuando hay que orientar el pensamiento hacia la resolución de una sociedad que ha llegado a este límite porque no tiene alternativas económico-sociales, ni siquiera desde el campo popular. ¿Qué puede significar esa complejidad de lo real humano para aquellos cuya única preocupación cotidiana es pagar el

alquiler, la luz, el gas y tener tiempo libre entre sus trabajos extras?

Una reflexión similar se me ocurre en cuanto a la forma de relación de los hombres entre sí; sin duda, el pensamiento que propone Schmucler es atractivo, porque hasta ahora las sociedades capitalistas y socialistas han desdeñado las condiciones de existencia de los seres en función de una mayor productividad. Rescatar la relación de los hombres entre sí, de los hombres con la naturaleza y de los hombres con los instrumentos, me parece valioso porque redimensiona al sujeto en función de su individualidad y le otorga valor, como él mismo afirma, a la subjetividad para considerar las acciones humanas. Pero hay que recordar que, si continúa en Argentina una economía de especulación, tal como ha sucedido hasta ahora, las relaciones humanas se convertirán en *bussines-relations*. Y ése es el problema; ¿cómo habremos de recuperar, recrear, las formas verdaderamente humanas de vinculación entre los seres y entre éstos y la naturaleza, cuando durante años las capas medias —productoras tradicionalmente de una cultura nada desdeñable— han volcado gran parte de su capacidad creadora en incrementar o por lo menos evitar que se devalúen sus pequeños y en muchos casos risibles capitales económicos?

Creo que allí es donde reside el desfase temporal al que me refería anteriormente; temporal o si se quiere geográfico. El hecho de que Mitterrand cree un ministerio del Tiempo Libre significa que en otros lugares es posible modelar nuevos valores culturales para las masas sin que ello entre en contradicción con la estructura económica y social de esas naciones.

Reflexionar sobre política para Argentina es —y en este caso coincido totalmente con Héctor Schmucler— "inventar [...] el movimiento que aglutine a las fuerzas (de la sociedad argentina)".

Es pensar que durante un largo periodo existirá —salvo que se produzcan hechos que hoy no son previsibles— una democracia muy restringida, con predominio militar sobre las fuerzas civiles; con límites que hoy, viviendo en el extranjero, nos parecerán intolerables. Pero que, a mi juicio, habrá que tolerar mientras se hace el esfuerzo por ampliar, aunque sea lentamente, el espacio democrático.

Pero, o bien la Argentina está muy por detrás de nuestros pensamientos, o estamos haciendo proyecciones que van más allá de un futuro relativamente visible, que para el caso es lo mismo. Corremos el riesgo de establecer una especie de corte entre el conocimiento intelectual y las posibilidades de volcar ese conocimiento en una realidad atravesada con respecto de valores establecidos en sociedades desarrolladas. Como ejemplo extremo podríamos recordar que existen muy pocos países que puedan lucir, como en el nuestro, un presidente que reconoce haber leído un solo libro: el *Martín Fierro*.

Desde el exilio, afortunados porque tenemos acceso a todas las corrientes del pensamiento mundial, estamos en el límite del desfase intelectual, que no es otra cosa que el desarraigo. Vivir en nuestros sueños un país que no existe, proponerle cosas que están alejadas de su actual problemática, tratar de que la política sirva para hacer posible la alegría cuando hay que recorrer, previamente, un camino con obstáculos tan elementales como el derecho a expresar la opinión, el derecho al trabajo, al salario, el derecho a vivir *mas o menos* dignamente.

Si fuera posible alcanzar una democracia como la descrita en las primeras líneas de este artículo, entonces serían otras las preocupaciones; pero esa Argentina tan alejada de modelos desarrollados requiere propuestas más modestas. Y aunque no podamos decirlo en voz muy alta, me conformaría con una democracia muy restringida, suficiente para que nos permita el regreso silencioso y podamos recuperar, como dice Schmucler, el *ubi*. No es fundamental que esté condicionada; mucho más condicionados estamos en el exterior, imposibilitados de participar en algo que al fin y al cabo nos importa. Si podemos pensar el país desde dentro, eso ya será un primer paso; y además habremos culminado con este exilio melancólico y tedioso.

Algún marxismo, ciertas morales, otras muertes

Oscar Terán

1. "¿Qué somos nosotros, que estamos de más en este tiempo en que no sucede lo que debería suceder?" (Foucault)

El conocido *Angelus Novus* de Walter Benjamin puebla las noches sin pasión de los exilios: sobre un universo en ruinas, el ángel de la historia pretende descender —los ojos desorbitados, el rostro espantado— para paliar los desastres del pasado, pero un viento irresistible que llamamos Progreso lo aleja sin remedio (rumbo a otras catástrofes) de aquel escenario devastado. Por eso lo que en el fondo está en cuestión no es si estos hombres de la crisis que somos nosotros pueden formular un llamado a la esperanza que nadie les reclama, sino, al menos pueden articular una mínima comprensión de la realidad sin reiterar los viejos esquemas que produjimos —y nos produjeron— en la década sublime y mentirosa de los sesentas. Para algunos como el que escribe, dicha posibilidad se halla entretejada en lo teórico por relaciones estrechas y conflictivas con el marxismo. Y no es casual que muchas de las insatisfacciones que éste suscita se inicien en este aspecto —como la enumeración que propone Schmucler en el número anterior de *Controversia*— en torno de la dupla supra-infraestructura, que en rigor actúa como núcleo aglutinante de una serie de aporías que cuestionan la capacidad del marxismo para producir una comprensión cabal de la sociedad y de la historia. De allí que la crítica de algunas imágenes tradicionales de aquella metáfora arquitectónica ("cimientos-edificio") conlleve la necesidad de una reubicación del estatuto teórico del marxismo. Una vez instalada la duda sobre algunas de esas aparentes evidencias de larga duración, quizás se tornen más fácilmente decible ciertos problemas ético-políticos que también forman parte de nuestras urgencias actuales.

2. "El lenguaje es una caja de herramientas" (Wittgenstein)

Si abandonamos por ineficaz la interpretación más primariamente economicista del marxismo, surgen al menos dos alternativas. En la primera, la economía mantiene la primacía, así sea en la huida última instancia (huidiza, porque más que una solución señala el lugar de un *enigma*), y dicha primacía se explica en la capacidad de lo económico para diagramar un campo de *posibilidades* limitadas sobre el cual irían luego a imprimirse o desplegarse las formas secundarizadas de la ideología y la política. Lo cuestionable de esta tesis es que en el análisis histórico-social siempre nos las tenemos que ver con movimientos donde no es posible desagregar dichos elementos sin aniquilar el objeto de estudio. Tomemos un ejemplo trivial: sabemos que cuando las masas inmigrantes llegaban a la Argentina a fines del siglo XIX y principios de éste, las fuerzas sociales dominantes se enfrentaron con el problema de cómo incorporar mayoritariamente a esa población aluvional a un régimen de trabajo asalariado que desmentía en ocasiones expectativas previas de los inmigrantes, pero que además planteaba la cuestión de la nacionalización de las masas. Es cierto que el régimen latifundista arrojaba a una porción considerable de esas multitudes hacia un mercado de trabajo libre, pero esa condición resultaba tan necesaria como insuficiente, puesto que la constitución de los cuerpos en fuerza de trabajo explotable no es nunca una consecuencia *espontáneamente* derivada de la estructuración de una esfera capitalista de producción. Sin ir más lejos, son conocidas las referencias de Marx al conjunto de mecanismos coercitivos *extraeconómicos* practicados por la burguesía europea para generar un espacio económico capitalista, puesto que —como escribió en el capítulo sobre la jornada laboral de *El capital*— "fueron necesarios

siglos hasta que el trabajador 'libre', por obra del modo de producción capitalista desarrollado, se prestara *voluntariamente*, es decir, se viera *socialmente* obligado, a vender todo el tiempo de su vida activa, su capacidad de trabajo, por el precio de sus medios de subsistencia habituales [...]" De manera que no basta con la separación entre los instrumentos de producción y los productores directos para convertir a estos últimos en generadores de plusvalía, sino que *simultáneamente* es preciso *disciplinarlos* mediante la aplicación de una variadísima red de estrategias político-culturales, es decir, "superestructurales". Por eso para que la coerción intraeconómica funcione automáticamente, el capitalismo debe bloquear los senderos que conducen a la revuelta social o a la organización masiva del robo. Nuestro ejemplo puede revelarse entonces adecuado en la medida en que ambas posibilidades estuvieron efectivamente presentes en nuestro país —como en tantos otros sitios— en la época referida, puesto que el banditismo y el anarquismo configuraron dos vías no por cierto simétricas pero sí por momentos concurrentes, como lo revelan la novela naturalista y los textos sociológicos y criminológicos de la época. El positivismo argentino —ese increíble movimiento cultural de constitución de la nación— reveló su eficacia al operar en ambos registros, comprendiendo el hecho que no existe primero una fuerza de trabajo flotante que necesariamente se fija a la producción (a menos que se suponga, con el joven Marx, que el trabajo define la esencia del hombre) si simultáneamente no se ha dominado a los actores sociales dentro de un determinado campo de opciones políticas y culturales. Cuerpo explotado y cuerpo disciplinado conforman los dos polos de un mismo circuito por donde fluyen las corrientes fusionadas de la economía y del poder. En suma, la posibilidad de la explotación de la fuerza de trabajo no se deduce (operación analítica) de lo económico, sino que requiere una manipulación *sintética* (fusión empírica de prácticas y discursos heterogéneos) y por ende también azarosa, es decir, histórica.

Por todo ello, hemos llegado a una situación en donde la dicotomía infra-superestructura no podría ya mantenerse ni siquiera "didácticamente", debiendo ser remplazada por un dispositivo teórico que pudiera tematizar los diversos flujos señalados en una relación puramente immanente. Es cierto que semejante dispositivo evoca legítimamente lo enunciado por Gramsci como un esquema "en el que el contenido económico-social y la forma ético-política se identifican concretamente", pero con la condición de prescindir por completo de esas arquitectónicas (forma/contenido; economía/superestructura; estado/sociedad civil) que reinstauran toda una letanía de efectos dualistas.

Estos señalamientos —que para algunos definirán en su ambigua inspiración foucaultiana un universo "idealista" y extraterritorial al marxismo— no me inducen a desconocer que en la actualidad resulta imposible entender críticamente la naturaleza del mundo en que vivimos sin apelar a una serie de categorías que han sido acumuladas bajo el nombre de Marx. Empero, no me atrevería a glosar la afirmación sartreana de hace unos veinte años según la cual el marxismo configuraría el horizonte irremediable de nuestro tiempo, porque creo que habitamos bajo una superposición de fragmentos teóricos igualmente imprescindibles para una mínima orientación en eso que alusivamente llamamos lo real. Ciertamente, esas otras ofertas teóricas sigo detectándolas en un campo tan "europeísta y universalizante" como el que los ideólogos de la inefabilidad tercermundista pretenden denunciar —no siempre sin motivo— en el propio Marx.

Sea como fuere, si consideramos viable la operación propuesta, entonces nos enfren-

taríamos con un marxismo cuyo estatuto teórico habría que definir. Para ello, en principio es menester repudiar la voluntad del sistema. De ahí que si hace un tiempo en estas mismas páginas tomaba la imagen braudeliana del marxismo como "pueblo de modelos", hoy preferiría sustituirla por una analogía con la metáfora de Wittgenstein que permite pensarlo como "una caja de herramienta". El marxismo como caja de herramientas significa que se rechazan de él todos los aspectos totalizadores y que remiten a priori a cualquier tipo de centralidad ontológica, así como los que evocan dialécticamente el mito de los orígenes. Igualmente, requiere que se tornen lícitamente cuestionables en su interior los conceptos que afirman la neutralidad de la técnica o celebran la metafísica del trabajo, puesto que en ellos el capitalismo ha maximizado su potencia autocatalizadora para desplegar *por doquier* el rostro implacable de lo Mismo. El marxismo como caja de herramientas implica asimismo una *actitud* hacia la propia teoría, que recomienda abandonar el gesto reverencial que se profesa ante los lenguajes religiosos, para operar con las ideas con la misma infinidad seriedad con que juegan los niños. Sería deseable por fin que este descentramiento teórico implicara también una práctica moral muy atenta hacia nuestros propios fascismos, ejercidos así sea en esos espacios de soberanías sometidas en los que aún desplegamos nuestras propias furias. El marxismo, entonces, no como sistema totalizador y sagrado, sino como un conjunto de instrumentos que aún pueden servir para el ejercicio de las luchas y la comprensión de lo real debería plantearse en sus límites el tema de aquella remoralización de la política de que hace pocos años hablara Habermas, tarea íntimamente vinculada con el ideal de un socialismo democrático y por ende con la descentralización de los poderes.

3. "Siempre hay que estar con los oprimidos, pero sin ovidar que están hechos del mismo barro que los opresores" (Cioran)

Dicha remoralización requiere un vaciamiento de la esfera administrada por los profesionales del poder y el combate contra el mito por ellos alentado que repite monótonamente que "donde está la política no está la moral". Pero en un mundo que se ha revelado como un pluriverso y donde la democracia se define por la afirmación de la diferencia, debe quedar claro que nunca se trata solamente de una lucha contra "hombres" ni contra un poder flotante, sino contra una síntesis de sujetos sociales, poderes y aparatos. Hay que pensar a la política —y sus formaciones organizativas particulares: movimiento, partido, etc.— como una de esas maquinarias, para ser concientes de que nada se consigue con cambiar al personal que administra los aparatos. Los obreros puestos a capataces, los libertarios adosados al dispositivo "comité central", los presos colocados en la torre central del presidio, sólo pueden metamorfosearse en espléndidos cancerberos. Pero además de esta visualización de la política también puede servir como forma de rechazo de todas las ideologías inmediatas del retorno (a la naturaleza, al preneolítico, a la interioridad) puesto que hoy la pregunta no reside en si es deseable sino si es posible desarmar esos mecanismos productores de autoritarismo que actualmente reticular las sociedades del Este y del Oeste. En síntesis es preciso remoralizar las políticas para desconfiar del centralismo de la política.

Como no sabemos ni qué es ni cómo funciona el poder —sino que sólo percibimos sus efectos de superficie—, las soluciones para estas interrogantes están por inventarse, aun cuando ciertos movimientos sociales —que no se sabe a veces si son los fragmentos descompuestos de un mundo que decae o las fulguraciones del que nace— podrían indicar que dichas respuestas están siendo inventadas bajo nuestros ojos, sin que seamos demasiado capaces de percibirlo. Por ahora, y con Nietzsche, sólo podemos preguntarnos: cuando todos los poderes sojuzgados creen las condiciones para esa máxima expansión de la democracia que algunos llaman "la política del deseo", entonces vendrá... ¿qué es lo que vendrá entonces?...

Podrá objetarse lapidariamente que éste es un planteamiento pequeñoburgués y, como

EL CAPITAL volumen 8 (tomo III)

Karl Marx

CONTRIBUCIÓN A LA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

Karl Marx

CORRESPONDENCIA 1868-1895

K. Marx/N. Danielsón/F. Engels

LA CUESTIÓN NACIONAL Y LA FORMACIÓN DE LOS ESTADOS

K. Marx/F. Engels
(PP 69)

CONTRIBUCIÓN A LA DINÁMICA DEL CAPITALISMO TARDÍO

Natalie Moszkowska
(PP 91)

TEORÍA MARXISTA DE LA POLÍTICA

Giacomo Marramao y otros
(PP 89)

LA CRISIS DEL CAPITALISMO EN LOS AÑOS VEINTE

Fernando Claudín y otros
(PP 85)

SIGLO XXI EDITORES:

Av. Cerro del Agua 248

México 20, D.F.

Distribuidora en

Guadalajara: Federalismo

Sur 958, Guadalajara, Jal.



se sabe, ni aun la ideología de un esclavócrata merecería una mayor condena política en los códigos de la izquierda. Pero justamente en este tipo de neutralizaciones del discurso quisiera detenerme para marcar en ellas una de las estrategias antidemocráticas más difundidas. Vemos así como actualmente una buena parte de la izquierda les antepone a los polacos la condición de que sean socialistas para mostrarse dispuestos a escucharlos —es decir, a concederle eficacia a su discurso—, escamoteando de paso las razones que los polacos pueden tener para desconfiar del socialismo que conocieron. Análogamente, otros de nuestros compatriotas sólo están preparados a prestar sus oídos a quienes manifiesten no ser antiperonistas, negando así el derecho que muchos de ellos —no precisamente "oligarcas"— reclaman para ver el país desde otra perspectiva, y prescindiendo de otros que durante ciertos tiempos se encontraron apretujados entre la alternativa de la genuflexión o del antiperonismo. Otra táctica represiva de la palabra de los demás es la que autoproclama la importancia de lo que expresa porque —dice— no se trata de un problema "meramente" teórico sino "fundamentalmente político", cuando si hay algo hoy que no es del orden de lo "meramente" es todo aquello que escapa a las mallas de la política tradicional. Un recurso tradicional de estas estrategias silenciadoras es el que se refugia en las aguas inefables de "lo popular",

para extraer de ese "suelo candoroso" las potencias verificadoras de algunas proposiciones donde al final sólo se descubre lo que ya se había puesto al principio.

En este último aspecto, así como aprendimos a impugnar la imagen iluminista que proclama la omnipotencia de los saberes, hay que desconfiar de la cantinela de "con el pueblo y los cantos vendrán solos". En este sentido, parecen retornar los tiempos en que resulta necesario luchar por lo evidente. Es cierto que uno ha aprendido a desconfiar de sus propias evidencias, porque sabe que si algunas certezas han producido los autoritarismos más deleznable, en cambio el escepticismo se ha revelado al menos más permisivo. Y no obstante, me parece evidente que una comprensión de nuestro inmediato pasado tiene que partir de la afirmación de Gettino cuando, sobre el reconocimiento de la derrota, expresa que "en este cuadro el peronismo es mayormente responsable porque era el eje y la conducción de un proyecto popular [...] Por lo tanto, a nosotros, como peronistas, nos cabe la responsabilidad principal". Este tipo de evidencias reprimidas son las únicas que nos permitirán combatir a esa táctica de la manipulación que llamaré "de la simultaneidad ambigua". Una de las formas de su ejercicio es la que practican quienes, por ejemplo, valoran al mismo nivel y simultáneamente a Fidel Castro y a Solidaridad, cuando es público que el dirigente cubano justificó

ex ante la intervención soviética en Polonia. Y los que, en otro ejemplo, implementan una idéntica estrategia al reivindicar al mismo tiempo a Isabel Perón y a las víctimas de la Triple A, con la cual se supone sin demasiadas suspicacias que el lopezreguismo tuvo tanto que ver como Isabel Perón con el lopezreguismo.

4. "Lejos de ti transcurre la historia mundial; la historia mundial de tu alma" (Kafka)

Lejos, porque no hay dudas de que el centro de las luchas en esa otra geografía que nosotros —huérfanos quizá de alternativas viables— abandonamos para preservar la vida o escapar a un terror que se nos tornaba insoportable. Pero no quisiera que aquella desordenada enumeración de algunos mecanismos de esa subalterna "voluntad de saber" que dibuja el perfil de nuestros propios stalinismos pudiera ocultar la barbarie mayúscula que en una medida que aún no podemos precisar ha cortado en dos el hilo vital de un sector significativo de la sociedad argentina. Ese terror oficial también nos propone una imagen perspectivística de nuestro país. Adorno decía que después de Auschwitz toda la cultura alemana no valía ni una cagada de perro. Aun aceptando la diversidad considerable de las respectivas barbaries —pero ¿cómo cuantificarlas?—, quisiera preguntarme: qué valen ciertos valores, costumbres y orgullos nacionales después de La Perla y los demás campos de tortura y exterminio argentinos. Al leer los testimonios que rescatan una parte ínfima pero visceral de ese escarnio, uno se pregunta cómo se ve la Argentina desde la perspectiva de uno de esos mataderos donde toda la dignidad humana parece haberse refugiado en unos cuerpos doloridos y alucinados a los que hoy algunos sólo quieren concederles —otra vez— el derecho a la palabra o al silencio —a las pobres palabras que emiten o retienen como el sentido mismo de sus vidas— si han permanecido "incólumes" ante el enigma, sin darnos cuenta de que el enemigo también éramos nosotros, es decir, nuestros propios sueños y la ignorancia de las fuerzas reales que motorizan los cambios sociales. Es preciso, entonces, no analizar el terrorismo —ese espacio de restitución ilusoria de lo privado en el mundo de la transparencia burguesa— desde el amoralismo de la política, para no recaer en esa afirmación del consejo directivo de la UOM —que otras fuerzas políticas argentinas comparten— donde, colocándola en el mismo nivel de enfrentamiento con el lopezreguismo, se estampa —como un ayudamemoria para militares desagradecidos— que "hemos sido principales protagonistas de la victoria sobre la subversión". ¿Cómo puede escribirse eso cuando dicha derrota implicó la muerte no sólo de utopías, sino de miles de cuerpos triturados entre los que estaban una buena parte de quienes pretendieron erróneamente construir un mundo más digno también para aquellos que hoy reclaman su porción en el festín de la victoria?

Sí, es preciso mirar a nuestra patria también desde los campos de tortura y exterminio, desde esos espacios sin gloria donde se lucha en los límites de la muerte, es decir, en la avidez por la vida. También hay que juzgar a toda nuestra cultura desde el error de la locura entonando en las horas blancas de los tormentos sin fin para reconocer que ésa es nuestra barbarie, una especie de contracara purulenta de todo aquello que resiste. "Eso" que resiste es "lo popular", que junto con otras partes fascistas vive en cada uno de nosotros y en los pueblos. Eso —que tal vez sea del orden de lo no decible porque es una suerte de suelo desde el que actuamos (e incurro en la inefabilidad que criticaba)—, eso es lo que permite resistir desde hace siglos a algunas comunidades indígenas americanas, a un disidente soviético, a un negro estado-unidense, a un cubano frente al imperialismo norteamericano —pero también a un homosexual cubano ante el artículo 350 del Código de Defensa Social de su país—, y también —entre tantos otros— a los compatriotas que, en el instante mismo en que escribo, continúan siendo capaces de arrebatarle a la dictadura esas esferas de dignidad sin las cuales resulta inimaginable un renacimiento de la democracia argentina. ●

DISCUSIÓN CRÍTICA

América Latina como una unidad problemática

José Aricó

La primera dificultad con que se enfrenta una tentativa de reconstrucción de las características distintivas del marxismo en América Latina reside en el propio campo geográfico presupuesto en el análisis. ¿Hasta qué punto las diversas formaciones sociales latinoamericanas constituyen un conjunto único posible de identificar con tal categoría? La presencia en la historia de nuestros pueblos de una civilización, una lengua, una religión, un pasado comunes, ¿son suficientes para definir un complejo social único, con una identidad propia, de una fuerza tal como para que se imponga por sobre las profundas diferencias surgidas en más de siglo y medio de vida independiente de los estados nacionales que la integran? ¿Puede sostenerse con razones valederas la presencia continental de una suerte de comunidad de destino (en el sentido bauberiano) que unifique en un todo abarcable y definible una realidad indiscutiblemente diferenciada? Una respuesta positiva a estas preguntas, que menosprecie sus niveles de problematización, conlleva el riesgo de conducir el análisis hacia el peligroso terreno de una tipologización de corte sociológico que destruye o silencia el tejido "nacional" en el que las historias diferenciadas de las clases obreras y populares latinoamericanas se constituyeron como tales. Pero el camino alternativo de enfatizar las singularidades históricas y sociológicas de cada uno de los países que conforman ese no siempre claramente definible mundo de naciones que es nuestro continente no acierta a explicar las razones de la permanencia del problema, el por qué de la pertinaz reiteración de la temática de la unidad latinoamericana. De un modo u otro la existencia de un sentimiento latinoamericano en estado virtual o latente nos habla, sin duda, de algo más fuerte que un mero dato de la geografía o de la historia y que nos remite a un patrimonio de experiencias comunes instalado en el inconsciente colectivo. El hecho de que este sentimiento de pertenencia haya reconocido históricamente momentos de virtualidad y de latencia indica, sin embargo, que ese conjunto histórico-social ambiguo y polivalente sufre procesos de constitución y de desconstitución, momentos de vida intencionalmente colectiva y unitaria y momentos de desintegración y ofuscamiento del espíritu continentalista.

La problematización de la categoría "América Latina" encuentra así su fundamento y su explicación en su necesidad de dar cuenta de una realidad no preconstituida sino en formación cuya morfología concreta no puede ser concebida como la "mundanización" de un apriori, sino como un producto histórico en prolongado proceso de constitución, pero que puede ser posible como tal por la presencia de un terreno histórico común que se remonta a una matriz contradictoria, pero única. El carácter asumido por la colonización europea y luego por la guerra de independencia, la decisiva impronta que las estructuras coloniales dejaron en herencia a las repúblicas latinoamericanas sin que éstas pudieran aún hoy superarla del todo; el fenómeno común de la inclusión masiva en un mercado mundial que las colocó en una situación de dependencia económica y financiera de las economías capitalistas de los países centrales; el papel excepcional desempeñado en nuestros países por los intelectuales en cuanto suscitadores y organizadores de una problemática ideológica y cultural común; las luchas que las clases populares, con todo lo de ambiguo y diferenciado según las épocas históricas que tiene la expresión, entablaron por conquistar para cada uno de sus países y para todos en su conjunto un espacio "nacional" y "continental"

propio, una real y efectiva independencia nacional, son todos elementos que contribuyen a mostrar la presencia de esta matriz única sobre la que se funda la posibilidad del concepto.

De todas maneras, y aun reconociendo la existencia de un filón latinoamericanista que en determinados momentos emergió con fuerte densidad histórica y con capacidad aglutinadora (la guerra de independencia, el proyecto bolivariano, el antiperonismo de fuerte tono anticapitalista de comienzos de siglo, el redescubrimiento de la unidad continental bajo la envoltura de la Reforma universitaria de los años veinte, el viraje latinoamericanista como producto de la fulgurante experiencia de la revolución cubana en los años sesenta), la imposibilidad de definir con nitidez la condición "latinoamericana" de nuestros pueblos remite a un problema más general cuya dilucidación tuvo profundas implicaciones sobre la "difusión" del marxismo en un contexto histórico diferente de aquel en que se constituyó como doctrina, y sobre el carácter que adoptó en algunas tentativas de recomposición teórica y política.

Para decirlo en pocas palabras, el problema surgía por la ubicación anómala de nuestra región en ese mundo dividido y cada vez más diferenciado entre los países capitalistas modernos y aquellos otros definidos como coloniales y atrasados que desde el advenimiento del imperialismo, en las últimas décadas del siglo pasado, se abre paso con una fuerza incontrastable. La condición periférica ni central del subcontinente; la autonomía de sus formas estatales y la ausencia de dominación política directa por parte de los países centrales conquistada por la mayoría de las naciones latinoamericanas ya desde la guerra de independencia; la existencia de fuertes movimientos nacionales y populares orientados a la conquista de un espacio "nacional" propio; el elevado grado de organización institucional, ideológica y política de las clases gobernantes en países que, como Chile, Argentina y Uruguay, por ejemplo, reproducían con bastante fidelidad procesos ya conocidos en Europa de construcción de ciertos estados nacionales; el carácter netamente capitalista de la evolución económico-social, política y cultural de la mayoría de los países, indican la existencia de características distintivas que no permiten una identificación simplista con ese mundo asiático o africano que la Tercera Internacional clasificó genéricamente como "países coloniales y semicoloniales". Más bien admiten una aproximación a Europa, a esa Europa de "capitalismo periférico" que Gramsci ejemplificaba con los casos de Italia, España, Polonia y Portugal, y en los que la articulación entre sociedad y estado estaba fuertemente signada por la presencia de un variadísimo espectro de clases intermedias "que quieren, y en cierta medida logran, llevar una política propia, con ideologías que a menudo influyen sobre vastos estratos del proletariado, pero que tienen una particular sugestión sobre las masas campesinas".²

Una diferenciación neta del mundo oriental y una búsqueda de identidad en la proximidad de Europa comporta, no obstante, un riesgo que el pensamiento social latinoamericano no ha logrado todavía hoy sortear con éxito, aunque la crisis de las formas teóricas de su resolución haya permitido alcanzar en el presente una aguda conciencia de la imposibilidad de resolver el problema en los términos en que históricamente se planteó. El riesgo está en que en la misma idea de "aproximación" subyace implícita la posibilidad de desplazar la comparación del terreno hasta cierto punto

exterior de una semejanza hacia una relación más interna, más estructural, de identidad fundante de una evolución capaz de suturar en un futuro previsible los desniveles existentes. Al aproximarnos a Europa es lógico que acabáramos por pensar a nuestras sociedades como formando parte de una realidad destinada inexorablemente a devenir Europa. En tal caso, nuestra anomalía no requeriría de un sitio propio en la clasificación, puesto que sólo indicaría una atipicidad transitoria, una desviación de un esquema hipostatizado de capitalismo y de relaciones entre las clases adoptado como modelo "clásico". Pero en la medida en que un razonamiento análogo es por su propia naturaleza de carácter hipotético, o para decirlo de otro modo, contrafáctico, las interpretaciones basadas en la identidad de América con Europa, o más en general con Occidente, no representaban en realidad sino transfiguraciones ideológicas de propuestas políticas modernizantes. La dilucidación del carácter histórico de las sociedades latinoamericanas, como señala agudamente Chiaramonte, constituirá "una suerte de preámbulo al análisis del problema de su transformación";³ en el fondo, y no siempre claramente explicitado, era el aspecto teórico del abordaje de un problema de naturaleza esencialmente política. No interesaba tanto la realidad efectiva como la estrategia a implementar para modificarla en un sentido previamente establecido.

Prácticamente desde el inicio de la vida independiente de sus naciones, la especificidad latinoamericana fue definida por los historiadores y políticos de la región —funciones ambas que no por casualidad fueron cumplidas en buena parte y hasta avanzado el siglo XX por los mismos individuos— en forma negativa, como una herencia colonial a superar. Y esto explica que la investigación se orientara fundamentalmente a explicar las razones de las desviaciones con respecto a un patrón de normalidad idealizado y que encontró en la historia distintos sitios de representación. Aunque Inglaterra y Francia fueron en las primeras épocas los ejemplos paradigmáticos, acabaron siendo los Estados Unidos el espejo en el que las jóvenes repúblicas latinoamericanas dese-

DEBATE

REVISTA INTERNACIONAL MARXISTA

año 4, número 16, febrero-marzo de 1981.

Dirección: Revista Internacional Debate, c/o Librería Vecchia Talpa, Piazza dei Massimi 1/A, 00186, Roma, Italia.

Muros, bloques y ghettos

Comunismo español:

Bien venga la crisis!

Comunismo mexicano:

Esto es hablar, compañeros

Oposición sindical brasileña:

Partido obrero o sindicato

apolítico?

Debate conversa con Lula

Da Silva y Jacob Bittar

CGIL italiana:

Debate entrevista a

Rinaldo Scheda de la

secretaría nacional de

la CGIL

Dossier Medio Oriente

Introducción a la novela

policial

de Osvaldo Soriano

libros discos arte café
gandhi
m.a. de quevedo 128 / 548-1990

HEMOS RECIBIDO NUEVOS
LIBROS DE ARGENTINA

(de historia, de política y
algunas novelas)

Están carísimos, pero, como
ustedes saben, Argentina
sufrir los efectos de una
gravísima crisis (cuyas
causas y efectos son
comentados en este número
de CONTROVERSIA), que
repercute también en el
precio de los libros.

A pesar de todo, siguen estando
más baratos que en ninguna otra librería

gandhi más libros por su dinero

ron reflejarse. Y esto por el hecho de que esa gran nación "americana" graficaba de manera incontrovertible cómo una diversidad de origen podía conducir a un país americano a una diversidad de destino. Y aunque la reacción modernista cuestione a comienzos de siglo el materialismo utilitario y maquinizado que pervirtió la democracia tocquevilliana, no lo hacía para descalificar el ejemplo sino para asignar a la herencia cultural grecolatina y cristiana de América Latina la función de completarlo en una síntesis ideal confiada a los resultados del progreso evolutivo.

La ruptura del orden colonial fragmentó el vasto patrimonio de la historia cultural de nuestros pueblos haciendo emerger la pregunta por una identidad que no aparecía claramente inscrita en la lógica de hechos totalmente nuevos, contradictorios y, las más de las veces, desalentadores. El debate en pro o en contra de Europa no podía dejar de fundarse en proyectos o exigencias que encontraban su referente en la propia historia europea. Y si las corrientes liberales y democráticas propugnaban transformaciones que permitieran la conquista de la civilización, del progreso y de la libertad que visualizaban en las naciones capitalistas modernas, aquellas otras corrientes de raíz conservadora pugnaban por el mantenimiento o la reconquista de estructuras económico-sociales y de poder alejadas del materialismo, de la ausencia de solidaridad, de proletarización de las masas y de perversión de la vida humana, de desorden social y revoluciones, de la aparición de fenómenos aterrorizadores bajo las formas de socialismo, comunismo, anarquismo, ateísmo y nihilismo, que descubrían en aquellas mismas naciones y que veían insinuarse en sus propios países. Si para los primeros debía ser tomado como ejemplo el nuevo orden social iniciado en Europa con la Revolución francesa, y al que el terror provocado por la revolución de 1848 frenó en sus impulsos más radicales y democráticos sin anular sus tendencias liberales moderadas, para los segundos, en cambio, la adopción de formas políticas que remedaban el absolutismo y que se alimentaban de ideologías fuertemente conservadoras y autoritarias podía constituir el único dique de contención para la marea jacobina que amenazaba destruir al mundo. La discusión, por tanto, no versaba sobre el apoyo o el rechazo de Europa, sino sobre cuál época de su historia podía servir de fuente de inspiración y de modelo a seguir.

Colocados en esta perspectiva, la historia

del marxismo en América Latina puede ser analizada como formando parte de la historia de las diversas formulaciones teóricas y resoluciones prácticas que sucesivamente el pensamiento latinoamericano fue dando a este problema. Hecho que, bien mirado, constituye una demostración de cómo aun en sus momentos de mayor exterioridad el marxismo fue parte de nuestra realidad, aunque mostrara una evidente incapacidad para descifrarla en su conjunto y para convertirla —como postulaba Engels— en una expresión "originaria" de ella. Su suerte fue en buena parte la suerte corrida por todo el pensamiento latinoamericano, por lo que hablar como aún hoy se hace de su insuperable limitación "europeísta", pretendiendo de tal modo contraponerlo a otras corrientes de pensamiento no sé por qué razones exentas de tal estigma, no es sino una forma extravagante y caprichosa de desconocer que el pensamiento europeo fue en América Latina un presupuesto universal por todos reconocido para sistematizar de una manera racional cualquier tipo de reflexión sobre su naturaleza y sus características definitorias. Y fue ésta, sin duda, la razón que impulsó a una de las inteligencias más advertidas del problema a enfatizar, en la advertencia de un libro que signó una nueva estación del marxismo latinoamericano, que "no hay salvación para Indo-América sin la ciencia y el pensamiento europeos u occidentales".⁴

A partir de este reconocimiento es posible sostener que el camino recorrido por el marxismo en América Latina, desde el carácter preferentemente difusivo que como es lógico tuvo en sus inicios hasta las tentativas de recomposición de sus formas teóricas y de sus propuestas prácticas ensayadas a fines de los años veinte —cuando el debate entre José Carlos Mariátegui (1894-1930) y Víctor Raúl Haya de la Torre (1895-1979) hizo emerger por vez primera con rasgos diferenciados y logró describir en sus formas generales los problemas de la transformación que en estado práctico la revolución mexicana venía planteando desde 1910— debe ser visto no como un resultado necesario de las dificultades insuperables de una ideología congénitamente inadecuada para pensar una realidad *excentrica*, sino como el indicador de las limitaciones prácticas, y como consecuencia también teóricas, de ese movimiento real representado por las clases trabajadoras en proceso de constitución desde fines de siglo.

La herencia histórica del movimiento obrero, no importa cuál sea la orientación ideológica que finalmente en él predomine, es siempre la expresión compleja y contradictoria de las distintas fases de una lucha de clases que opera en el interior del tejido histórico en el que la clase obrera se constituye como tal, crece y se autoorganiza. En cuanto forma teórica de este movimiento real, las limitaciones e incapacidades del marxismo para abrirse paso en el interior de esta nueva realidad remiten a dos campos de problemas que en América Latina fueron abordados y resueltos en la teoría y en la práctica de modo tal que el resultado no fue, en modo alguno, el previsto. La visión tan cara a ciertas corrientes marxistas de una determinación "socialista" de la clase obrera fue contradicha por una realidad que, como tal, no podía dejar de cuestionar los presupuestos sobre los que dicha visión se fundaba. Si socialismo y movimiento obrero son aún hoy en Europa dos aspectos de una misma realidad —por más contradictorias y nacionalmente diferenciadas que se evidencien sus relaciones—, en América Latina constituyen dos historias paralelas que en contadas ocasiones se identificaron y que en la mayoría de los casos se mantuvieron ajenas y hasta opuestas entre sí. Ni la historia del socialismo latinoamericano resume la historia del movimiento obrero, ni la de éste encuentra plena expresión en aquélla.

Esos dos campos problemáticos a los que hicimos mención se refieren en esencia a la *forma teórica* en que el marxismo se introdujo y difundió en América Latina, y a la morfología concreta y diferenciada que tuvo en nuestra región el proceso de constitución de un proletariado "moderno". En nuestra opinión es el segundo campo de problemas el más importante y hasta cierto punto el decisivo, puesto que fija las condiciones y modalidades de los niveles globales de la lucha de clases y por tanto la forma de la teoría. Y no podemos dejar de recordar que es precisamente aquí donde el marxismo latinoamericano mostró una notable incapacidad analítica, de modo tal que en vez de representar las formas teóricas del proceso de construcción política de un movimiento social y transformador fue, en realidad, más un reflejo del movimiento o una filosofía de un modelo alternativo. Sin embargo, la naturaleza del presente trabajo nos obliga a analizar aquí el primero de los problemas referido a la forma teórica del marxismo latinoamericano.

[Primera parte del ensayo *El marxismo latinoamericano en los años de la III Internacional*, aún inédito.]

¹Las variaciones históricas en la designación de las naciones surgidas de la desintegración del imperio español —y portugués— muestran la existencia de esa dificultad en el mismo vocabulario. De modo tal que podríamos ensayar una reconstrucción histórica de la constitución del objeto histórico "América Latina" estudiando simplemente la variación de sus designaciones. Véase en tal sentido la síntesis que ofrezco en el cap. VII de *Marx y América Latina*, Lima, Cedepe, 1980, pp. 107-112.

²Antonio Gramsci, "Un esame della situazione italiana", en *La costruzione del partito comunista (1923-1926)*, Turín, Einaudi, 1971, p. 122. Sobre los recaudos a que obliga la utilización de esta categoría de "capitalismo periférico" véase las utilísimas consideraciones hechas por Juan Carlos Portantiero en *Los usos de Gramsci* (México, Folios Ediciones, 1981, pp. 123-132). Refiriéndose a los países latinoamericanos arriba mencionados, Portantiero destaca que más allá de los rasgos comunes que los aproximan a esas naciones europeas periféricas y de tardía maduración capitalista, en los primeros aparecen con mayor claridad que en las segundas el papel excepcional desempeñado por el estado y la política en la construcción de la sociedad. Aunque se trata de un estado —aclara— "que si bien intenta constituir la comunidad nacional no alcanza los grados de autonomía y soberanía de los modelos bismarckianos o bonapartistas" (op. cit., p. 127).

³José Carlos Chiaramonte, "El problema del tipo histórico de sociedad: crítica de sus supuestos", en *Historia y sociedad*, segunda época, núm. 5, 1975, p. 109. Es ese condicionante político el que explica su constante reiteración en la historia, en la medida en que su dilucidación era considerada como un presupuesto para decidir el tipo de transformaciones a encarar en el presente. Sin embargo, este condicionante político que en los historiadores de fines de siglo aparece claramente explicitado se obnubila por completo con la introducción de una perspectiva marxista. La aplicación inadecuada de los criterios metodológicos del pensamiento marxista a un objeto histórico cuya naturaleza intrínseca era apriorísticamente equiparada a la que permitió su elaboración y sus aplicaciones relevantes condució necesariamente a un error "que condicionó toda la historia de este problema y lo convirtió en un gran equívoco" (op. cit., p. 111).

⁴José Carlos Mariátegui, *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, en *Obras completas*, vol. 2, Lima, Biblioteca Amauta, 1977, p. 12.

POLEMICA (III)

Antes que sea demasiado tarde

Ricardo Nudelman

"En lo militar uno no puede guiarse por el principio de 'más vale tarde que nunca'. La predicción en los asuntos militares, particularmente cuando se toma en consideración una guerra nuclear potencial, debe corresponder absolutamente al principio de 'cuanto antes mejor'". A. S. Milovoidov, cit. en Soviet Military Strategy in Europe, J. Douglass, Pergamon, 1980, p. 169.

Hemos leído con verdadero interés el artículo de José Ricardo Eliashev publicado en el número 11-12 de *Controversia*, titulado "La europaranoia de su majestad". Creo útil y necesario el aporte de datos y documentos que cita Eliashev para conocer uno de los aspectos de la nueva carrera armamentista desatada entre las superpotencias.

Nadie puede menos que estremecerse al descubrir la cantidad de dinero invertida en el mejoramiento de las armas conocidas y en el desarrollo de otras nuevas. Y más cuando, paralelamente, se conocen otros datos que presentan, con su monstruosa frialdad, la realidad de una humanidad en gran parte hambrienta y enferma.

De todo este cúmulo de información que hoy podemos obtener, algunas de las más dramáticas, entresacadas del informe de la comisión presidida por Willy Brandt sobre problemas internacionales del desarrollo —conocido como "Informe Brandt"—, quiero recordar aquí solamente como introducción a los temas que luego abordaré.

Existen 800 millones de personas en el mundo que padecen hambre, hambre verdadera, y ese número aumenta constantemente si se tiene presente que cada cinco días un millón de seres se agrega a este ya superpoblado planeta. En el Tercer Mundo, la mitad de su población —dos mil millones de habitantes— es analfabeta, mil trescientos millones están mal nutridos y trescientos millones no tienen trabajo alguno. Frente a esto, se alza la aterradora cifra de 450.000 millones de dólares que los países invierten en un solo año para crear herramientas de muerte. ¡Casi un millón de dólares por minuto para acumular el poder de destrucción más grande que haya conocido la historia de la humanidad: tres mil toneladas de dinamita para cada habitante de la tierra!

Mientras tanto, solamente una ínfima parte de esos 450.000 millones de dólares se destina a la ayuda para el desarrollo: el 5%. Y ya en el vértigo de las cifras, señalemos a título de ejemplos, que 450 millones de dólares (el uno por mil de los gastos para la guerra) alcanzan para cubrir el presupuesto de la Organización Mundial de la Salud para combatir la malaria, y que con la mitad de las inversiones militares que realizan los países en un año, se podría financiar un programa de diez años para salud y alimentos en países en desarrollo.

Juguemos a las matemáticas mientras los tanques se multiplican

¿Pero por qué digo que el artículo de Eliashev es útil para conocer uno de los aspectos de la carrera armamentista? Obviamente, porque Eliashev deja de lado el jugoso aporte que la URSS ha venido haciendo, con creciente entusiasmo. Sobre esto, es a lo que voy a referirme en estas notas.

He tratado de rastrear, con la humildad de medios que dispongo, en las cifras que los soviéticos destinan para fines militares, pero he tropezado con un gran obstáculo: no las hay, son "top secret" (o como se diga en ruso). Y temo que Eliashev entonces se enoje, porque uno no acude a las fuentes originales, y no las cito, pero resulta que estos difusores blindados del socialismo no parecen estar de acuerdo con que una buena publicidad de sus gastos militares convencería a mucha gente de las bondades de su "defensa de la paz", y se empeñan con modestia en

ocultarlas. O en amañarlas. Y entonces debemos recurrir a fuentes espúreas, occidentales. Aunque serias.

Veamos algún ejemplo de lo que digo: como bien se sabe, el servicio militar en los EU es voluntario, de lo que puede deducirse que al personal militar, aun en los más bajos rangos, es necesario pagarles un sueldo que cubra sus necesidades (de lo cual se obtiene una sabrosa partida para el pago de salarios de estos mercenarios); en la URSS, en cambio, el servicio militar es obligatorio (considerado como deber hacia la patria y a la construcción del socialismo en diversos países), y el salario de un conscripto es, como siempre, ridículamente bajo: cuatro rublos al mes (1 rublo: 1.57 dólares según el cambio oficial, aunque en el mercado rojo es posible conseguir algunos rublos más por los mismos dólares), lo que permitiría a ese soldado beberse con su sueldo trece botellas de cerveza (nacional, por supuesto). Un coronel, en cambio, gana quinientos rublos, y los afortunados que llegan al grado de mariscal ganan dos mil. Como hay pocos mariscales y, en cambio, muchos soldados conscriptos, el presupuesto destinado a cubrir los salarios es definitivamente bajo. Comparar el mismo rublo en el caso de los EU y de la URSS sería un "juguetito matemático" poco realista (los datos figuran en la revista *Time* del 23 de junio de 1980).

Otro ejemplo: las pensiones por retiro o invalidez del personal militar en la URSS son pagadas por el Ministerio de Bienestar Social, y no por la Defensa. De igual manera, los transportes militares y los gastos erogados por ellos son abonados a las cuentas del Ministerio de Transportes. Y así de seguido (véase *The International Institute for Strategic Studies. The Military Balance 1980-1981*, Londres —en adelante será mencionado como *IISS*—, p. 10.).

¿Por qué horrorizarse que cada ciudadano norteamericano haya gastado 644 dólares —y no 870 como por un error cree Eliashev (*IISS*, p. 96)— para cubrir los gastos militares de su país, y callar el hecho de que los soviéticos no le andan por detrás sino, por el contrario, por delante? Ya en 1975 cada norteamericano gastó 417 dólares para sufragar los gastos militares, mientras que los soviéticos oblaban 490 dólares por barba (*IISS* cit.).

¿Por qué espantarse de la presencia de soldados norteamericanos fuera de su país, sin hacerlo también por la presencia de más de cien mil soldados rusos solamente en Afganistán, y un número mucho mayor en Europa oriental?

¿Por qué maldecir el aumento del presupuesto militar norteamericano y no sollozar por el descubrimiento de que cada cinco días se instala un nuevo cohete de tres cabezas nucleares SS-20 en algún lugar de Europa oriental o de la frontera con China, y que cada año veinte nuevos buques de guerra se integren a las flotas soviéticas de los siete mares? (*Time*, 23 de junio de 1980).

Pasemos revista a otros datos esforzadamente ocultos por el ministerio de propaganda soviético: en cinco años (desde 1974 hasta 1979) las tropas rusas crecieron de 3.4 millones a 4.4 millones de hombres; las armas estratégicas, de 450 a 2500; la aviación táctica, de 3500 a 4500 aviones; sus divisiones, de 148 a 170. El presupuesto militar soviético es, como ya dijimos, un secreto celosamente guardado, pero algunas informaciones que se

han filtrado en los últimos años quizás ayuden a comprender que la magnitud del horror abarca a ambas superpotencias. *Le Monde*, del 24 de enero de 1979, apuntó que durante ese año los soviéticos gastaron 146.000 millones de dólares que, a valores constantes de 1978, significaron el 45% más que lo gastado por los EU durante ese año. El *IISS* destaca (p. 96) que en 1979 el total destinado por la URSS para gastos militares fue de entre un 11 y un 13% del PNB, mientras que los EU destinaron el 5.2% del PNB de ese año. Los cálculos de la CIA no deben ser tomados al pie de la letra, pero conviene de cualquier manera dejarlos asentados: para 1980, informan que el gasto militar soviético se elevó del 13 al 18% del PNB (op. cit.).

Quizás sea conveniente también dejar señalado que el crecimiento de los gastos militares de la URSS con relación al producto bruto nacional no va acompañado con el crecimiento proporcional de éste, sino que, por el contrario, el descenso del crecimiento soviético se ha convertido en una constante de su economía: en 1973 el PBN creció el 7%, mientras que en 1979 el crecimiento fue solamente del 0.7%, y el de 1980 fue aún menor, el 0.5% (*The New York Times* —en adelante *NYT*—, 22 de febrero de 1981).

Es necesario tener presente también, no para justificarlos sino para explicarnos el constante aumento del presupuesto militar de los EU y comparar este dato con el de la URSS (que en la relación con los "aliados" goza de una situación, digamos, incomparable), que los EU han cubierto con su propia fuerza la debilidad relativa de las fuerzas militares de sus aliados europeos y del Japón. Y que a pesar de sus constantes esfuerzos, estos aliados se han mostrado renuentes a aumentar sus gastos de defensa, recostándose en el esfuerzo bélico norteamericano, orientando sus apetitos hacia otros rublos más productivos.

Cuadro 1. Porcentual de los gastos militares en relación al PNB-1979

EU	5.2%
Gran Bretaña	4.9%
Alemania Federal	3.3%
Japón	0.9%

Fuente: *IISS*, p. 96.

Por más de treinta años, desde una tercera parte hasta llegar a la actual mitad del presupuesto de defensa de los EU, ha sido dedicado, directa o indirectamente, a sus fuerzas estacionadas en Europa occidental para la prevención de una guerra convencional con las fuerzas del Pacto de Varsovia que, de cualquier manera, las superan holgadamente (véase *infra*, "Las fuerzas convencionales"). Se calcula que en el presupuesto de 1981 el costo de este rubro alcanzará los 81.000 millones de dólares, alrededor del 51% del presupuesto total de la defensa (véase *Foreign Affairs*, vol. 59, núm. 4, pp. 806 y 807).

Como puede apreciarse siguiendo estos datos, el horrible general Haig tiene sus razones para estar preocupado. Y si a todos nos produce escalofrío su declaración de que "hay cosas más importantes que la paz", pensamos que hay otros animales de su especie que abundan en las filas de la otra superpotencia. ¿O no fue el Ministro de Defensa, Dimitri Ustinov, quien declaró que "la URSS tiene la capacidad militar para complementar su política exterior"? (*Time*, 23 de junio de 1980). ¿O no fue el jefe adjunto de la sección de Información Internacional del CC del PCUS, Valentín Falin, quien recientemente dijo que "sería ingenuo creer que la URSS asistirá pasivamente al intento occidental de romper en su favor el actual equilibrio de fuerzas en Europa"? (*El Día*, México, 6 de mayo de 1981).

La armada invencible

Otro ejemplar de la misma subraza que Haig o que Ustinov, el comandante en jefe de la armada soviética, almirante Serguei Gorshkov, tranquilizó a los que se espantan por la presencia de fuerzas navales norteamericanas en los mares del mundo declarando que "la bandera de la flota soviética ondea sobre los océanos del mundo entero, y tarde o temprano los EU tendrán que reconocer que ya no son los dueños de los mares" (R. Nixon, *La verdadera guerra*, p. 223).

TITULOS RECIENTES DE FOLIOS EDICIONES

—LOS USOS DE GRAMSCI, de Juan Carlos Portantiero. Colección "El tiempo de la política", TP1.

—LA INTERVENCION INSTITUCIONAL, de F. Guattari, R. Lourau, y otros. Colección "Alternativas", AT1.

—MEMORIA, HISTORIA Y DIALOGO PSICOANALITICO, de Marie Langer, J. del Palacio y E. Guinsberg. Colección "Alternativas", AT2.

DE PROXIMA APARICION:

—FALSO TESTIMONIO, de Angel Bonifaz. Colección "Narrativa Latinoamericana", NL1.

—REAGAN, USA y LOS AÑOS 80, de José Ricardo Eliashev. Colección "Crisis y opciones", CO1.



Folios Ediciones,
Apartado Postal 20-744, México 20, D.F.

Mientras que la URSS se prepara mantener a mediados de los ochenta una flota de 775 unidades, los EU tendrán para entonces 525 buques (*op. cit.*, p. 224). Para lograrlo, los gastos destinados al equipamiento de la marina aumentaron en 1980 en un 25% más que durante el año anterior, mientras que para la investigación y el desarrollo de nuevas armas de dicha fuerza subieron, entre 1971 y 1980, una vez y media más que lo que dedicaron los EU en ese período (*NYT* 8 de febrero de 1981).

¿Para qué, si no es para la formación de una fuerza ofensiva, la URSS desarrolla con intensidad aplastantemente superior a la de los EU la botadura de submarinos nucleares equipados con cohetes intercontinentales de cabeza múltiple, de portaaviones gigantes, y bases navales y de reabastecimiento en puertos tan lejanos a sus costas como las que mantiene en Vietnam, en Angola, en Somalia, en Yemen del Sur? ¿Por qué, Elíashev, no nos horrorizamos también de esto?

Pongamos esto en claro: ningún país que solamente "se proteja de las agresiones externas" desarrolla una fuerza naval ofensiva como la que han logrado construir en tan pocos años los soviéticos. Ni esforzarse con tanto sacrificio para aprovechar las ventajas otorgadas por sus aliados, edificando bases fuera de su territorio. Nadie lo hace si no tiene fines netamente agresivos, de hegemonía mundial. No hay dudas, Elíashev: para mí, también la URSS es un imperio que tiene como objetivo el dominio del mundo, y habrá de usar, para lograrlo, de todos los medios posibles, incluso la guerra, sin reparar en el esfuerzo o en el daño que con ello cause.

Atomos para la guerra

La superioridad soviética en materia de transportes de armas nucleares fue lograda hace ya muchos años, cuando asombraron al mundo con sus éxitos en materia espacial. Para entonces no estaba claro para nadie, salvo para los estrategas norteamericanos, que los soviéticos habían tomado la ofensiva desarrollando misiles que tendrían rápida aplicación militar para el transporte de armas nucleares a largas distancias y para la colocación de las mismas en satélites, o de satélites espías en el espacio. Las dificultades que tenía la URSS por su bajo desarrollo tecnológico podría superarse a corto plazo, mientras que los norteamericanos tendrían que trabajar mucho para acortar la brecha que los separaba en el otro aspecto. Por ello, los EU debieron reconocer el error de haber dedicado tiempo, esfuerzos y dinero a la construcción de una aviación estratégica (bombarderos B-52 primero, y luego el proyecto B-1), mientras que los soviéticos desestimaban a su similar Tupolev, y se dedicaban a los misiles intercontinentales. Como bien dice C. Castoriadis en un reciente artículo: "La alternativa 'trigo o bomba H' ha sido resuelta por el Kremlin, clara y categóricamente, desde hace mucho tiempo" (*Vuelta*, México, noviembre de 1980).

Los gastos de la URSS para el desarrollo de su fuerza nuclear estratégica, entre 1971 y 1980 fue de 2 a 2/3 veces mayor que los de los EU. Y mientras los soviéticos siguen agitando las buenas conciencias contra la instalación de los nuevos misiles Pershing norteamericanos en Europa del oeste, que todavía no han sido instalados (y es posible pensar que la Francia de Mitterrand se oponga a ello), los rusos duplicaron en 1980 su despliegue de nuevos cohetes móviles (es decir, los que pueden transportarse de un lugar a otro, con las ventajas tácticas del caso) SS-20 de cabeza múltiple (con tres cabezas nucleares cada uno, y que pueden dirigirse contra objetivos distintos y situados a grandes distancias uno del otro) capaces de hacer blanco a 5120 kilómetros, esto es en cualquier punto de Europa occidental (y barrer sus instalaciones militares en 15 minutos sin peligro de contragolpe), y los otros a China. Para completar esta información, digamos que en 1981 tenían 220 baterías de SS-20 instaladas, aunque de cualquier manera, un alto jerarca soviético fanfarroneó recientemente que los SS-20 "no son, ni mucho menos, la máxima expresión de sus posibilidades técnicas" (*El Día*, 6 de mayo de 1981). ¿Qué nueva heramienta socialista de muerte estarán preparándonos los soviéticos?

Todos sabemos que no hace falta más que

una mínima parte de la capacidad nuclear que hoy existe en manos de los miembros del "Club Atómico" para destruir el mundo. Con lo que hay, unas 50 000 bombas atómicas, pueden desintegrar el planeta varias veces, aunque estoy convencido que con una sola vez bastaría. Y en esta síntesis del horror, baste este último dato: en la carrera con los EU, la URSS encabeza la tabla de posiciones con 7836 megatones contra 3253.

Y si en las fuerzas estratégicas la superioridad soviética es aplastante, no lo es menos en cuanto a las fuerzas convencionales, es decir, las no nucleares.

Cuadro 2. Comparación de las fuerzas convencionales

	EU	URSS
Grandes unidades navales de combate de superficie	173	289
Submarinos de ataque	81	257
	(nucleares: 74)	(nucleares: 91)
Aviones de combate	3.700	5.000
Tanques	10.900	50.000
Piezas de artillería	2.500	20.000

Fuente: IISS, p. 5-12.

Una disparidad proporcional se advierte en los posibles teatros de guerra. En Europa, por ejemplo, la distribución de fuerzas es como sigue:

Cuadro 3. Fuerzas estacionadas en Europa

	NATO	Pacto de Varsovia
Divisiones terrestres	71	97
Tanques	11.000	41.200
Aviones tácticos	3.171	8.300
Misiles	1.512	5.330

Fuente: IISS, p. 110 ss.

¿Tiene sentido, entonces, discutir sobre la paridad o disparidad que sobrevino a las discusiones SALT I, teniendo a la vista los esfuerzos soviéticos por aumentar sus reservas convencionales? "Aceptar la paridad de los armamentos nucleares requiere establecer también una paridad en el caso de los no nucleares. De otro modo, los tanques y la infantería soviéticos ganarán las guerras al amparo de la prohibición de los cohetes" (*The Economist*, 3 de enero de 1981). "Los dólares gastados por una y otra parte no aclaran si dos portaviones suplementarios pueden contrarrestar a cuatro divisiones suplementarias de los rusos" (Castoriadis, *op. cit.*).

La ética de los traficantes de armas

Todos hemos leído muchas veces sobre las enormes ganancias de los países occidentales en el tráfico de armas hacia los países del Tercer Mundo. Y nos horrorizamos sinceramente por ello, porque sabemos que el dinero utilizado para reprimir a nuestros pueblos es el que debería destinarse para alimentos, para educación, para salud o vivienda. Compartimos ese espanto, aunque lo extendemos a los nuevos traficantes de armas de la URSS, tan inmorales y carentes de ética como los occidentales. Veamos algunos datos: la URSS exportó a 22 países de África armas por 2340 millones de dólares entre 1973 y 1978 (*Der Spiegel*, reproducido en *Excelsior*, México, 9 de mayo de 1980). La exportación al conjunto de los países del Tercer Mundo por parte de la URSS fue de 3400 millones de dólares en 1976, mientras que en 1979 había aumentado a 8400 millones de dólares: una vez y media más en el curso de cuatro años. Si se suman las exportaciones de los otros países del Pacto de Varsovia a las efectuadas por la URSS, obtendremos la bagatela de 20700 millones de dólares entre 1973 y 1976. Solamente a Vietnam, la exportación de armas (que no son un regalo sino que deben ser prolijamente pagadas) ascendió a 2100 millones de dólares (*Pekin Informa*, núm. 10, 1981). Quizás estas cifras todavía no alcancen las sumas fabulosas que exportan los países occidentales, pero indudablemente habrán de hacerlo a corto plazo. Y para un país como la URSS, cuya deuda externa asciende a más de 80000 millones de dólares, no está mal.

Parece que si para los países capitalistas el tráfico de muerte no es moralmente objetable, a los llamados "socialistas" tampoco logra oprimirles el corazón. Y mucho menos implica una ética, cuando la política está por delante: después de la ruptura de Sadat con la URSS, en 1972, la India quiso vender repuestos de los cazas a reacción MIG fabricados por ella con licencia soviética. Y el gobierno de la India debió reconocer, tiempo después, que la URSS había bloqueado el suministro de piezas de repuesto para los cazas MIG-21 a Egipto, en el momento más difícil de su enfrentamiento con Israel (*International Herald Tribune*, 10 de marzo de 1976, reproducido en *Zona Abierta*, núm 17).

Sudáfrica vale su peso en oro

Un ejemplo de lo que venimos diciendo en cuanto a las necesidades de las dos superpotencias, y de que no habrán de reparar en medios para lograr sus objetivos estratégicos, lo encontramos en su actual disputa en torno a Sudáfrica. Y esto, a riesgo de que Elíashev se enoje porque un sudamericano se ocupe de lo que pasa en Sudáfrica.

Sudáfrica es, junto con el Golfo Pérsico y el estrecho de Malaca, uno de los "puntos calientes" estratégicos, en torno a los cuales habrán de producirse los mayores conflictos en los años venideros. Concentra una proporción considerable de materias primas estratégicas (cromo, vanadio, manganeso, platino) indispensables para el funcionamiento de varias industrias claves como la siderúrgica, la petroquímica y la aeronáutica. El único país fuera del África austral en donde existen reservas sustanciales de estos elementos es en la URSS, de las que ya son bien conocidas sus tácticas de retención, además de lo que es posible imaginar sobre cuál sería su actitud si la ruta de abastecimiento de Sudáfrica hacia Occidente fuera cortada (véase *Le Monde Diplomatique* en español, marzo de 1981). "Casi todo el cromo usado en los EU es importado, y más de la mitad proviene de la URSS y de Sudáfrica (todos sabemos que el cromo es necesario para la producción de acero inoxidable). Gran parte del manganeso usado en la producción de hierro y acero es importado, al igual que el cobalto, una materia prima clave en los motores jets".

Cuadro 4. Porcentaje de importación de materias primas

	EU	Europa	Japón
Bauxita	88	50	100
Níquel	61	90	95
Plomo	12	85	78
Cinc	60	74	63
Estaño	75	90	90

Fuente: *El Día*, México, 3 de abril de 1981.

Como podemos ver, Sudáfrica constituye para la industria norteamericana, europea y japonesa, una fuente de primer orden de materias primas estratégicas, sobre la que cualquier cambio en relación a su alineamiento produciría consecuencias imprevisibles. Por otra parte, la ruta del Atlántico sur, paso obligado de la mayor parte de las importaciones petroleras con destino a los EU y Canadá, es otro costado sensible en el que Sudáfrica constituye una pieza vital.

Por todo esto la defensa de Sudáfrica y de la ruta del Atlántico sur deben suponerse como puntos centrales en la estrategia militar del Pentágono. La revitalización del proyecto OTAS (Organización del Tratado del Atlántico Sur), que ya comentamos en *Controversia* 9-10, la inclusión de Argentina como primera figura en este proyecto, y la intensificación de la carrera armamentista en todo el Cono sur (que acrecienta los peligros de un choque armado en torno a cuestiones tales como el conflicto por las islas del canal de Beagle) son los hechos que motivan nuestra preocupación por las consecuencias de las disputas norteamericano-soviéticas en Sudáfrica. En resumen: Sudáfrica es una pieza maestra para la estrategia norteamericana, y como consecuencia también para la soviética (el conflicto racial, abundantemente propagandizado es, a mi entender, una cuestión secundaria en relación al conflicto estratégico de fondo).

Podríamos intentar explicaciones similares en torno a la intervención norteamericana en El Salvador, o de la construcción de bases de submarinos nucleares soviéticos en Yemen del Sur, pero creo suficiente con lo dicho.

Una fraterna invitación a pensar

Hemos dicho y repetimos: coincidimos con quien se alarme a la vista del rearme norteamericano, porque eso acrecienta el peligro de guerra. Pero consideramos que la crítica es incompleta cuando se desconoce que ese rearme abarca también a la URSS, cuyo nefasto papel en este rubro hemos tratado de presentar, con la modestia de datos que disponemos. Para mí, el horror no tiene colores ni banderas. Las dos superpotencias y sus aliados se han alineado para una disputa por el dominio del mundo, y me parece necesario denunciarlo al tiempo que apoyar la lucha de los pueblos que se encuentran sometidos a uno u otro dominio.

He dejado de creer, hace ya mucho tiempo, que la crítica a la URSS o al socialismo significa ubicarse automáticamente en las filas del anticomunismo. Miro lo que los EU han hecho con nuestros pueblos, pero no dejo de advertir, y más por ser argentino, lo que la URSS pretende hacer al remplazarlos. Si dejamos a la derecha la denuncia del expansionismo soviético, ella lo hará desde el anticomunismo.

Tampoco creo en eso de "zapatero a tus zapatos", que Elíashev le sugiere irrespetuosamente a Claudín. Ni en esa crítica a un sospechado "elitismo europeo", que se fija en Afganistán sin reparar en la presencia de tropas norteamericanas en España. Claudín, que no me necesita a mí como abogado defensor, reparó hace mucho tiempo en la presencia norteamericana en su país, y por eso se hizo comunista y luchó contra el imperialismo norteamericano bajo la dictadura franquista, sufrió cárcel, persecución y exilio por ello. Todo esto Elíashev lo sabe, leyó sus libros, y no es justo ni leal acusando a Claudín de ignorarlo, solamente porque Claudín advirtió la presencia soviética en Afganistán.

Nadie tiene derecho a inmiscuirse en los asuntos de otro país, por más requerimientos de "ayuda fraterna" que el gobierno "legítimo" de turno haga a la potencia "amiga", llámense Diem o Karmal. Ni aun por razones geopolíticas, como cínicamente lo reconoció Leonid Zamyatin (otro ejemplar de la calaña de los Haig), vocero de asuntos exteriores y miembro del CC del PCUS, cuando declaró que "los

¡El apocalipsis (expansionista) now!

Carlos Ábalo

Nota previa: los intelectuales, el cambalache y el expansionismo

El capitalismo está en crisis. Esta afirmación de ninguna manera es una novedad porque el marxismo la viene haciendo, por lo menos, desde hace setenta años. La cuestión estriba entonces en discutir la forma específica en que se va desenvolviendo la crisis, las repercusiones que ella tiene en los cambios sociales y en los estados no capitalistas y las perspectivas que la misma crisis abre al capitalismo. Las reflexiones que aquí iniciamos pretenden poner en relieve no los elementos generales constitutivos del proceso de la crisis general sino a sus aspectos político-estratégicos que se refieren a la lucha mundial por la hegemonía. No es posible analizar la crisis interna de un país cualquiera sin tener presente estas cuestiones. Sólo en el marco de las características específicas de esta fase de la crisis del capitalismo puede entenderse, en última instancia, el alcance del reordenamiento económico en la Argentina y sus variables estratégicas en política internacional o, en otro orden de cosas, la revolución social en América Central y la reacción intervencionista estadounidense, la rebelión política

intereses vitales de la URSS en Afganistán son ciertamente mayores que los de los EU, porque este país descansa en nuestra frontera sur, pero a miles de kilómetros de los EU" (*Newsweek*, 4 de febrero de 1980).

Es útil detenerse un momento más en eso que Elíashev llama "las bandas dispersas y generalmente reaccionarias" que resisten la invasión soviética en Afganistán, y también en las consecuencias de la noble y virtuosa acción de solidaridad proletaria de la URSS: dos millones de afganos refugiados en Pakistán e Irán, 100 000 soldados soviéticos utilizando napalm y bombas de fragmentación para combatir a los montañeses, más de 20 000 bajas en las filas invasoras, repugnantes luchas palaciegas, deserciones, etc. Panorámica que repite, como una trágica caricatura, la guerra de Vietnam. Y la comparación con Vietnam (que, aclaro, no es de mi exclusividad, porque ha sido utilizada por el Tribunal Permanente de los Pueblos que, en una reciente reunión en Estocolmo condenó la intervención rusa en Afganistán, calificándola como "agresión que infringe la Carta de las Naciones Unidas" (véase *Excelsior*, México, 6 de mayo de 1981) viene al caso porque, según entiendo, no hay ninguna posibilidad de especular con distinciones entre invasiones "justas" o resistencias "injustas".

Mientras Brezhnev cacarea: "Las relaciones entre los dos países (Afganistán-URSS) están basadas en los principios de igualdad, buena vecindad, amistad, respeto por la soberanía e integridad territorial" (*Excelsior*, México, 19 de agosto de 1980), la resistencia afgana lanza un llamado a la solidaridad internacional, que termina con esta frase conmovedora: "nuestra libertad estrangulada es también vuestra libertad amenazada" (*Le Nouvel Observateur*, 16 de junio de 1980). Recordemos esta frase, Elíashev, antes de reprochar a Claudín por mirar hacia Afganistán, o de exigirnos a los latinoamericanos que dediquemos nuestras angustias a Nicaragua o Guatemala, olvidándonos de las sospechosas relaciones privilegiadas del gobierno militar argentino con la URSS.

Perdón por la insistencia: la presencia de tropas extranjeras en cualquier país, sean norteamericanas, soviéticas o cubanas, y se hagan bajo la bandera de la defensa de la propiedad privada o de las conquistas del socialismo, es una intervención inadmisible que debe indignar en cualquier caso. O los pueblos resuelven sus luchas por su propio esfuerzo, o deberán después luchar por sa-

cudirse el yugo de su replazante.

Y esto se conecta con otro aspecto que, finalmente, quiero destacar dentro de este diálogo fraterno con Elíashev: la argumentación del artículo que comentamos lleva, según lo entiendo, a la aceptación de que el mundo está dividido en zonas de influencia, y esta fatalidad debe aceptarse como inevitable. Para este esquema, nosotros, latinoamericanos, debemos luchar contra el dominio norteamericano y dejar que los polacos, por ejemplo, se las arreglen con la URSS. Para Elíashev, "de este lado del Atlántico lo que nos interesa, lo que realmente nos importa, son los nuevos acontecimientos de Nicaragua y Granada, los cambios decisivos que se han operado en América Central, ninguno de los cuales tiene nada que ver con el inevitable mejoramiento del arsenal soviético". Y yo creo que no, que a todos nosotros debe interesarnos tanto el desarrollo de una Nicaragua libre del dominio norteamericano, pero libre de caer bajo la influencia soviética, como prevenir sobre el peligro de la presencia soviética en todos los mares del mundo, de bases, de proyectiles apuntando a otros países, de cien mil hombres resitidos en Afganistán. Elíashev pregunta: "¿no será ya hora de que vayamos diciendo que nosotros, en América Latina, no tenemos el gusto de conocer al expansionismo soviético?" Y esa pregunta, hecha por un argentino, parece cosa de burla. Para Elíashev la URSS tiene "una equivocada concepción" del gobierno argentino y una "debilidad para cordializar con aquellos gobiernos que significan momentáneos romances de intensidad comercial", galimatías que utiliza para ocultar el interés soviético por penetrar en una zona de conflicto como es el Cono Sur, además de la inmundicia de los halagos y medallas que suelen intercambiar el gobierno militar argentino y los comandantes del ejército de Lenin, y el amable diálogo epistolar de Brezhnev con motivo de la asunción del general Viola a la presidencia argentina. La pregunta de Elíashev, ¿no significa que habría que otorgar el mismo derecho de dudar de la existencia del imperialismo norteamericano a los obreros polacos de los astilleros de Gdansk, o a los montañeses afganos, o a los campesinos kampucheanos? Repito que, para mí, el horror no tiene banderas, y dejaría a Claudín, que desde hace muchos años tuvo el "gusto" de conocer al imperialismo norteamericano y sus cárceles, que penetre un poco más en el "gusto" de conocer al expansionismo soviético, antes de que sea demasiado tarde. ●

irracional aparece en medio de una reivindicación de la individualidad, que surge después de haber sufrido el desengaño de una propuesta política, y que esa reivindicación, en nuestro caso, es predominantemente intelectual. Por ese camino, el intelectual, al reivindicar su especificidad, puede concluir con que el mundo es un cambalache imposible de entender y que ni siquiera vale la pena intentar explicarlo, porque no serviría para nada (que es una idea que el lector podrá relacionar con alguna opinión publicada en esta revista). Estas reacciones desengañadas casi siempre provienen del extremo opuesto: el no demasiado lejano ejercicio acrítico del marxismo —que en su momento hizo a la mayoría de los intelectuales tributarios teóricos del estalinismo— conduce ahora al nihilismo indiferente en el cual todo es igual y nada es mejor. En estas notas intentamos demostrar que el aparente caos de la realidad sigue siendo posible de ordenar y de encontrarle una lógica no basada en la ética sino en la crítica del capitalismo. Para encontrarla no es necesario renunciar al marxismo. Basta con despojarse de todos los prejuicios que aún subsisten para la interpretación crítica del capitalismo y del "socialismo realmente existente", que en última instancia siguen teniendo su origen en la falta de una crítica a fondo de los fundamentos del estalinismo. Esa es nuestra hipótesis fundamental.

Por ese motivo, también, éstas serán una serie de notas, seguramente desordenadas. El punto de partida será un análisis no convencional del capitalismo actual, en que se pondrán de relieve los elementos constitutivos de las estrategias políticas. El objetivo es llegar a discutir el carácter del intervencio-

nismo contemporáneo, es decir el carácter del expansionismo imperialista y del intervencionismo en el mundo no capitalista. El propósito es, en todo caso, no igualar el carácter de todas las intervenciones sino precisamente buscar su explicación en el carácter específico de los sistemas políticos y sociales en que ellas se producen. Ya que uno de los temas de mayor polémica es la política internacional y los intervencionismos, entendemos que el punto de partida es la discusión de los principios estratégicos que rigen la política internacional. Por supuesto, esos principios no tienen su razón de ser en el maltrecho orden jurídico internacional sino en la organización de la economía y del poder en el mundo actual, lo cual tampoco es posible de entender si se buscan sus fundamentos exclusivamente en el cuerpo teórico del capitalismo o, menos aún, en el incipiente fundamento teórico del socialismo. Este es un intento por abordar la crisis del capitalismo y su respuesta en los sistemas no capitalistas desde el punto de vista de las estrategias que se da cada sistema para el presente y el futuro, como único punto de partida válido para entender la política internacional y para no hacer de ella un terreno caótico en el que se encuentran buenos y malos, o un escenario en el que las superpotencias ejercen sus perversas ansias de dominación, o —en el otro extremo— una simple y descarnada confrontación de la lucha entre la burguesía y el proletariado mundiales.

Nuestro plan es partir de una exposición general de la hegemonía en el mundo capitalista y la relación de éste con los países no capitalistas. Una vez efectuada esa consideración general, en otras oportunidades pasaremos al análisis de la disputa por la hegemonía política mundial en episodios más específicos, para abrir desde otro ángulo la discusión sobre el imperialismo estadounidense y el carácter de la política soviética dentro del bloque y fuera del mismo, así como frente a la República Popular China. Con respecto a la Argentina, digamos que éste puede ser el punto de partida apropiado para un nuevo examen de las relaciones frente a las dos superpotencias y el carácter de los vínculos con cada una de ellas.

No faltarán las burlas con respecto al intento abarcador. Digamos que el marxismo siempre fue una concepción integral del mundo, por lo menos en lo que atañe a la política y a las luchas sociales. Es posible que no hubiéramos abierto este flanco de la polémica de no haber sido por una reiteración de conceptos sobre la hegemonía y el expansionismo que juzgamos encarrados desde un punto de vista puramente moral y planificador.

Los poderosos norteamericanos y los disciplinados soviéticos

El largo período de expansión de la posguerra, desde el punto de vista de la hegemonía capitalista, estuvo marcado por dos fases: en la primera de ellas (1945-1965) la hegemonía correspondió en forma absoluta al capital estadounidense; en la segunda fase (1965-1973) la hegemonía de la gran burguesía estadounidense estuvo parcializada por la creciente influencia de las burguesías de Europa Occidental y Japón. La hegemonía incuestionable del primer período fue el resultado de la segunda guerra mundial, en la que la burguesía estadounidense derrotó no tanto a sus rivales en la guerra como a sus aliados británicos, cuyo imperio exigió desmembrar para conceder los préstamos que sostuvieron el esfuerzo bélico y la reconstrucción del capitalismo inglés. Hundido el imperio, desintegrada la zona de la libra, abiertas las fronteras de las colonias británicas a las mercancías y el capital estadounidense, la burguesía de aquel país fue sometida a la situación de socio menor de la de Estados Unidos.

No sucedió lo mismo en Europa Occidental y Japón, por consideraciones políticas y otro tipo de circunstancias. Las fuerzas de ocupación estadounidenses en Japón forzaron una modernización del estado y de la estructura económica a partir de una reforma agraria que ellos mismos decretaron contra el interés de la burguesía tradicionalista japonesa. El problema era allí evitar una explosión campesina y convertir a Japón en una muralla contra la expansión de la revolución

china. Japón, bajo el paraguas protector de Estados Unidos, reconstruyó su imperio en el Pacífico, que alcanzó especial desarrollo en Corea del Sur, Hong Kong y Malasia. La reconstrucción del imperio, las grandes reformas económicas iniciadas por los estadounidenses y el uso del poder del estado para proteger a la burguesía nacional de la expansión indiscriminada del capital estadounidense, sentaron las bases para una rápida reanudación del desarrollo del capitalismo autocentrado en Japón.

Después de la guerra, Europa Occidental recuperó parte de su influencia imperialista en África. La reconstitución del capitalismo se debió a la integración política de la clase obrera, la ayuda estadounidense y al crecimiento del mercado regional, que se fue configurando poco a poco como un mercado unificado. El capitalismo autocentrado resurgió en esos países por las reformas económicas, la magnitud del mercado y la necesidad política de la gran burguesía estadounidense de poner una valla al peligro que para ella significaba la expansión del comunismo. Japón contuvo la revolución en el extremo oriente; Europa Occidental, con su organización capitalista de posguerra, limitó el crecimiento de los partidos comunistas en esa área y obstaculizó indirectamente el crecimiento económico en la zona de influencia soviética. En Europa Occidental dicho proceso culminó con la creación del Mercado Común Europeo. Sólo en esas condiciones especiales, y sobre la base del capitalismo anteriormente existente, se pudieron generar capitalismo autocentrados en la posguerra, en una situación en que el mercado mundial ya estaba dominado por una burguesía imperialista hegemónica.

De la segunda guerra mundial surgió un sistema de países no capitalistas. A la Unión Soviética se le añadieron las naciones de Europa Oriental ocupadas por el ejército rojo más la revolución yugoslava, y más tarde, en Oriente, la República Popular China, Corea del Norte y Vietnam del Norte. Estados Unidos, mediante la intervención armada y el apoyo político, económico y logístico de Japón contuvo la expansión de estas dos últimas revoluciones hacia el sur. El intervencionismo tuvo que ser especialmente consecuente en Corea, donde la revolución tenía amplias bases de sustentación en el sur. La guerra de Corea sirvió también, en su momento, para amenazar la revolución china.

Estados Unidos, junto con sus aliados, estableció un cordón sanitario contra la expansión de la revolución y aun contra la aparición de regímenes nacionalistas. El intervencionismo de ese tipo fue constante y no sólo significó apoyo a los movimientos contrarrevolucionarios como el de Indonesia, la guerra de Vietnam y la de Corea, sino intervenciones directas o encubiertas en Guatemala, Santo Domingo, Líbano, Irak e Irán, para poner sólo algunos pocos ejemplos.

El punto de apoyo para la actividad directa contrarrevolucionaria mundial de Estados Unidos y a lo que luego se denominaría el intervencionismo soviético estuvo dado por los acuerdos suscritos al final de la guerra, especialmente el de Yalta. El poder militar de Estados Unidos tenía, al final de la guerra, un solo poder militar rival, el de la Unión Soviética. A la vez, la Unión Soviética surgía de la guerra como eje de un sistema de naciones no capitalistas. En los acuerdos mencionados quedó establecido la institucionalización del nuevo sistema no capitalista y el derecho de la Unión Soviética a defenderlo o, en los hechos, a considerarlo como una esfera de influencia propia o un colchón defensivo alrededor de sus fronteras con el mundo capitalista. En los hechos, Estados Unidos se adjudicó el resto del mundo como zona de influencia propia, tomó la iniciativa de crear organizaciones militares defensivas contra la Unión Soviética, empezando por la Organización del Tratado del Atlántico Norte (que después llevó a su contrapartida, la formación del Pacto de Varsovia) y a intervenir directamente contra situaciones revolucionarias o de mínimo cambio social en cualquier parte del mundo fuera de lo que dio en llamarse el bloque soviético.

La actitud de la Unión Soviética se deriva directamente de la concepción estalinista del socialismo en un solo país. Antes de la

segunda guerra, el socialismo en un solo país significaba exclusivamente que el socialismo podía establecerse en un marco nacional, por lo que podía organizarse en un solo país aislado. En los hechos, después de la segunda guerra, eso significó que el socialismo podía construirse en el mundo a partir de la Unión Soviética, por lo que resultaba necesario subordinar cualquier política revolucionaria a la defensa del territorio soviético. Ello requería, también en los hechos, un control del movimiento revolucionario por parte de la Unión Soviética y, por otro lado, la plena participación de ésta en las relaciones políticas y económicas internacionales del mundo capitalista, lo cual hacía necesario una coexistencia pacífica entre los dos sistemas.

Las hipótesis implícitas de esta teoría son: 1] no existe un mercado mundial único, sino dos mercados, el capitalista y el socialista, y aunque ambos se superpongan parcialmente, el segundo puede atraer muchas transacciones de los países capitalistas, fortalecerse y llegar a ser un rival del otro; 2] el desarrollo capitalista conduce a un movimiento contradictorio de los capitales de carácter centrípeto (integración) y centrífugo (dispersión). En los mercados nacionales prevalece el primero, pero en el mercado internacional es importante el segundo.¹ De esa manera, los monopolios capitalistas tienden a pelearse entre sí y es posible valerse de esa contradicción para enfrentar al capitalismo más fuerte y más concentrado. Este fundamento, que guió la estrategia estalinista en la segunda guerra mundial, y que suponía que las potencias imperialistas iban a ir a la guerra entre sí por los mercados y que esta contradicción se iba a superponer momentáneamente a la contradicción con el sistema social contrapuesto, posibilitaría la división del frente imperialista y el debilitamiento del mismo a través de una alianza entre el país socialista y uno de los bloques capitalistas rivales en el período 1939-1945; 3] el mercado socialista y el sistema de países socialista pueden fortalecerse con esas contradicciones y crecer mediante su intervención activa en el comercio, para lo cual es indispensable la coexistencia pacífica. Así se puede llegar a superar al imperialismo dominante. A partir de ese momento, el eje de atracción mundial va a ser el socialismo; 4] por último, este desarrollo muestra que existen capitalismo democrático o burguesías nacionales en desarrollo que pueden integrarse al mercado socialista o ampliar su colaboración con el mismo. De ahí que sea preferible un curso pacífico democrático-burgués antes que un desarrollo revolucionario incierto en países situados lejos de las fronteras de la Unión Soviética.

La aplicación consecuente de esta política hizo que la Unión Soviética, a partir de los tratados de la posguerra, se atuviera estrictamente al control de su esfera de influencia y sólo dentro de esas fronteras hubo situaciones de intervención de sus tropas. Las muy contadas excepciones no pasaron de amenazas verbales, salvo en un solo y único caso: el de Afganistán, que provocó una reacción descomunal en Occidente precisamente porque, por primera vez, las tropas soviéticas salieron del límite establecido en aquellos tratados. Para hacerlo, existían acuerdos previos con el gobierno afgano, de la misma manera que existe un tratado con Irán, de 1921, que permite el ingreso de tropas soviéticas en ese territorio si estuviera en cuestión la seguridad de la frontera con ese país.

En una próxima oportunidad daremos la lista completa de esas intervenciones y de las provocadas por Estados Unidos. Digamos que, fuera de su radio de influencia, la Unión Soviética en muchos casos apoyó política o moralmente, o con venta o envío de armas a procesos revolucionarios nacionalistas o socialistas, pero en ningún caso hubo intervención directa. El caso más notable es el de Cuba, que hizo la revolución por su cuenta, y si bien recibió posteriormente un apoyo económico decisivo por parte de la Unión Soviética, este país se resistió durante largo tiempo a reconocer el carácter socialista de la revolución cubana y Cuba tuvo que forzar ese reconocimiento prácticamente trepándose al carro del bloque socialista, cuando ya se había registrado una

intervención militar estadounidense contra su territorio. Aún hoy Cuba forma parte del denominado mercado socialista, pero no del Pacto de Varsovia.

El truquito soviético en Vietnam

Entre los países capitalistas, el período de hegemonía absoluta de Estados Unidos concluyó a mediados de los años sesenta. Desde 1965 hasta 1973 puede decirse que Estados Unidos mantuvo su primacía relativa, pero ésta ya no era absoluta. Las ventajas de la burguesía estadounidense estaban determinadas por la amplitud de su mercado y el alcance internacional de sus corporaciones, lo que facilitaba la autofinanciación, la asunción de riesgos, la investigación y la renovación tecnológica y la disponibilidad de créditos. Pese a ello, debido a avances comparativos más lentos en la productividad, al mayor costo salarial y al peso de la carrera armamentista, se redujo su capacidad competitiva en el mercado mundial en favor de las burguesías de Europa occidental y de Japón. En Europa, por su parte, se produjo una creciente integración de las organizaciones obreras al estado burgués y un incremento del nacionalismo en la clase obrera, al mismo tiempo que crecía la conciencia empresarial en favor de la internacionalización de las empresas. Las exportaciones de capital, los gastos militares y la ayuda externa terminaron debilitando el dólar y se desencadenó la crisis monetaria. El retraso competitivo de Estados Unidos y la crisis del dólar se acentuaron por los efectos de la guerra de Vietnam. Da la impresión que la estrategia soviética fue, en este caso, la de prolongar el conflicto de Vietnam mediante una lenta resolución bélica, para contribuir a debilitar a la economía estadounidense y propiciar el ascenso relativo de Europa occidental y Japón, como una manera de favorecer el policentrismo capitalista.

Sin embargo, el debilitamiento relativo de la superpotencia capitalista no fue exclusivo. El bloque soviético se resquebrajó. A la exclusión de Yugoslavia siguió el cisma chino y albanés y la adopción de políticas económicas y exteriores más independientes por parte de otros países del bloque, en primer lugar Rumania. El mercado mundial capitalista y el reforzamiento relativo de Europa obraron, en este sentido, como elementos de disociación en el otrora homogéneo bloque de países socialistas.

La revancha de Hollywood y el despiste de los intelectuales

En 1973, con la terminación del largo ciclo expansivo de la posguerra y el aumento de los precios del petróleo, se inició una fase de lenta preparación, por parte de la burguesía y de la economía de Estados Unidos, para recuperar su hegemonía absoluta sobre el bloque capitalista. El primer golpe de la burguesía estadounidense contra sus aliadas y rivales fue la complicidad en el incremento del precio del petróleo, que puso fin a la creciente acumulación de reservas internacionales en Europa Occidental y Japón. Para jugar esa carta hubo que dar más poder relativo a las burguesías árabes, pero, en el plano económico, éstas terminaron por reciclar sus capitales al mercado estadounidense con lo que los déficit de este país empezaron a compensarse con los ingresos de capitales árabes, mientras se acentuaba la debilidad financiera europea y japonesa.

La no convertibilidad del dólar, dictada por Nixon, lejos de perpetuar la debilidad de esta moneda, forzó la aceptación internacional de un patrón monetario inconvertible y de curso forzoso. El mercado del eurodólar fue uno de los instrumentos para evitar la conversión de la moneda estadounidense en otras monedas. Dado que el mercado del eurodólar se transformó en una necesidad para todos, los dólares que circularan allí no necesitarían convertirse en otras monedas. Estados Unidos se aseguró así el privilegio único de poder emitir sin límites, porque los dólares exportados al resto del mundo no sólo elevarían los precios de la competencia sino que jamás serían devueltos a su origen. Esto permitió encarar inversiones de gran magnitud para definir en su favor ex-



clusivo el predominio y posterior monopolio sobre la tecnología de punta, recuperar su ventaja absoluta en el mercado mundial y encarar una creciente carrera armamentista. El único problema que subsistía era que todavía el dólar seguía depreciándose.

Cuando la segunda ola recesiva (1980-1981) empezó a golpear con más fuerza a Japón y Europa Occidental, Estados Unidos forzó al primero a limitar sus exportaciones al mercado estadounidense y a volcarlas a Europa, con lo que acentuó los problemas de esta última. Los más recientes episodios de esta serie fueron la brutal elevación de las tasas de interés, que atrajo los capitales mundiales a la plaza estadounidense y sembró el caos en la estructura financiera del resto del mundo capitalista y, como corolario y gracias a esa acumulación de capitales, la revaluación del dólar, desequilibrando al resto de las divisas y permitiendo una nueva ola de financiamiento para grandes inversiones. Esas inversiones contribuyeron a reestructurar la oferta energética y han permitido últimamente asestar un golpe contra los precios del petróleo, que en el futuro seguramente perderán poder adquisitivo relativo. El aumento de 1973 restó competencia a Europa Occidental y Japón financió la nueva ola de inversiones energéticas de las corporaciones petroleras estadounidenses. Ahora que el efecto negativo sobre Europa y Japón se consigue con la revaluación del dólar, llegó la hora de limitar las ganancias petroleras, que en su momento contribuyeron a diversificar el poder económico.

No hay en todo esto ningún tipo de complot. Simplemente, la lógica de mercado de una burguesía con enorme capacidad de monopolio que se vio limitada en su poder y que está llevando a cabo una estrategia —a través de su estado nacional— para recuperarlo. La crisis es una combinación del propio movimiento general del capital con esta lucha a muerte que seguramente relegará a Europa Occidental y Japón a un discreto segundo plano. Ningún intelectual valora este tipo de expansionismo, ni su costo social en desocupados temporales y permanentes, ni el desperdicio económico de las fábricas que ya no sirven, ni la regresión política que ello significa, no ya en la discreta Europa Occidental, sino en sus vecinos mediterráneos, que ya se debaten en la angustia de una reconversión que no les deja nada que ofrecer en el mercado mundial, y mucho menos en los lejanos subdesarrollados, cuyos problemas ni tocamos y acerca de los cuales nos referiremos próximamente. La demagogia no parece amenazada por este expansionismo.

Indudablemente, la capacidad expansiva del capitalismo ultraconcentrado por medio del mercado es más fuerte que la misma fuerza militar. Lo militar es una disuasión de última instancia, pero el capitalismo necesita vivir para ganar. Ahora bien, ¿cuál es el verdadero sentido de la reanudada carrera armamentista frente a la Unión Soviética? ¿El armamentismo en sí mismo? No sólo eso. Estados Unidos fomentó la paranoia sobre el súbito expansionismo soviético, que encontró un apurado eco en los intelectuales desprevenidos, no sólo por un

problema militar. Examinemos brevemente el asunto. La primera imagen del incontenible avance soviético fue dedicada a los pozos petrolíferos del Medio Oriente. Ríos de tinta se usaron para ligar la intervención en Afganistán con esta amenaza. Para ello la CIA había realizado un "estudio" que "demostraba" que la Unión Soviética se quedaba sin petróleo en pocos años y que la importación en gran escala sobrevenía en pocos meses. Una vez logrado el propósito y frente a la necesidad de bajar los precios, no era posible mantener la idea de semejante escasez. Entonces la CIA confesó que se había "equivocado". La Unión Soviética probablemente no exporte como antes, pero seguirá siendo el primer productor mundial de petróleo.

Lo que importaba era echar a andar el fantasma de la amenaza militar soviética sobre todo el mundo, del *apocalipsis now*, y lanzar al mismo tiempo la carrera armamentista más descomunal jamás imaginada. Esta carrera tiene su propia explicación económica en sí misma, en relación con la crisis, pero hemos dicho que no nos interesan las estrategias relacionadas con la lucha por la hegemonía. La carrera global Estados Unidos-Unión Soviética difícilmente tendrá una solución favorable en este último país sin una conmoción política y social en el mundo capitalista, porque nunca un sistema socialista nacional podrá alcanzar al mercado mundial capitalista. Si nada cambia en Occidente, la lucha a largo plazo no será desfavorable a Estados Unidos. La innovación tecnológica marcará el rumbo de la economía y ambas, a su vez, definirán la carrera armamentista en el mediano y largo plazo. No hay que ser profeta para darse cuenta de esto. Si la Unión Soviética se retrasa en la carrera tecnológica, quedará irremisiblemente rezagada en las inversiones reproductivas y en la carrera armamentista futura.

Con la exacerbación actual de la carrera armamentista Estados Unidos consigue desplazar inversiones soviéticas hacia gastos militares adicionales y retrasarla tecnológicamente en el mediano y largo plazo. No es que los soviéticos sean tontos: simplemente están metidos en un dilema sin salida, lo mismo que lo estuvieron los Estados Unidos en Vietnam. Afganistán y la marcha implacable sobre los pozos petroleros, que ahora descubre que los soviéticos no necesitan, sirvieron para largar la nueva carrera armamentista, mientras el expansionismo en el Medio Oriente se desata con más fuerza que nunca, pero no precisamente desde el este.

Después de todo, están los intelectuales desprevenidos, que repetirán acriticamente el mensaje más difundido por los medios de información, mientras se cuidan de no caer en las reglas de la propaganda soviética, como en el pasado. Estados Unidos juega en esta instancia una carta más hábil que la que jugó la Unión Soviética en Vietnam, porque si bien aquella contribuyó a precipitar la pérdida de poder relativo de Estados Unidos, ésta puede llegar a tener efectos a mucho más largo plazo. ¿No es una casualidad que Haig y Kissinger digan que Estados Unidos se ha recuperado de su complejo vietnamita? Por lo pronto han obtenido un éxito impensable: los ex stalinistas que antes no soportaban críticas progresistas a la Unión Soviética, ahora son demócratas dedicados a hostigar, todo lo cual, además, habla muy poco en favor de la habilidad soviética para la propaganda. En cuanto a estos muchachos, para quienes Afganistán era la prueba de la sombra del oso sobre los pozos petroleros (aunque habría que preguntarse por qué, después de todo, los pozos van a ser para los otros: ¿acaso por antigüedad?), convendría recordarles las producciones fílmicas de Hollywood de hace cuarenta años, llenas de alemanes y japoneses malos y feos, o las películas de hace veinticinco años, llenas de chinos taimados. Cualquiera tiene el derecho a ser antisoviético, pero, por favor, no hagan papeles. No se olviden que somos intelectuales. Sean más recatados y busquen argumentos más objetivos. Es por la imagen del gremio, ¿saben? ●

1 La tesis contraria, vale la pena recordarlo, fue desarrollada por Silvio Frondizi en el primer volumen de *La Realidad Argentina*, y expuesta como teoría de la integración mundial. Silvio Frondizi reconocía los dos movimientos (integración y disociación), pero daba preminencia al primero, sobre todo en el plano mundial.

¿Cómo escribir hoy en Argentina si es imposible?

Antonio Marimón



Como postulado que empiece un comentario de *Respiración artificial* se diría, por una parte, que es un relato que descrea de la posibilidad de contar y, en tal sentido, se repliega sobre sí mismo, sobre las preguntas y las vacilaciones de su propia producción. "¿Hay una historia?", dice Emilio Renzi, narrador y también personaje, en la frase que abre la novela. Este interrogante, sin duda, cumple una función cardinal, pues desliza el efecto semántico de incertidumbre esencial de todo relato (había una vez...) no a una historia que tendría que desplegarse, sino a la perspectiva de que sea realmente posible que ella se concrete. Esta puesta entre paréntesis de la narración clásica —aquella que se naturaliza en la escritura sin obstáculos ni preguntas que la pongan en zozobra— es la primera condición de esta propuesta de Piglia. Leemos más adelante: "¿quién puede asegurar que el orden del relato es el orden de la vida?", "Donde antes había acontecimientos, experiencias, pasiones, hoy quedan sólo parodias". Desde este espacio de problematización que parte de la duda sobre la eficacia de la narración representativa, verosímil, "realista" como acotaría Macedonio Fernández, *Respiración artificial* sugiere otros caminos al relato.

De uno de los personajes, el polaco Tardewski, se dice que su "ilusión es escribir un libro enteramente hecho de citas". No es casual, entonces, que este enunciado sea, al mismo tiempo, una suerte de teoría de lo que ocurrirá en otro momento del libro: es decir, que uno de los períodos dramáticos más logrados sea, justamente, un montaje de citas; por una parte de *Mi lucha* de Hitler, y por la otra del *Diario de Kafka*, operadas por Tardewski. Renzi, a su vez, expresará: "una de las ilusiones de mi vida es

escribir alguna vez una novela hecha de cartas". En este caso, las cartas no solamente articulan la relación entre Renzi y su tío, el profesor Marcelo Maggi, sino que, en otro plano, forman parte de un fragmentario plan de novela del que pueden ser autores, en parte, Enrique Ossorio, quizás el mismo Maggi, o tal vez Renzi, o quien verdaderamente es en definitiva: un narrador u operador errático, indeterminado y mutable según los distintos momentos de la narración. Además, también esta posibilidad de desarrollo novelístico, al mismo tiempo que se la propone, es puntualmente decodificada: "La correspondencia, en el fondo, es un género anacrónico [...] la correspondencia es un género perverso [...] al cual dicho sea de paso [...] lo liquidó el teléfono".

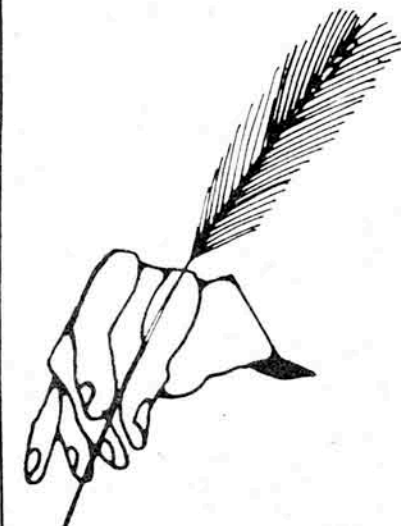
Estructuralmente, se podría aventurar —otra vez con Macedonio Fernández— que *Respiración artificial* es una novela "cuyas incoherencias de relato están zurcidas con cortes transversales". Por un lado, hay una especie de historia relativamente troncal y que se desliza convencionalmente desde la primera persona a través de Renzi; en ella se trata sobre la relación por correspondencia de éste con Maggi, y de una cita que ambos acuerdan para encontrarse en Concordia, provincia de Entre Ríos. Pero ese plano enseguida es disuelto, difuminado por una serie de cortes: el monólogo de Luciano Ossorio, el Senador; un montaje de textos, cartas, informes y un plan novelístico que, en lo explícito, tiene por sujeto principal, como protagonista a veces y como autor en otras ocasiones, a Enrique Ossorio; y finalmente está la actividad de Renzi en Concordia, en la que convergen los discursos de Tardewski, Bartolomé Marconi y otros personajes. Esta parte del libro está organizada mediante largos parlamentos o tiradas en las que la inflexión narrativa es reducida a su espesor mínimo. En realidad, el relato sólo reproduce documentalmente los parlamentos, al estilo de un informe taquigráfico que apenas se permite, sobre estos discursos, elementales operaciones de ordenamiento y atribución: "me decía Marconi, cuenta Tardewski".

En cualquier caso, el objetivo evidente es impedir que la narración se naturalice, se instituya y cobre autonomía del espacio real que propone Piglia: el del relato como imposibilidad de ejercerse, el de la novela que —citando nuevamente a Macedonio— accede a su carácter novelesco como oblicuo anuncio y desistimiento de sí misma, como puesta en duda constante de su literariedad. Desde ese punto de vista, este relato se realiza en tanto reflexión metalingüística y, más explícitamente,

como lugar donde se formula una poética, esto es: una poética de la imposibilidad y del fracaso de ser, no solamente de lo narrado, sino de la escritura misma. En tal sentido, avanzando un poco más observamos que todos los personajes fundamentales existen en relación a una fracasada empresa de escritura, que siempre hay un texto que en buena medida condiciona sus vidas, pero al mismo tiempo los rechaza. Le sucede a Renzi, que dice: "desde hace más de un año no puedo escribir [...] me encierro a escribir, pero al rato me sorprende haciendo rayitas"; a Marcelo Maggi, quien sabe que los documentos de Enrique Ossorio, sobre los cuales trabaja, "se han apoderado de mí y me han impuesto sus ritmos y su cronología"; le ocurre al Senador, obsesionado por "una línea de continuidad, una especie de voz que viene desde la Colonia" y es la historia argentina, "el que la escucha podrá convertir este caos en un cristal traslucido". Pero además conocen esa incapacidad Arocena, el que "interfiere mensajes"; Enrique Ossorio, "un historiador que trabaja con documentos del porvenir"; el poeta y periodista Marconi y, sobre todo, Tardewski. Este personaje excepcional, con algo de Gombrowicz, por el azar de una ficha de biblioteca que cruza por sus manos deja de ser discípulo aventajado de Wittgenstein en Londres, viaja a Varsovia, descubre que alguna vez, entre 1909 y 1910, Hitler y Kafka se conocieron en Praga —en la ficción, claro está—, es sorprendido por la guerra y emigra a Argentina. Allí, a poco de arribado, publica un artículo con las hipótesis de su descubrimiento; no obstante, alguien le debe traducir al español ese trabajo para que sea editado de *La Prensa* y él, su autor, europeo recién llegado a Buenos Aires, no podrá leerlo porque desconoce la lengua de su nuevo destino. Este singular aventurero del conocimiento también terminará en Concordia, sin perder su condición de "un académico sin academia; un universitario sin universidad; un polaco sin Polonia; un escritor sin lenguaje".

Este repaso tiende a demostrar que cada personaje de *Respiración artificial* parece, menos que el sujeto de una narración, el de una fallida experiencia de escritura, de una empresa cultural que no se concreta, o si lo hace no trasciende su marginalidad, su no pertenencia a los circuitos de cualquier clase de éxito. Así los personajes, antes que un relato, vehiculizan desde diversas aproximaciones un debate sobre la posibilidad de escribir, existen por y para ese texto que se produce en tanto se interroga sobre las condiciones de su nacimiento, contribuyen a tejer una reformulación permanente de ese interrogante que, por un lado, anuncia, parodia, pone en duda y silencio al relato clásico, pero al mismo tiempo se propone como una forma de investigar, de experimentar sobre una ficción de nuevo tipo. Cada plano de la novela es, sustancialmente, el enunciado de un problema o un enigma escritural (enigmas no sólo literarios, pues también aluden la factibilidad del discurso filosófico: Descartes, Heidegger, Wittgenstein); desde este ángulo, como dice José Szabón,¹ el libro se inscribe como "una conversación con la literatura, con sus mitos prolijos", efectúa un fuerte despliegue intertextual y metalingüístico que sobredetermina hasta el exceso todo su desarrollo e impide, deliberadamente, el paso autónomo de la narración. Pero a la vez hay otro aspecto importante: en tanto lo narrativo clásico tiende a diluirse y perder carnalidad, son los pormenores de esas pesquisas intelectuales los que cobran vigor dramático y, como un tramado irregular y superpuesto, ganan espacio en la escritura, sugiriendo que así como para Valéry *El discurso del método* podía ser la primer novela moderna —justamente por contar la historia de una idea—, aquí, en una jerarquía que hegemoniza a la ficción de los personajes, se busca también elaborar una ficción de las ideas o, más precisamente, de la posibilidad de su producción y puesta en texto en el marco de la historia. Esto conlleva, para Piglia, un sistema de préstamos entre los discursos de *Respiración artificial*, en cierto modo, en la situación de una singular novela de tesis. Su estructura y elaboración, por demás cuidadosa, están puestas en acción para generar un escenario donde los conflictos psicológicos o dramáticos de los personajes —típicos de la novela tradicional— son subsumidos por conflictos de otro orden: Kafka o Hitler, Kafka o Joyce, Wittgenstein y el habla, Borges y Art, Sarmiento y la cita, Lugones y el estilo y muchos más. En el fondo, los personajes serían casi un pretexto formal para el despliegue de una especie de historia de las ideas, verdadero lugar del drama.

Hemos subrayado antes que, de diversos modos, este libro se organiza en torno de una poética: que el texto anuncie su importancia de obra (su "imponer", diría Blanchot), y que sea esencialmente un producto de ello. Si eso es cierto, su intención no finca en responder a una demanda de relato, sino a un imperativo interrogador: "¿Cómo hablar de lo indecible?", y todavía más: "¿Qué diríamos hoy que es lo indecible? El mundo de Auschwitz", responde Tardewski, el "murmullo enfermizo de la historia". La poética que escribe "una y otra vez" *Respiración artificial* es, así, un texto que debe hacerse a partir de las condiciones de su fracaso e incapacidad de ser, de concretarse en el seno de la historia. Esta desvia, obstaculiza, clausura la escritura, la cual —para producirse— debe enfrentar "siempre la imposibilidad casi absoluta de escribir". En y por ese enfrentamiento, desde su interior, des-



cifrándolo "entre letras", tratando de oírse en "fragmentos, frases aisladas, palabras sueltas", proponiendo el ejercicio del fracaso "como la verdadera función de conocimiento, que siempre es destructivo", se materializa en definitiva el texto. Cada segmento del relato constituye, por lo tanto, una estrategia distinta para, obsesivamente, plantear lo mismo: ¿cómo escribir en la historia, si es imposible? Y más que la novela como producto, lo que asimismo parece que tratara de significar Piglia es la denodada moral de esa búsqueda: "El hombre moral, recordé yo que había escrito Kant [...], leyó Tardewski, sabe que el más alto de los bienes no es la vida, sino la conservación de la propia dignidad".

Hemos visto además que la novela, jugando de hecho con su disponibilidad metalingüística, nos señala una serie de claves para su lectura, a las cuales, al mismo tiempo que las anuncia las crítica y escamotea. El relato se sugiere como novela epistolar, de citas o utópica, pero en definitiva es el fracaso de todas ellas. Sin embargo, también se dirá "novela escrita en el exilio y por él". Literalmente, y por orden de jerarquías en la narración, en primer lugar es un exiliado Enrique Ossorio, amigo de Juan Bautista Alberdi, miembro marginal de la generación del 37 y ex allegado a Rosas al mismo tiempo, que se refugia en países como Uruguay, Chile y Estados Unidos. También lo son Tardewski y Trokay, y quizás lo sea el propio Marcelo Maggi, que parece verse obligado a viajar apresuradamente al extranjero por sus actividades políticas (aunque esto, en realidad, es una tematización de una línea argumental que el libro no explicita). Por otro lado, metafóricamente también el Senador es un desterrado, pero de su clase social, los terratenientes argentinos. No obstante, estos destierros contienen un subtexto con reflexiones más acuciosas: "¿Qué es el exilio sino una situación que nos obliga a sustituir con palabras escritas la relación entre los amigos más queridos, que están lejos, ausentes, diseminados cada uno en lugares y ciudades distintas?", "Los muertos y los amigos [...] se me aparecen en los sueños. Así son las cosas en esta época: para encontrarse con la gente que uno quiere hay que dormir". El exilio como ausencia, como espacio suspendido entre dos tiempos (antes y después de la partida del propio país), como lugar transitado por la escritura siempre diferida de las cartas, por el escamoteo constante de la presencia, y por una fantasmagoría que expulsa del texto y remite a los sueños; el exilio, igualmente, como la condición de una generación de intelectuales argentinos que se preguntan: "¿Quién de nosotros escribirá un *Facundo*?" Es indudable que se alude a un exilio real, pero también a uno metafórico, interior al país, no estrictamente determinado; de cualquier modo, todo esto nos conduce a otra conclusión: que las distintas formas que adopta en la novela la pregunta de cómo escribir en la historia, son intentos metafóricos y en clave de preguntar eso mismo pero referido a la Argentina, a las condiciones atroces de la dictadura militar: ¿cómo escribir en la historia argentina hoy, si es imposible?: ¿cómo escribir en este

país hoy (en él *adentro* o en el *afuera*), si es imposible? *Respiración artificial*, en consecuencia, también puede leerse como una escritura —como una práctica intelectual que, derrotada por la historia, encuentra en la pregunta sobre su posibilidad el espacio para la supervivencia, el lugar desde el cual resistir moral, material y políticamente el embate de los tiempos: "así voy a seguir, moviéndome de un lado a otro, a veces en círculo, a veces en línea recta, de una pared a otra, trabajando, sin embargo, con las palabras".

Ciertamente, muchas cosas se quedarán en el tintero en relación a esta novela. En lo que hace a la historia de las ideas en la Argentina durante el siglo pasado, habría que rediscutir el ajuste de cuentas con Sarmiento; luego, lo mismo cabe, por ejemplo, para Lugones. Por otro lado, no es del todo explicable que en una novela articulada sobre enigmas literarios, se señale a Borges —un maestro en esa vía de la ficción— como "el mejor escritor argentino del siglo XIX". En tal situación, o también *Respiración artificial* se enlaza peyorativamente en el siglo anterior, o se habla desde el espacio de un balance, una vez más, izquierdista y dogmático de Borges. Con respecto al amplio arco de referencias intertextuales, el ya citado artículo de Szabón apunta varias y, sobre todo, establece el diálogo con la obra de Onetti. Aquí sólo quisieramos hacer un inciso en la combinación fecunda, a nuestro juicio, de la *metafísica* del fracaso de los personajes onetianos con una interrogación sobre la novela que, en la literatura rioplatense, tiene su paradigma ejemplar en Macedonio Fernández.

Es obvio que, a partir de todo lo que se ha dicho, *Respiración artificial* no es un libro fácil. Solicita, claro está, un lector *salteado y amoroso*; en cierta medida diríamos también que pide un cómplice moral y político, que no sólo reconstruya su poética sino que pueda leer la metáfora fundamental de ésta: que esa poética de la imposibilidad de narrar y escribir, en tanto se escribe, sostiene en pie el espacio de una práctica, quizás como la única alternativa que a un sector de la intelectualidad argentina contemporánea le dejó la historia. Y con esto, tal vez insuficiente o no —eso hoy no tiene respuesta—, asimismo permanece incólume la posibilidad de la esperanza. De todos modos, esta cara positiva de la cuestión también tiene su opuesto: *Respiración artificial*, que junto a *Cuerpo a cuerpo* de Viñas y *Nada nadie nunca* de Juan José Saer, son las novelas más interesantes escritas por argentinos después de 1976, connota —como las otras dos ya citadas— una especie de estupefacción frente al relato. Ante ello, no se puede dejar de pensar que, por el contrario, es imprescindible recuperar el relato, es decir, recuperar la opción de que la sociedad argentina se narre a sí misma los acontecimientos que han conmovido sus cimientos, desde todos los discursos posibles, como esfuerzo para la recomposición de una cultura crítica. Y, no lo olvidemos, como forma de disputar el mercado a los productos complacientes y oportunistas que hoy cubren el debate sobre el pasado, del tipo del último *best-seller* de Jorge Asís.

1. José Szabón, "La reflexión literaria", en *Punto de vista* núm. 11, Buenos Aires, marzo-junio de 1981.

Opiniones desde el aula

Todo análisis de la Universidad supone una referencia a la comunidad en la cual ésta se inserta, lo que nos introduce al tema de la participación política. En efecto, al modelo de comunidad que se quiera, oligárquico o popular, corresponde un tipo de Universidad. Si el modelo es de corte oligárquico, el acceso a los bienes de la cultura está reservado a una supuesta "élite"; entonces la Universidad será el centro de formación para esa minoría "ilustrada". Por supuesto que el contenido de la formación universitaria que se impartirá estará acorde con la ideología de intereses de este grupo minoritario. A su vez, ésta será una Universidad "aseptica" en materia política, aislada de la comunidad. Pero esta "asepsia" y este aislamiento tienen un propósito muy claro: lograr la inmunidad frente al pensamiento y la acción de las grandes mayorías nacionales. Se aísla al estudiante de la realidad del país y se fomenta una ética individualista a ultranza que tiende a que el universitario acumule un conjunto de conocimientos técnicos en abstracto, disociados del devenir histórico nacional. En nuestra historia esto aparece con mucha claridad: las ideologías y expresiones políticas que surgieron de la Universidad, ya sea de un signo o de otro, han estado muchas veces disociadas y hasta enfrentadas con el sentir y obrar de nuestro pueblo. Esta Universidad que describimos es la que nos impone un proceso, que coherentemente, niega al pueblo toda forma de participación y expresión. Bastará, entonces, con capacitar a unos cuantos "jóvenes brillantes" para que sepan defender intereses antinacionales.

Nosotros, como jóvenes argentinos y peronistas, queremos una Universidad en cuyo seno anide la cultura nacional; donde permanentemente se recreen valores propios de un modelo humano con firmes raíces humanistas y cristianas. Este proceso de transformación de las estructuras vigentes sólo será posible cuando los claustros universitarios se abran al debate de los grandes temas nacionales; cuando en ellos exista la posibilidad de la crítica y, por sobre todo, cuando en ellos se vislumbre la activa participación del estudiantado. Porque el fin de la Universidad no es como pretenden algunos, la "gimnasia revolucionaria"; ni tampoco, como quieren otros, la mera acumulación de conocimientos científicos.

Nuestro pueblo ya ha definido el modelo de Nación al que aspira. Este modelo requiere la participación activa de todos los sectores, y de una manera muy especial el de la comunidad universitaria. Porque las revoluciones se deciden en última instancia, en el ámbito de la cultura. Las instituciones deben evolucionar con la cultura y operar como factor de conservación de los valores nacionales y de transformación de los esquemas caducos.

Esto plantea una exigencia ineludible: el conocimiento profundo del país y de sus problemas. Porque sabemos que la educación no es sólo un proceso de instrucción, sino fundamentalmente de formación y debe encauzar al joven a asumir un ideal que le es propio: la realización del ser nacional.

Franja Morada: los universitarios del radicalismo

Somos sostenedores de un modelo de conducción de Universidad donde los distintos claustros se expresen, es decir, que sostenemos un gobierno tripartito de la Universidad donde se expresen los estudiantes del mismo modo que los docentes. Está claro que ésta no es la participación de la que hablaba el Sr. Ministro, creemos que este gobierno tripartito en todo gobierno universitario es, para nosotros, el corazón de una propuesta democrática para la Universidad, que sólo será libre en el marco de un país también democrático. Nuestra preocupación central en la realidad universitaria de hoy es plantearnos: ¿para resolver qué tipo de problemas se nos llama a participar? y, ¿quienes son los que van a participar? lamentablemente, la Ley Universitaria también habla de participación estudiantil, pero ésta es simplemente para resolver el horario de una clase, o los problemas de algún evento deportivo, o cosas por el estilo; ésta no es la participación de la que nosotros hablamos, queremos participar en la vida universitaria para decidir los grandes problemas que hacen a la existencia de la Universidad y fundamentalmente, las posibles salidas a la actual crisis universitaria. Planteamos que quienes deben participar son los organismos genuinos de los estudiantes. Que la verdadera participación es política. Sin lugar a dudas vemos diferencias entre las expresiones del actual Ministro y las de Llerena Amadeo, que planteaba no a la participación. Nosotros, si se cumplen los postulados de una participación sería para resolver los problemas universitarios o discutir la problemática del país, no tenemos ningún problema en participar, pero si se intenta una pseudo participación en función de dar un aval político o un ropaje democrático a la actual conducción universitaria, esto tendrá la oposición del Movimiento Estudiantil organizado. Entendemos que a partir del año '66, más precisamente a partir de un hecho político que se dio en llamar "la noche de los bastones largos", se quiebra en la Universidad argentina un proceso democrático que hasta ese momento la había engarzonado. Nosotros nos oponemos a cualquiera de los proyectos que se llevarán a cabo a partir del '66. Hoy la desidia oficial se refleja a partir del escaso margen de presupuesto que se le destina al marco



educativo. Desde el '76 la educación y la salud son los sectores que han sido en mayor forma agredidos. Entonces, lo que está en juego acá es el destino de la Nación Argentina. Por ello reivindicamos los banderas: la ley 1420 del año 34, que garantiza la educación libre y gratuita en los tres estamentos y os postulados de la Reforma del año '18: autonomía universitaria y gobierno. Nuestra lucha central está dirigida a enfrentar un proyecto elitista y limitacionista. Consecuentemente nuestras tareas inmediatas son fortalecer los Centros de Estudiantes, la F.U.A. y la Federación de Regionales alrededor de las distintas reivindicaciones que se plantean en la universidad en contra del arancel, en contra de la Ley Universitaria, en contra de un ingreso limitativo, etc. Paralelamente democrática que pretendemos. Nuestra intención es seguir trabajando alrededor de estos puntos.

Juventud Universitaria Nacional (JUN)

Es evidente que el problema de los jóvenes que desde la Universidad tienen algún tipo de expectativas políticas, no escapa a la emergencia en que se encuentra nuestra comunidad en su conjunto. Pretender que la juventud participe significa en primer lugar poder plantearse un proyecto desde lo nacional para que lo haga. La puesta en marcha, la reactivación del Movimiento Nacional, siempre ha estado signada por la incorporación de gran parte de la juventud de nuestro pueblo. Pero con los universitarios no siempre pasó lo mismo, y esto no puede pasar inadvertido para nadie, ni ser atribuido a la casualidad. Es sintomático que hoy, después de algunos años, está empezando a verse un resurgir, un lento despertar de la conciencia nacional —qué va a ocurrir con esos jóvenes si la actual dirigencia no acierta a resolver la crisis del Movimiento Nacional, que se encuentra paralizado desde la muerte de su último conductor. La crisis en que se encuentra sumida la dirigencia política argentina, no nos plantea nada que nos parezca muy interesante; ellos parecen pensar sólo desde mezquinos intereses partidarios. Entonces, su miopía, les impide ver cómo los grandes problemas, la reforma de los estatutos, el levantamiento de la veda, o la restitución de los derechos al actual Presidente, como si en los grandes acontecimientos históricos naciona-

en simples instrumentos de lucro. Más allá de las trabas y prohibiciones, persiste una desadecuación de los claustros a la realidad política. Habrá que lograr entonces, tal es nuestra propuesta, una instancia organizativa válida, que a través de estructuras acordes con estos requerimientos puedan dar respuestas de lo nacional, que puedan dar cuenta de ello con eficacia y dinamismo. Si la Universidad actual admite deserciones en sus aulas la Juventud Universitaria no deseará a la incorporación a la vida de la Nación. ●

Movimiento Nacional Reformista: los universitarios del socialismo

Una de las constantes del mundo de hoy es una creciente participación de los pueblos en las decisiones de sus destinos y, con plena confianza en la capacidad de realización de los hombres, reclamamos como imprescindible la participación de todos los argentinos y de la juventud en la discusión de todos los problemas que hacen a la vida de la Nación.

Sostenemos que la participación debe darse, pero para resolver los grandes problemas de la Universidad; no a través del mejor promedio o el que se quiera anotar en comisiones para discutir determinados temas, sino a partir de los genuinos representantes de los demás claustros idénticamente elegidos; docentes, graduados y no graduados deben regir igualmente el gobierno de la Universidad.

Si no se ofrecen posibilidades de realización para los jóvenes se los condena a la indiferencia o se los precipita hacia fórmulas desesperadas, divorciadas de la realidad. La formación moral no es tarea de una asignatura, es el sedimento de la experiencia diaria, de lo que el joven observe a su alrededor y en particular de la conducta de quienes tienen a cargo la educación. Educar es posibilitar la liberación de la capacidad creadora y realizadora de los hombres; es contribuir al surgimiento de sensibilidades culturales, sociales, políticas y técnicas en las nuevas generaciones que las convertirán en integrantes más aptos para imaginar, planificar y realizar la vida del hombre en el universo.

En la organización de la enseñanza superior, en la construcción de la Universidad, hay que partir del estudiante, no del saber ni del profes-

or. Son los estudiantes, es la juventud, es esa forma corpórea de futuro, la razón de ser de la existencia de la Universidad.

En ningún orden de la vida es posible olvidar que solamente el rol protagonista del pueblo, en este caso los estudiantes, puede garantizar un real desarrollo y perfeccionamiento de cada institución de la sociedad.

Negar esta concepción es desconocer los aportes y antecedentes que en materia de participación tienen las universidades latinoamericanas y en particular uno de los más inmediatos, el movimiento de la Reforma Universitaria de 1918. Luego de enumerar estos antecedentes señalamos que debemos enmarcar este análisis en la realidad que vive nuestra patria, dependiente de los designios de los monopolios internacionales. Caracterizamos la actual situación nacional como consecuencia de la aplicación del plan de las potencias extranjeras que buscan desesperadamente incrementar sus ganancias para satisfacer sus apetitos de lucro, se destruye para ello todo aquello que no lo satisfaga. De allí que se acalle toda voz de protesta de los sectores populares y se cerce la libre expresión y el accionar de organismos populares.

Se trata la educación con un criterio empresarial, se cierran escuelas, facultades y universidades, "por eso el limitacionismo: exámenes de ingreso, cupos, aranceles, disminución de la obra social estudiantil".

No queremos discutir sobre el destino de los fondos que provengan del arancel, queremos discutir sobre el monto total del presupuesto, su aumento y su distribución, no queremos discutir sobre el 5% de incremento de los cupos, queremos el ingreso libre, no queremos discutir sobre la aplicación del arancel, queremos su eliminación.

No despreciamos ningún tipo de participación estudiantil, pero somos conscientes que no habrá participación plena, en la medida en que no se elijan democráticamente los representantes estudiantiles, mientras no se respete el libre accionar y organización de todos los estudiantes.

Nuestra historia nos enseña que la participación sólo será posible en el marco del respeto a la voluntad popular. Por ello la conquista de la verdadera participación está indisolublemente ligada al logro de la plena vigencia de la Soberanía Popular, que posibilitará alcanzar la felicidad y el bienestar de los argentinos y la independencia nacional. ●



Tres sobrevivientes responden

Liliana Callizo, Teresa Celia Meschiati y Piero Di Monte

Verona, 28 de mayo de 1981

Señor Director de la Revista Controversia México

Sr. Director:

Este documento tiende a responder a un artículo publicado en su revista por H. Schmucler, en diciembre de 1980, titulado "Testimonio de los sobrevivientes."

Somos tres sobrevivientes de un campo de concentración. Necesitamos dar una respuesta a dicho trabajo por el mal uso que se hace de los testimonios y las conclusiones tendenciosas que comporta.

Le pedimos con profundo respeto la publicación de nuestro trabajo, pues pretendemos aportar positivamente tratando de esclarecer la etapa histórica negra que vivió nuestro país a partir de 1976.

Sólo le rogamos que en caso que la decisión vuestra sea la de no publicar este artículo, nos sea reenviado a la dirección establecida.

Lo saludamos respetuosamente.

Somos 3 sobrevivientes del Campo de Concentración "La Perra", Córdoba, República Argentina.

Actualmente nos encontramos en el exterior y hemos presentado nuestros testimonios ante organismos internacionales, para esclarecer parte de los misterios y violaciones a los derechos humanos, materializados por las FF.AA. y sus sostenedores.

Pretendemos, con el presente documento, responder al artículo de H. Schmucler publicado en esta Revista con el título "Testimonios de los sobrevivientes".

Trabajo este que se presenta ante los ojos del lector como muy denso, muy rico y coherente, donde las conclusiones políticas parecen surgir naturalmente.

¿Pero, dónde están las fuentes de todas sus argumentaciones?

Elas son justamente los testimonios de un grupo de sobrevivientes que en su afán de golpear a la dictadura asumen el problema de la denuncia pública y que más allá de sus errores, espontaneidad y falta de maduración, cumplen en este proceso lleno de misterio, confusiones y desconfianzas un rol de clarificación; proceso que aún no se ha terminado y que exige con el tiempo precisar, profundizar y ampliar las experiencias vividas en los campos de concentración, en las garras del enemigo.

Dice H. Schmucler: "Los testimonios de los sobrevivientes constituyen documentos de inagotable riqueza; nada puede condenar a la junta militar responsable del golpe de 1976, como estas narraciones de horror".

Retomamos este concepto porque en él se precisa el objetivo central de nuestras denuncias en las diversas circunstancias en que fueron hechas, en los diversos tiempos y circunstancias más allá de las motivaciones personales que las hayan provocado.

¡Sí!, el objetivo principal fue denunciar el carácter asesino, inhumano del poder dominante en Argentina, que no especuló en repetir las terribles experiencias históricas de los campos de concentración nazi: la tortura masiva; el asesinato; todo en aras de preservar el poder, de sistematizar un orden represivo, estratégico que le permita defenderlo desde una posición de guerra total.

Documentos riquísimos en materia informativa, donde no sólo se detallan los lugares y escenarios de los hechos, sino que se precisan con nombres y apellidos los actores y responsables inmediatos de los secuestros, de las torturas y crímenes.

Trabajos donde incluso se nota un profundo esfuerzo por tratar de computar con nombres y/o apodos el pasaje de muchas víctimas por los campos, tratando de precisar —con un margen de error— la fecha de los sucesos y la suerte que corrieron o pudieron correr.

Pero, también están las conclusiones de sus autores, las descripciones de cómo ellos vivieron sus relaciones con el enemigo, con sus mismos compañeros de infortunio, cómo sintieron la tortura psíquica, etc. Temas estos donde puede verse, como es lógico, el subjetivismo propio del autor, donde se hacen erróneamente generalizaciones al conjunto de las experiencias.

La fisonomía de los campos y sus protagonistas, en estos interminables tres años, mutaron permanentemente. En un mismo teatro se vivieron períodos y escenas contradictorios, ya sea en lo que hace a las relaciones humanas, al funcionamiento de la maquinaria, al tratamiento de los prisioneros, etc.

En este marco de la realidad los testimonios tendrán que ser, lógicamente, parciales, por reflejar parte de la realidad del campo que le tocó sufrir a cada autor.

Más allá de las interpretaciones políticas que puedan hacerse de los testimonios públicos en circulación, está la verdad de lo vivido, que supera cualquier interpretación y uso.

Verdad que necesita aún ser conocida en toda su crudeza y significación. Una de las fuentes de aporte a tal fin somos los sobrevivientes, y será el tiempo y la maduración de las comunes vivencias las que abrirán un proceso de acercamiento de los sobrevivientes.

Es una necesidad histórica y de justicia que nuestro aporte sea serio, consecuente e integrado a las fuerzas de nuestro pueblo que hoy resisten y luchan de mil formas contra la dictadura; y poder así, a través de la conjugación y elaboración colectiva, superar la etapa de la respuesta individual al enemigo común. Superar todos los erro-

res y confusiones que parten del aislamiento y del subjetivismo.

El investigador serio y científico, que necesita de la verdad, tomará con los criterios del método lo que corresponde, lo que aportará realmente al conocimiento de aquella etapa histórica.

El político, que responda a una línea, a una ideología, a precisos intereses, que no le interese exactamente evaluar los nuevos parámetros que delineen el futuro de nuestro pueblo, tomará de estos testimonios los elementos que necesita, ya sea para combatir a sus enemigos, ya sea para justificar sus posiciones sin importarle la categoría y nivel de los conceptos que extrae de los testimonios.

Si los documentos valiosos a los cuales aludimos, tienen como objetivo central desnudar la naturaleza inhumana, despiadada, represiva y asesina de las clases dominantes argentinas, totalmente ajenas y contrarias a la esencia humana de nuestro pueblo, a sus principios y necesidades.

El trabajo de H. Schmucler muy por el contrario hace uso de los mismos con otro interés cuando expresa: "... Los testimonios de los sobrevivientes dan cuenta de otra realidad que nos interesa particularmente: la derrota. Cómo fue derrotada la guerrilla..."

Con esta intención desarrolla el artículo, apoyándose justamente en aquellos pasajes de algunos testimonios que nosotros consideramos como discutibles y parciales. Basta sólo leer los trozos de los documentos a los cuales hace referencia para que se pueda reconocer en los mismos, una descripción de las sensaciones y confusiones internas de sus autores, ante el peso shockeante de aquella realidad. Conceptos que pertenecen, parten y terminan en el mismo autor y que, como tales, no pueden extenderse y generalizarse a todos aquellos hermanos nuestros que sufrieron una de las peores experiencias humanas, que no pidieron clemencia al enemigo, que supieron enfrentar al represor desde un inicio, en una guerra individual que tiene mucho de heroico y de trágico. Tema sobre el cual nos explayaremos en este documento.

Algunos de los conceptos en los cuales apoya sus análisis H. Schmucler y que reproduce en su artículo son los siguientes: "... La venda, la tortura, la quiebra de nuestra moral nos transformaba en animalitos, en ínfima parte de lo que uno fue y en un animal denigrado ante sus propios ojos al comprobar que no era quien creía ser..."

"... Pero otras veces, contradictoriamente, sentía en mi cara el sol y quería verlo. Y si lograba fumar un cigarrillo quería otro. Luego te prohíben el sol o el cigarrillo y uno se desespera aún más, porque con el cigarrillo y con el sol parecíamos volver a la vida. La prohibición nos reintegraba a la oscuridad, a la irrealidad."

En ambos conceptos el autor generaliza sus sensaciones, su realidad, y la extiende al resto de los prisioneros; a aquellos que estuvieron antes que él y que no pudo conocer, para aquellos que llegaron mucho después. Juicios que parten desde las condiciones de un tabicado, aislado, que no hace muchos días se encuentra en el campo, por lo que se desprende de sus narraciones.

Nosotros, también sobrevivientes, no acordamos con esta generalización y, si bien respetamos las sensaciones personales del autor, la particularizamos, en última instancia, a su persona.

Pero lo que más nos preocupa y golpea, es el hecho de haberse seleccionado párrafos como los anteriores, con el claro propósito de mostrar a todas las víctimas de los campos de concentración como seres alienados, carentes de voluntad, en un estado de astenia psíquica total, derrotados absolutamente en lo político, en lo ideológico, en lo humano; dispuestos al total servicio de los militares y sus intereses.

Nada más falso que semejante pretensión. La realidad fue muy otra, mucho más compleja y contradictoria.

Y en este sentido, también tendrán que aportar mañana nuestros victimarios, nuestros guardianes, nuestros mismos torturadores, quienes fueron agentes directos de los hechos y sufrieron también todo el peso de la situación.

Sus elementos más lúcidos, sobre este tema, tenían en general, conceptos muy diversos a los expresados por H. Schmucler, los que podríamos sintetizar en las palabras del Coronel C. E. Anadón, jefe del Destacamento ICIA 141 —Córdoba— desde fines del '76 al '78, quien hablaba permanentemente con los prisioneros: "... es una guerra a la cual partimos con la necesidad de preservar nuestro orden republicano-occidental y cristiano. Necesidad que significaba destruir, sin clemencia, los gérmenes horrendos de la destrucción y el cambio. Hoy nos encontramos con seres maravillosos, una juventud muy joven, llena de fuerza, de ideales, de pureza, que nos llena de contradicciones como soldados, que nos despierta sentimientos como hombres; y que nos hace comprender en este contacto cuerpo a cuerpo, lleno de silencios, sin muchas palabras, que quizás nuestra causa no sea la mejor, la triunfante..."

Palabras como estas —sin exaltarlas— quedaron en nuestro recuerdo; muchos sentimos la satisfacción de pertenecer, con todos nuestros límites y derrotas, a una causa tan simple y humana que el mismo enemigo —con toda su dureza y determinación— llegaba a comprender y comenzaba a entender que debía perder irremediablemente.

Pero no podemos tampoco nosotros, generalizar, pues en realidad aquellos que se movían en los cuarteles, en los escritorios, lejos del escenario, mantenían fuertes sus odios, sus prejuicios. Los que se sensibilizaron fueron aquellos que sufrieron el contacto "cuerpo a cuerpo", donde "hasta nacen sentimientos".

Reflejo este que no puede partir de una masa amorfa, alienada, débil, que se sentía como "animalitos denigrados." Muy por el contrario, fue justamente en esta masa de prisioneros que fluía como un río, en sus valores humanos, en su conducta humilde y silenciosa, desde donde parten valoraciones como aquellas.

"La generalización suele ser un sin sentido"

El artículo de H. Schmucler es muy conclusivo. Sus conceptos son precisos, responden fielmente al hilo motor de sus concepciones, su visión del problema argentino.

Pero en todo su proceso de síntesis deja de lado su propia valoración de lo que para él significa la generalización, cuando expresa: "... Toda generalización no es más que eso: la afirmación de valores globales que no dan cuenta de los hechos reales, históricos. La generalización suele ser un sin sentido..."

Algunas de estas conclusiones "generales" expresadas ya sea en signos de interrogación, o con tono afirmativo, las transcribimos a continuación:

"... Por qué colaboraron los torturados en los campos de concentración argentinos?..."

"... Se ha pensado lo que significa como proceso de desgaste y subestimación el sentirse "traidor en potencia"?..."

"... ¿Cuál podría ser el trato con la muerte de estos seres que muchas veces regresaban de la muerte?..."

"... El torturado que delata, que colabora, frecuentemente no es derrotado sólo por el sufrimiento. Su derrota es previa; cae derrotado porque ha vivido en un diálogo continuo con la muerte, donde el fin de su cuerpo aparece como una instancia táctica al servicio de una técnica política. La derrota, paradójicamente, se produce cuando toma conciencia de que la muerte no es inevitable. De que la vida es posible y que lo único que se le había ofrecido era la muerte..."

"... Ya no tiene sentido morir por la máquina a la que servía..."

"... Si no hubiera una matriz sustancialmente similar, sería difícil comprender por qué se puede pasar tan fácilmente y en cantidad tan significativa a la máquina hasta ese momento enemiga..." "La derrota del militante aparece como una esperanza que se le habrá negado, porque la organización está construida en función de la muerte..."

Y muchos otros conceptos que no tienen sentido ser reproducidos, pues con éstos ya queda claro cuál es la visión, lo que piensa H. Schmucler del desaparecido, del militante popular, sea cual sea su color y posición política, pertenencia o no a alguna organización. Diríamos que es —utilizando sus palabras— un "suicida constante", un mensajero de la muerte y tan vacío de ideas fuerzas, que le da lo mismo servir a una máquina del terror que a otra máquina destructora.

En síntesis, como nos solía decir, sarcásticamente, un oficial mientras acomodaba su boina negra en la que se destacaba un brillante crucifijo: "... porque sois representantes del demonio!, porque sois representantes de la muerte!, porque queréis pervertir la paz del orden natural!, por todo ello debemos destruirlos en esta guerra santa!"

Secuestro, tortura y resistencia

Los juicios expresados por el articulista en torno al comportamiento de los prisioneros, caracterizándolos de traición y entrega al enemigo, sin lugar a discusión, nada tienen que ver con la verdad; y menos si se pretende encontrar en la conducta de los prisioneros las causales de la derrota. Tema este que no puede ser tratado tan simplísticamente y que no tocaremos en este trabajo.

Hubo derrota; y allí, bajo el peso de ella, hubo resistencia.

El secuestrado asume ante el enemigo una actitud de lucha, que es la continuación de su conducta anterior. Enfrenta a su enemigo a partir del mismo secuestro, siendo generalmente protagonista de una enconada resistencia, que llega a altos niveles de violencia; ya que, en centenares de casos, el precio es la vida misma o serias heridas.

La ciudad de Córdoba fue teatro de miles de secuestros, y sus pobladores, espectadores de la opción que ofrecían sus víctimas. La ciudad toda vivió, en este sentido, el peso de la máquina represiva y pre-

senció terribles combates, muy desiguales, que significaron —en esa cacería humana— la muerte de tantos compañeros.

Aún hoy pueden verse los rastros dejados por la barbarie represiva, en casas y edificios destruidos por granadas y bombas.

Este ¡NO! al secuestro es una conducta generalizada, pero su forma y nivel de violencia dependió mucho de las circunstancias, de las condiciones del momento.

Una vez en el campo, el secuestrado parece entrar en una dimensión irreal, se siente bajo las garras inhumanas de un poder que parece surgir de la nada, dueño de una maquinaria horrorosa, despiadada.

Cada prisionero la enfrenta solo, indefenso, desnudo, armado nada más que por sus ideales, sus convicciones, sus esperanzas, solo ante una maquinaria imponente, inteligente, llena de recursos, que se mueve impunemente con mucha agilidad. Desarrollando una carrera contra el tiempo, desenfrenada, diríamos desesperada, con el solo fin de aniquilar para ganar tiempo, para lograr un nuevo espacio, para consolidar un nuevo orden.

El NO a las propuestas persuasivas de colaboración implica inmediatamente la tortura, con toda su crudeza y magnitud. Y este camino fue recorrido por el 99% de las víctimas.

Cada prisionero con el NO decide enfrentar lo peor y acepta ser conducido, sin oponerse, a la sala de tortura.

Decide enfrentar esa dimensión totalmente desconocida por la mayoría absoluta.

No queremos entrar en el tema. Sólo sabemos que la tortura rompe con nuestra naturaleza y —como bien dice H. Schmucler— "... Pensar la situación del torturado en general, nos remitiría a categorías irrelevantes..."

Cada torturado es sometido, a través de un método de interrogatorio, a una prueba que lo conduce a los márgenes de sus propios límites, donde no sólo juega el uso de las máquinas e instrumentos del dolor, sino que todo el peso de un sistema probado de interrogatorio, desarrollado con una maestría diabólica por algunos interrogadores-torturadores, quienes contaban con una riquísima información previa. Ejemplo de esto fue el suboficial Principal Elpidio Tejeda, alias "Texas", ranger formado en Panamá por los americanos. Hoy, "Héroe Nacional" por haber muerto en un combate con la "subversión"; "Vargas", uno de los creadores de las 3 A y el Comando Libertadores de América, hoy en Retiro Efectivo y dirigente —actualmente— de CONDECOR Financiera, tratando de go-

zar —como decía— "de los 10 años que hemos ganado, antes que llegue Nüremberg Argentino".

Cada prisionero fue conducido hasta sus propios límites en una lucha patética, cuyo nivel correspondía a cada caso en particular, donde hay resistencias heroicas y derrotas parciales en un proceso que dura hasta el final.

Muchísimos murieron en la sala de tortura, en la cuadra misma, como consecuencia de ella bajo el solidario cuidado de sus compañeros de infortunio. Otros, en intentos de fuga, cuando parecían guiar a sus secuestradores a los objetivos deseados.

En ese pasaje por el campo —indescriptible— todo fue una tortura. Eramos seres sin nombres; sometidos a un poder que jugaba macabramente con nuestras vidas, con nuestra muerte.

El prisionero —como ya dijimos— describe un camino donde lo trágico y lo heroico se entremezclan; donde el triunfo y la derrota conviven. Porque a pesar del aislamiento, el constante, tenaz y violento bombardeo de terror, horror, miedo, angustia, no lograron transformarnos en "animalitos". No cambiaron nuestra identidad; se preservaron, en su esencia, los ideales y conductas a pesar del silencio y la reserva; y hasta se pensó mucho en modificar la situación a pesar del aislamiento, las vendas, los tabiques.

Jamás se vio a ningún compañero llorar por su vida, pedir clemencia. Todos asumieron con dignidad y gran valor los terribles momentos del traslado, cuyo destino temíamos, más allá de cuál haya sido en la realidad.

¿Se puede, entonces, llamar a esta resistencia constante, tensionada en la curva de nuestros propios límites, como pasaje a sus filas?

¿Se puede hablar de destrucción o alienación del prisionero cuando éste preserva información, preserva sus ideas, cuando miente al enemigo, cuando lo confunde, cuando trata de romper su ideología, cuando cuestiona sus principios, su conducta, su guerra?

En este proceso también existieron las excepciones; aquellos que se entregaron directamente al enemigo, aquellos que fueron sobrepasados, aquellos que asumieron su moral y su práctica. Pero, considerando la cantidad de prisioneros que pasaron por los campos, ellos significaron una ínfima minoría.

Algunos, también, con el peso de su derrota se entregaron temporariamente al enemigo, pero recuperaron su identidad reenfrentándolos, con el costo de sus propias vidas. Un ejemplo de esto fue Federico Frías Alberga, quien en vez de "marcar" gente en el Perú,

intenta una fuga que significó su muerte. ¿Es esto estar vencido?...

Y los que sobrevivieron, sean cuales sean sus motivos, ¿qué camino están transitando? ¿Acaso no es la Denuncia un enfrentamiento al enemigo?, ¿no es un hecho que marca una posición junto a nuestro pueblo?

¿Han sido derrotados aquellos secuestrados que por su actitud despertaron sentimientos en sus captores, en sus guardianes, en sus torturadores?

¿Han sido derrotados aquellos sobrevivientes, que estando hoy en las cárceles, denuncian sus penurias y la brutalidad del enemigo, y se mantienen estoicos ante su actual situación no menos penosa?

¿Eran suicidas, los militantes?

Para negarse a la posible traición, el militante se transforma en suicida constante. Ante cada riesgo, la pastilla entre los dientes. Una, dos, tres muertes diarias. Entre traidor y suicida, ningún lugar para la vida..."

Otra visión ésta, que H. Schmucler tiene sobre el militante.

Respecto a la pastilla de cianuro que acompañaba a los militantes guerrilleros, podemos aseverar que no llegaban a completar los dedos de la mano los que la portaban y pasaron por "La Perla" y sólo hizo uso de ella con el costo de su vida; cuando en Córdoba las víctimas de los secuestros superan los 2,000 (dos mil). Hecho este que no justifica las generalizaciones anteriores del articulista que caracteriza a los militantes como suicidas, no amantes de la vida.

¿Era correcto como método, enfrentar al enemigo con la pastilla?, ¿era incorrecto?

Estas preguntas tendrán que ser evaluadas por los responsables de aquella política. Pero, más allá de juzgar si el camino era correcto o no, está la decisión de enfrentar al enemigo, a todo su sistema de tortura, con una conducta que muestra otra forma de resistencia individual, que sus protagonistas entendían como justa.

Es justamente a partir de la evaluación del comportamiento de los militantes, que H. Schmucler se pregunta: "... ¿Cuál era la debilidad sustancial de esas organizaciones que hicieron posible un alto grado de delación?... ", tratando de encontrar sus causas en la política de esas organizaciones, etc., y a partir de ella regresar para justificar a los militantes —considerándolos como víctimas—, y a su vez confirmar la derrota en sus causales.

Quisiéramos saber qué política podía enfrentar correctamente, en aquellos momentos, el estertor de

las clases dominantes por preservar el poder y aplacar las pretensiones populares de democracia, justicia e independencia. ¿Qué tipo de militantes eran los capaces de enfrentar con mayor estoicismo al enemigo? ¿Con qué conceptos políticos?

Sin lugar a dudas se debe repensar lo político; se debe repensar lo actuado, y cada cual lo tendrá que hacer sería y profundamente. Pero, NO se puede evaluar una derrota analizando solamente las debilidades y errores políticos de las fuerzas revolucionarias.

En esta confrontación, más allá de la derrota parcial o total, temporal o estratégica, de tal o cual organización, hubo un triunfo táctico a favor de las clases dominantes. Triunfo que se asienta en el uso de todas sus fuerzas, dirigidas en última instancia en contra de nuestro pueblo, de sus instituciones democráticas, en contra de sus principios de justicia o independencia. Triunfo que se basa en la implementación de una guerra total, sucia, de aniquilamiento, en la utilización de los métodos más inhumanos que puede pensar la mente del hombre; que se basa en la eficacia de una maquinaria represiva donde el crimen y el terror muestran su naturaleza asesina.

Pero también, parte del triunfo radicó en la capacidad política de la dictadura de no aislarse en el plano internacional; de despertar expectativas en amplias masas de nuestro pueblo.

El golpe de 1976 fue uno más pero totalmente distinto en lo cualitativo, que desnuda a las clases opresoras en toda su barbarie irracional.

¿Pero... quiénes fueron las víctimas?

¿Fueron sólo los "guerrilleros", como prácticamente se desprende del trabajo en cuestión?

No queremos entrar a profundizar sobre los objetivos del golpe militar y sus planes de aniquilamiento de las fuerzas populares más activas.

Pero sí nos preocupamos en decir que los que pasaron por los campos no eran los "gérmenes del caos y la destrucción", no eran los "drogadictos", no eran los "representantes del demonio", como muchos de nuestros mismos represores terminaron creyendo ante la campaña de difamación ideológica que lanzaron los "sectores lúcidos" que dirigen nuestra sociedad, sino que fue una generación de hombres y mujeres simples de nuestro pueblo, llenos de ideales y de amor, quienes eran considerados como "subversivos", según un cuadro de valores ultra reaccionario, que no admitía —en su esencia— nada que significara la posibilidad de un cambio.

Así fueron combatidas las organizaciones guerrilleras en particular, por ser consideradas enemigos fundamentales que luchaban, estratégicamente, por la toma del poder y la desintegración, del Estado. Se extendía el mismo criterio a toda su periferia y dimensión donde trabajaba. En consecuencia, toda aquella instancia organizativa, reivindicativa, sean sindicatos, centros de estudiantes, centros vecinales, etc., etc., fue clasificada como centros subversivos copados por los guerrilleros.

Con esta gruesa excusa fueron secuestrados una enorme cantidad de honestos sindicalistas, dirigentes estudiantiles y barriales, simples obreros, estudiantes universitarios y secundarios, religiosos, homosexuales, extranjeros, y hasta niños y

ancianos por ser hijos o padres de "guerrilleros".

Si bien centraron nacionalmente sus fuerzas contra un grupo específico de organizaciones, la "gama" de los subversivos era tan amplia que militantes de todo el campo popular fueron llevados a los campos, incluso muchos pertenecientes al Partido Comunista Argentino.

¿Luchan los sobrevivientes contra los que ayer fueron sus amigos?

"... Tal es la situación de los sobrevivientes que aprovecharon favorables circunstancias para salvarse y salvar a otros; salvarse juntos, contra el enemigo y contra los que ayer eran sus amigos y se transformaron en los peores acusadores..."

Si es cierto, porque hubo "favorables condiciones" sobrevivimos; también es cierto que es nuestra intención ser "terribles acusadores" pero categóricamente *contra el enemigo*, contra su naturaleza despiadada, inhumana.

Pero jamás estaremos contra los que "ayer fueron nuestros amigos", pues ellos son parte de nuestro pueblo, de sus virtudes, de sus anhelos, de sus luchas, de sus esperanzas. Son la continuación de los que hoy no están; y porque también nosotros nos sentimos la prolongación de los ausentes, a ellos estamos integrados, a pesar de las distancias que significan las experiencias vividas, a pesar de las confusiones, de las incomprendiones del momento.

Nuestras vidas en manos del enemigo eran simples números de orden que nada valían, que debían ser aniquilados; nuestras vidas al servicio del pueblo vuelven a ser valiosas, y más valiosas cuando podemos denunciar lo que, con tanta preocupación, trata de esconder, tapar o deformar la dictadura militar.

¿Enterrar a los muertos?

No es extraño que después de estas valoraciones que hace H. Schmucler, y que algunas hemos reproducido en este documento, tenga

una propuesta a esta coyuntura histórica y en ella el "problema de los desaparecidos" tiene una salida. Nos remitimos a sus palabras: "... Cuando vengan los hechos a mostrarse y la actual "indignación moral" de los argentinos se transforme en condena por la forma de una represión sin barreras, la política que encarnaban muchos de los desaparecidos de ninguna manera será reivindicada. Esta sociedad argentina que empieza a resurgir —porque nunca habrá concluido— necesita crecer y para ello enterrar a sus muertos. Necesita sonreír y para ello abandonar el miedo. Necesita olvidar las pesadillas del pasado y proponerse otra forma de construir su destino..."

"... Las razones que debemos oponer al poder dominante no son aquellas por las que murieron, aunque tal vez tengamos que rescatar su esperanza, traicionada por la técnica política."

El lector consciente podrá resumir cuáles son las propuestas de H. Schmucler para que nuestro pueblo pueda "proponerse otra forma de construir su destino".

Pero, más allá de nuestro derecho a elaborar pensamientos y propuestas, está la realidad de la Historia y su movimiento que nada tiene que ver con nuestras necesidades políticas, con nuestros deseos, con nuestro subjetivismo.

Nuestro país vivió una conmoción profunda, inédita, que marca un hito en la historia de nuestro pueblo.

Hito que cambia cualitativamente las etapas futuras. Etapas que no serán de paz y de progreso. Habrá luchas, luchas en las que estarán presentes los miles de desaparecidos y muertos, los encarcelados.

Sean cuales sean las nuevas motivaciones, las nuevas formas de resistencia contra este régimen del terror, Ellos, nuestros queridos hermanos, no serán olvidados porque sus raíces parten de lo más profundo de nuestro pueblo.

Porque fueron luchadores tenaces, ingeniosos y puros; porque sólo pretendían aportar a la solución de los problemas elementales que

aún sacuden a nuestro país; problemas que persisten y serán las mismas causas de futuras luchas.

Hoy, muchos los quieren "enterrar", "olvidar", porque mañana crecerán, se multiplicarán, abandonarán el anonimato, estarán presentes en sus puestos de trabajo, en las fábricas, en las escuelas, en las oficinas, en los barrios. Porque mañana serán los fantasmas que no dejarán de perseguir y desesperar a sus victimarios.

Por ello el pueblo no los enterrarán ni los olvidará; porque forman parte de sus luchas, de su historia, de sus anhelos, de sus esperanzas.

¿Están muertos los desaparecidos?

Respecto a este tema tan controvertido, *nosotros sobrevivientes*, que encerramos en nuestra condición de tal el valor del testimonio queremos, en honor a la necesidad de la VERDAD en toda su dimensión, no mezclar nuestras conclusiones personales —que pueden ser muy valiosas— con la descripción lo más fiel posible de los hechos.

Con este criterio decimos que SI muchos desaparecidos están muertos, muertos en los combates, en momentos del secuestro, muertos en la sala de tortura, muertos en la misma cuadra, y muchos en nuestros brazos como consecuencia de las heridas y de la tortura. Y que el resto, en rito sistemático, sufrían el traslado. Para lo cual eran fuertemente vendados en los ojos y la boca, maniatados y conducidos en pequeños grupos a un camión que los trasladaba con destino desconocido, en torno al cual se conjeturaban muchas opiniones, que partían de nuestros secuestradores y guardianes, siendo contradictorias y opuestas entre sí.

No obstante tenemos al respecto nuestras opiniones personales (que no son más que eso), que no queremos volcarlas hoy por hoy en la palestra de la discusión para no profundizar la confusión mutua y la unidad de todas las formaciones resistentes de nuestra patria al enemigo común.

LA CULTURA OPRIMIDA

Jean Casimir

serie Interétnica

El colonialismo, la otra historia de Haití

El estudio de los aspectos más importantes de la sociedad haitiana y su historia. La dinámica del colonialismo, el problema de la esclavitud, el análisis de una cultura oprimida que reclama una voz propia en el presente.

EDITORIAL NUEVA IMAGEN
ESCOLLO 316, MÉXICO 20, D. F. TEL. 680-2194

Expresiones sobre la Multipartidaria

BALBIN: "La convocatoria es una iniciativa de todos para encontrar las grandes soluciones a los problemas nacionales. No se está contra nadie sino a favor del país, y debe comprenderse que esto va en serio, no es una aventura política sino una necesidad de coincidencias y de soluciones. En estas reuniones todo será claro, todo se va a conocer y se aventará toda posible suspicacia."

BITTEL: "Esta convocatoria radical la hemos provocado nosotros. Es decir que ha habido un pacto de caballeros entre Balbín y el vicepresidente primero del partido, ya que nosotros desde hace largo tiempo venimos empujando para esto [...] Hasta ahora el problema no era una cuestión partidaria, sino era una actitud personal de don Ricardo Balbín, a quien yo creo un hombre de buena fe. En este momento podemos ver, con gratitud, el éxito de nuestra tarea de empujar constantemente a los radicales para esta convocatoria."

ALLENDE: "Lo que puede darse a través de la convocatoria es una propuesta a la civilidad, porque aquí no habrá solución argentina sino es con el consenso y la participación popular. Aprobamos nuestra participación en la convocatoria porque se ha dado en una forma amplia, generosa y clara. No obstante esto no habrá de limitarse a los partidos políticos, sino que tendrá una mayor amplitud."

JOSE RODRIGUEZ (CGT): "A mí me gusta la convocatoria de los radicales, y el Movimiento Obrero la ha tomado y vamos a concurrir. Hay una decisión de la CGT en ese sentido. Creemos que la convocatoria vale para que la ciudadanía se ponga en marcha. Esta crisis se salva revirtiendo el proceso, volviendo a la decisión de las mayorías."

FRONDIZI: "La situación del país es grave y, por lo tanto, a cualquier argentino yo le tiendo la mano para buscar una solución. Es hora de olvidar los viejos desamados y emprender la tarea de la reconciliación nacional."

ROBLEDO: Hasta ahora los partidos en general hemos tenido una acción meramente declarativa, pero hemos equivocado el camino cuando convertimos la declaración en sustituto de los cursos de acción. Debemos concurrir a la multipartidaria con planteos muy claros y verdaderamente peronistas, es decir que la convocatoria tendrá que ser algo más que para formar un frente civil de oposición al gobierno. Por eso debemos concurrir con nuestra personalidad fortalecida. Y tratándose de una emergencia nacional, todas las fuerzas políticas argentinas deben ser convocadas."

FRIGERIO: "Esta iniciativa del radicalismo tiene la virtud de ser

lanzada en un momento en que el país, en todos sus sectores sociales y en todas sus corrientes políticas, toman conciencia verdaderamente de la hondura y del carácter inédito de esta crisis que estamos viviendo."

DE LA RUA: "Depongamos antagonismos, depongamos diferencias y hablemos de lo que pasa entre los partidos, porque el país necesita una urgente recuperación."

JORGE TRIACCA (CNT): "La convocatoria es una alternativa más que plantea la civilidad argentina para lograr salir de esta crisis tan violenta que nos ha dejado cinco años de política social y económica contraria a los intereses del pueblo argentino."

HECTOR AGOSTI: "La convocatoria multisectorial representa el hecho más importante de los últimos años. Nadie puede ser excluido, salvo quienes decidan automarginarse."

UNAMUNO: "La convocatoria de la UCR es un hecho altamente positivo y tiene que ser aprovechada por el Movimiento Peronista. Debemos asumir una acción decididamente opositora a la actual conducción del país. Tenemos que aceptar esta formulación, con altura, con mesura y sin perder las características propias del movimiento popular que integramos. Es necesario que el peronismo recupere su capacidad de oposición, sin atisbos de aventurerismos ni de irresponsabilidades."

MARTIN DIP: "La convocatoria significa sobre todo que, en un país con su dolorosa carga de muertos y fracasos, todavía quedan reservas morales y espirituales listas para levantarse sobre el desastre y recorrer la esforzada reconstrucción argentina, fuerzas unidas por la solidaridad, el respeto pluralista y la convivencia democrática."

MARTIARENA: "El peronismo no tenía por qué comprometer su independencia y su personalidad diferenciada de otros agrupamientos, cuando estaba prisionera su presidenta. Ahora con Isabel excarcelada, desde el más elemental respeto a su jerarquía el peronismo debió suspender toda negociación con otros partidos hasta consultarle y obtener su asentimiento."

LA PRENSA: "Es horrendo contemplar cómo en medio del desarrollo de esa convocatoria, que evidentemente se considera una estrategia política, el concepto fundamental de una ética del civismo se va totalmente a pique."

ROBERTO VIOLA: "Sería ilógico pensar que cualquier organismo, por más representativo que sea, invite al gobierno cuando somos nosotros los que estamos invitando a participar del diálogo a todos los sectores del país."

Corto y largo plazo

Aldo Ferrer

Al abordar el análisis de la situación vigente, los economistas suelen distinguir entre los problemas de corto y de largo plazo. Los primeros se refieren a la "situación de coyuntura" y abarcan el estado de los pagos internacionales y de las cuentas del estado, el comportamiento de los precios y el nivel de la actividad productiva. Los segundos, es decir el largo plazo, se vinculan a las tendencias que determinan el crecimiento económico, la distribución del ingreso y los vínculos internacionales. Las cuestiones más urgentes se refieren, naturalmente, al corto plazo, porque lo que más preocupa a la opinión pública y a los gobiernos es lo que está pasando ahora con los precios, los salarios, el tipo de cambio, los impuestos, etc. Lamentablemente, lo urgente suele desplazar a lo importante del centro de la atención, y cuestiones esenciales de la estrategia de crecimiento a veces quedan postergadas. Sin embargo, no hay que preocuparse mucho sobre este punto, porque siempre las decisiones de corto plazo, es decir la política de coyuntura, reflejan el pensamiento de fondo de la conducción económica sobre el crecimiento económico, la distribución del ingreso y los vínculos internacionales.

El programa del 2 de abril de 1976 fue muy claro sobre estos puntos. Propuso una política de coyuntura explícitamente insertada en una estrategia de largo plazo, en una visión del país. La apertura externa y la especialización de la economía argentina en torno de sus ventajas comparativas estáticas, implicaba, lisa y llanamente, reafirmar el modelo de crecimiento hacia afuera asentado en la producción primaria tradicional.

La administración que se inicia el 29 de marzo de 1981 enfrenta la misma exigencia: definir una política para enfrentar la grave crisis económica e insertarla en una estrategia de largo plazo. El nuevo gobierno no tendrá que pensar mucho para decidir el rumbo, porque, en definitiva, sólo puede optar entre dos caminos. Primero aplicar la receta ortodo-

xa de una devaluación masiva con unificación de los tipos de cambio efectivo, restricción monetaria, mantenimiento de altas tasas de interés y, si puede, bajar el gasto público y si no (como en 1962) dejar de pagar las cuentas. Naturalmente, las consecuencias serían una violenta caída de la producción, del empleo y de los salarios reales. Después de los cinco años vividos esto implicaría terminar de dismantelar lo que queda de la industria y las economías regionales. Es decir, consumir el retorno del país a un sistema preindustrial.

El segundo de los caminos abiertos a la próxima conducción económica consiste en asegurar el ajuste de los pagos internacionales reiniciando el crecimiento. Este camino, que podemos denominar "reparatorio", implica, lisa y llanamente, aplicar una estrategia diametralmente opuesta a la del 2 de abril. Implica, en el fondo, una visión distinta del país y de su inserción internacional. Supone que la Argentina sólo tiene futuro con una economía integrada y abierta, diversificada y completa, con un fuerte desarrollo de sus economías regionales, su producción agropecuaria, las industrias de base y las actividades de tecnología avanzada. Supone que la apertura externa es necesaria pero, como proponía Carlos Pellegrini hace más de un siglo, cambiando "producto acabado por producto acabado". Para un país cuyo territorio nacional es el octavo más grande del mundo, con casi 30 millones de habitantes, y que había alcanzado un nivel de desarrollo insuficiente pero no despreciable, sólo hay lugar en el orden mundial contemporáneo si conforma un sistema económico integrado y abierto. Sólo "con cereales y petróleo" no alcanza "para vivir muy bien". Al menos, no alcanza para treinta millones de argentinos. A partir de una visión del país y del mundo, que es el antípoda de la del programa del 2 de abril, se procedería a definir la política de coyuntura para enfrentar la crisis actual. ●

